

1972

Año Santo

1982

1985

1989

1995

Jubileo 2000

2002



Boletín de Pastoral

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Abril de 2002

N° 237



Pascua 2002

Sumario

TEOLOGIA:

<i>Presentación y justificación</i>	<i>2</i>
<i>La Resurrección: Culmen de la Revelación.....</i>	<i>3</i>
<i>La Pascua en el Antiguo Testamento</i>	<i>5</i>
<i>Celebrar el año litúrgico. Historia y Pastoral.....</i>	<i>7</i>
<i>Elementos de animación para el tiempo pascual</i>	<i>20</i>
<i>Ascensión del Señor</i>	<i>22</i>
<i>Para una mejor celebración de Pentecostés</i>	<i>24</i>
<i>La Virgen María</i>	<i>30</i>

SUBSIDIOS:

<i>El Pan de la Palabra</i>	<i>35</i>
<i>La Ascensión</i>	<i>50</i>
<i>Celebración para la Vigilia de Pentecostés.....</i>	<i>54</i>

LECTIO DIVINA:

<i>Resurrección del Señor</i>	<i>61</i>
<i>Segundo Domingo</i>	<i>64</i>
<i>Tercer Domingo</i>	<i>68</i>
<i>Cuarto Domingo</i>	<i>72</i>
<i>Quinto Domingo</i>	<i>75</i>
<i>Sexto Domingo</i>	<i>78</i>
<i>El Padre Nuestro</i>	<i>82</i>
<i>Bibliografía</i>	<i>82</i>

VARIOS:

<i>Diciembre: Onomásticos, Aniversarios de ordenación y defunción</i>	<i>83</i>
<i>Agenda de Diciembre.....</i>	<i>Contraportada</i>

PASCUA

*Misterio central del cristianismo,
Muerte y Resurrección de Cristo,
paso de la muerte a la vida,
del pecado a la gracia,
de las tinieblas a la luz,
del egoísmo al amor,
del individualismo a la solidaridad,
de la tristeza a la alegría.*

*Cristo murió por nuestros pecados
y resucitó para nuestra justificación.
Nos libera para una vida nueva,
dinamismo de transformación,
posibilidad de una nueva historia.
Pascua mutilada.
Vivimos la Muerte,
enajenamos la Resurrección.*

*Celebramos, vibramos, sentimos,
hasta lo hondo del corazón cultural,
la Pasión y Muerte del Salvador.*

*Pero la Resurrección es quimera,
mero postulado de razón,
verdad difícil,
bello sueño al estilo de los santos reyes,
un hecho pasado
con poca significación para la vida.*

*La cuaresma, primera fase del tiempo pascual,
tiempo litúrgico muy rico:
ceniza, propósitos, penitencias,
Ejercicios, vía crucis, semana santa.*

*La Pascua, fiesta por excelencia,
pasa al olvido,
tiempo de vacaciones
después del cansancio cuaresmal,
sin tradiciones, sin prácticas, sin vida.*



*Resucitemos a Cristo
en nuestra vida comunitaria.
Que ruede la piedra del sepulcro
y salga triunfante la creatividad pascual.
Que la Cincuentena Pascual
sea un tiempo fuerte y regio.
Que celebremos el paso
de la adoración de un dios muerto
al seguimiento de un Cristo vivo.*

Respondiendo a una "*necesidad pastoral*" surgida a la luz pública, en el último encuentro del *Consejo Diocesano de Pastoral* del año pasado, el Excmo. Sr. Obispo. Dn. Javier Navarro Rodríguez, nos hacía notar que éramos más "*cuaresmales*" que "*Pascuales*" en nuestras celebraciones de estos tiempos fuertes. Y para potenciar más el tiempo pascual, hoy presento un "*material de apoyo*" que nos ayude a adentrarnos más en la teología y la celebración del misterio pascual. Es por eso, que puse en manos de nuestro Señor Obispo este material para su revisión, enmienda, corrección y aprobación. Pero aparte de nuestro Señor Obispo, sometí este material a consulta de todo el Consejo Diocesano de Pastoral en su primer encuentro del año 2002: 17, 18 y 19 de enero en la Casa Pastoral Juan Pablo II. Reacomodando el material ofrecido, surgió este Boletín.

¿Qué material tienes en tus manos?

Son tres grandes bloques. En el primero, subtítulo como "**Teología**", están todos los artículos de fondo, con interesantes puntos de reflexión doctrinal y pastoral para una mejor celebración de la cincuentena pascual. En el segundo bloque se agrupan los "**Subsidios**" para la celebración litúrgica de los domingos y semanas del tiempo pascual, a fin de hacerlas más vivas. Y en el tercer bloque, "**Lectio Divina**", se ofrecen esquemas para la lectura orante de la Biblia a partir de las Lecturas Bíblicas dominicales.

Iniciamos el bloque "Teología", ya que no todo debemos dejarlo a cosas prácticas, ofreciendo una nota esencial para recordar nuestra teología y poderla celebrar con dignidad y con decoro; se trata del capítulo: "*La resurrección: culmen de la Revelación*". Se añade el de "*La Pascua en el Antiguo Testamento*", que es para trabajarse en grupos parroquiales, a base de preguntas y textos.

Con el capítulo: "*Celebrar el Año Litúrgico. Historia y Pastoral*", en una visión rápida y sencilla, pero sobre todo comprensible, se presenta TODO el año litúrgico en su dinamismo celebrativo. Esto sirve para recordar cómo debemos celebrar a Jesucristo durante todo un año litúrgico. Después, ya empiezan a surgir algunos "*elementos de animación para el tiempo pascual*," dando pistas pastorales prácticas para que nuestro pueblo sintonice con este tiempo sagrado.

Ya casi para terminar en su ciclo celebrativo el tiempo pascual, añadimos otro fundamento teológico que nos habla sobre la "*Ascensión del Señor*". Aquí descubriremos los relatos de la Ascensión en la Sagrada Escritura y nuevamente volveremos a recordar nuestra teología. Por si te faltaran más elementos para la gran fiesta de Pentecostés, en las siguientes páginas

tienes estos tres apartados: "*Para una mejor celebración de Pentecostés*", "*Pentecostés: comienza la misión de la Iglesia*", y "*Pentecostés: efusión de vida divina*".

Y para concluir este material teológico-litúrgico sobre la pascua, no podemos pasar de largo a la Virgen Madre del Salvador, y es por eso que hay un gran apartado sobre: "*La Virgen María: modelo de vida pascual. Mes de Mayo y Pascua*".

Una vez conociendo estos elementos, pasamos a un material práctico, la sección de "Subsidios", casi exclusivo para nosotros los pastores de almas; se trata de "*Propuestas para el domingo y la Semana. El Pan de la Palabra*". Para todas las semanas del tiempo pascual, tenemos un precioso tesoro que podemos compartir con nuestras ovejas. Material que nos indica: sugerencias para cada semana del tiempo pascual en su ciclo A, elementos para encontrar al resucitado, semana bautismal, invocaciones, diferentes formularios, etc. Aquí encontrarás diferentes formas para el acto penitencial; y no sólo un formulario, sino varios y para cada día de la semana. Y si quieres formularios para la "*Oración Universal*", te sugiero que consultes también sus páginas. No podemos dejar la introducción al **Padre nuestro** no con una misma fórmula, sino que tenemos varios modelos de *introducción al Padre nuestro* para este tiempo pascual.

Como todo tiempo fuerte tiene una culminación, debemos dinamizar la Vigilia de Pentecostés, y es por eso que también se nos presenta una gran variedad de elementos celebrativos para esta solemnidad, y este apartado tiene por título: "*Celebración para la Vigilia de Pentecostés*" *Sentido de la Vigilia de Pentecostés*. Este material es para celebrarlo, no para leerlo solamente.

Y si queremos más material, en la tercera sección nos encontramos con un material riquísimo en contenido, se trata de la *Lectio Divina para los Domingos de Pascua*. Con este sólo material tendríamos para potenciar el tiempo pascual y ser más pascuales que cuaresmales.

Estimado compañero sacerdote, agente de pastoral, laico comprometido, tienes ahora en tus manos una rica recopilación de material celebrativo para este tiempo pascual; no esperes buscar aquí otro tipo de material, sino sólo el de Pascua. Que aproveches bien este regalo para nuestra diócesis de San Juan de los Lagos; y que con la fuerza del Espíritu Santo podamos celebrar a Jesucristo en unión con el Padre celestial la Pascua eterna.

¡ Felices Pascuas !

LA RESURRECCIÓN: CULMEN DE LA REVELACIÓN



1. En la Carta de San Pablo a los Corintios, recordada ya varias veces a lo largo de estas catequesis sobre la resurrección de Cristo, leemos estas palabras del Apóstol: «Si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía es también vuestra fe» (1 Cor 15, 14). Evidentemente, San Pablo ve en la resurrección el fundamento de la fe cristiana y casi la clave de bóveda de todo el edificio de doctrina y de vida levantado sobre la revelación, en cuanto confirmación definitiva de todo el conjunto de la verdad que Cristo ha traído. Por esto, toda la predicación de la Iglesia, desde los tiempos apostólicos, a través de los siglos y de todas las generaciones, hasta hoy, se refiere a la resurrección y saca de ella la fuerza impulsora y persuasiva, así como su vigor. Es fácil comprender el por qué.

2. La resurrección constituía, en primer lugar, la confirmación de todo lo que Cristo mismo había "hecho y enseñado". Era el sello divino puesto sobre sus palabras y sobre su vida. El mismo había indicado a los discípulos y adversarios este signo definitivo de su verdad. El ángel del sepulcro lo recordó a las mujeres la mañana del «primer día después del sábado»: «Ha resucitado, como lo había dicho» (Mt 28, 6). Si esta palabra y promesa suya se reveló como verdad, también todas sus demás palabras y promesas poseen la potencia de la verdad que no pasa, como El mismo había proclamado: «**El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasará**» (Mt 24, 35; Mc 13, 31; Lc 21, 33). Nadie habría podido imaginar ni pretender una prueba más autorizada, más fuerte, más decisiva que la resurrección de entre los muertos. Todas las verdades, también las más inaccesibles para la mente humana, encuentran, sin embargo, su justificación, incluso en el ámbito de la razón, si Cristo resucitado ha dado la prueba definitiva, prometida por El, de su autoridad divina.

3. Así, la resurrección confirma la verdad de su misma divinidad. Jesús había dicho: «**Cuando hayáis levantado (sobre la cruz) al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy**» (Jn 8, 28). Los que escucharon estas palabras querían lapidar a Jesús, puesto que «YO SOY» era para los hebreos el equivalente del nombre inefable de Dios. De hecho, al pedir a Pilato su condena a muerte, presentaron como acusación principal la de haberse «hecho Hijo de Dios» (Jn 19, 7). Por esta misma

razón lo habían condenado en el Sanedrín como reo de blasfemia después de haber declarado que era el Cristo, el Hijo de Dios, tras el interrogatorio del sumo sacerdote (Mt 26, 63-65; Mc 14, 62; Lc 22, 70): es decir, no sólo el Mesías terreno como era concebido y esperado por la tradición judía, sino el Mesías Señor anunciado por el Salmo 109/110 (Cfr. Mt 22, 41 ss.), el personaje misterioso vislumbrado por Daniel (7, 13-14). Esta era la gran blasfemia, la imputación para la condena a muerte: ¡el haberse proclamado Hijo de Dios!. Y ahora, su resurrección confirmaba la veracidad de su identidad divina y legitimaba la atribución hecha a Sí mismo, antes de la Pascua, del «nombre» de Dios: «**En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahám existiera, Yo soy**» (Jn 8, 58). Para los judíos ésa era una pretensión que merecía la lapidación (Cfr. Lv 24, 16), y, en efecto, «**tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se ocultó y salió del templo**» (Jn 8, 59). Pero si entonces no pudieron lapidarlo, posteriormente lograron «levantarlo» sobre la cruz: *la resurrección del Crucificado demostraba, sin embargo, que El era verdaderamente Yo soy, el Hijo de Dios.*

4. En realidad, Jesús aun llamándose a Sí mismo Hijo del hombre, no sólo había confirmado ser el verdadero Hijo de Dios, sino que en el Cenáculo, antes de la pasión, había pedido al Padre que revelara que el Cristo Hijo del hombre era su Hijo eterno: «Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique» (Jn 17, 1). «...Glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese» (Jn 17, 5). Y el misterio pascual fue la escucha de esta petición, la confirmación de la filiación divina de Cristo, y más aún, su glorificación con esa gloria que «**tenía junto al Padre antes de que el mundo existiera**»: la gloria del Hijo de Dios.

5. En el periodo pre-pascual Jesús, según el Evangelio de Juan, aludió varias veces a esta gloria futura, que se manifestaría en su muerte y resurrección. Los discípulos comprendieron el significado de esas palabras suyas sólo cuando sucedió el hecho. Así, leemos que durante la primera pascua que pasó en Jerusalén, tras haber arrojado del templo a los mercaderes y cambistas, Jesús respondió a los judíos que le pedían un «signo» del poder por el que obraba de esa forma: «**Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré... El hablaba del San-**

tuario de su cuerpo. Cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús» (Jn 2,19-22).

También la respuesta dada por Jesús a los mensajeros de las hermanas de Lázaro, que le pedían que fuera a visitar al hermano enfermo, hacía referencia a los acontecimientos pascales: «**Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella**» (Jn 11, 4).

No era sólo la gloria que podía reportarle el milagro, tanto menos cuanto que provocaría su muerte (Cfr. Jn 11, 46-54); sino que su verdadera glorificación vendría precisamente de su elevación sobre la cruz (Cfr. Jn 12,32). Los discípulos comprendieron bien todo esto después de la resurrección.

6. Particularmente interesante es la doctrina de San Pablo sobre el valor de la resurrección como elemento determinante de su concepción cristológica, vinculada también a su experiencia personal del Resucitado. Así, al comienzo de la Carta a los Romanos se presenta: «**Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el Evangelio de Dios, que había ya prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Sagradas, acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos; Jesucristo, Señor nuestro**» (Rom 1, 1-4).

Esto significa que desde el primer momento de su concepción humana y de su nacimiento (de la estirpe de David), Jesús era el Hijo eterno de Dios, que se hizo Hijo del hombre. Pero, en la resurrección, esa filiación divina se manifestó en toda su plenitud con el poder de Dios que, por obra del Espíritu Santo, devolvió la vida a Jesús (Cfr. Rom 8, 11) y lo constituyó en el estado glorioso de «Kyrios» (Cfr. Flp 2, 9-11; Rom 14, 9; Hech 2, 36), de modo que Jesús merece por un nuevo título mesiánico el reconocimiento, el culto, la gloria del nombre eterno de Hijo de Dios (Cfr. Hech 13, 33; Hb 1, 1-5; 5, 5).

7. Pablo había expuesto esta misma doctrina en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, en sábado, cuando, invitado por los responsables de la misma, tomó la palabra para anunciar que en el culmen de la economía de la salvación realizada en la historia de Israel entre luces y sombras, Dios había resucitado de entre los muertos a Jesús, el cual se había aparecido durante muchos días a los que habían subido con El desde Galilea a Jerusalén, los cuales eran ahora sus testigos ante el pueblo. «**También nosotros** (concluía el Apóstol) **os anunciamos la Buena Nueva de que la Promesa hecha a los padres**

Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús, como está escrito en los salmos: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy» (Hech 13, 32-33; Cfr. Sal 2, 7).

Para Pablo hay una especie de ósmosis conceptual entre la gloria de la resurrección de Cristo y la eterna filiación divina de Cristo, que se revela plenamente en esta conclusión victoriosa de su misión mesiánica.

8. En esta gloria del «Kyrios» se manifiesta ese poder del Resucitado (Hombre-Dios), que Pablo conoció por experiencia en el momento de su conversión en el camino de Damasco, al sentirse llamado a ser Apóstol (aunque no uno de los Doce), por ser testigo ocular del Cristo vivo, y recibió de El la fuerza para afrontar todos los trabajos y soportar todos los sufrimientos de su misión. El espíritu de Pablo quedó tan marcado por esa experiencia, que en su doctrina y en su testimonio antepone la idea del poder del Resucitado a la de participación en los sufrimientos de Cristo, que también le era grata: Lo que se había realizado en su experiencia personal también lo proponía a los fieles como una regla de pensamiento y una norma de vida: «**Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor... para ganar a Cristo y ser hallado en él... y conocerle a él, y experimentar el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos**» (Flp 3, 8-11). Y entonces su pensamiento se dirige a la experiencia del camino de Damasco: «... **Habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús**» (Flp 3, 12).

9. Así pues, los textos referidos dejan claro que la resurrección de Cristo está estrechamente unida con el misterio de la encarnación del Hijo de Dios: es su cumplimiento, según el eterno designio de Dios. Más aún, es la coronación suprema de todo lo que Jesús manifestó y realizó en toda su vida, desde el nacimiento a la pasión y muerte, con sus obras, prodigios, magisterio, ejemplo de una vida perfecta, y sobre todo con su transfiguración. El nunca reveló de modo directo la gloria que había recibido del Padre «**antes que el mundo fuese**» (Jn 17, 5), sino que ocultaba esta gloria con su humanidad, hasta que se despojó definitivamente (Cfr. Flp 2, 7-8) con la muerte en cruz. En la resurrección se reveló el hecho de que «**en Cristo reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente**» (Col 2, 9; cfr. 1, 19). Así, la resurrección «**completa**» la manifestación del contenido de la Encarnación. Por eso podemos decir que es también la plenitud de la Revelación. Por tanto, como hemos dicho, ella está en el centro de la fe cristiana y de la predicación de la Iglesia.

La Pascua en el Antiguo Testamento

POR MARCELO A. MURÚA



El acontecimiento salvífico de la liberación de Egipto y el Paso del Mar Rojo constituyen la raíz de la experiencia de fe del pueblo de Israel.

Dios se revela como un Dios cercano a su pueblo, que escucha sus clamores y acude a liberarlos (Ex.3, 7ss). El descubrimiento de este Dios que salva y libera para la Vida es la piedra angular del Antiguo Testamento. En la Biblia constantemente se hace memoria de este suceso. La fe de Israel se sustenta en el Paso liberador del Señor. Los israelitas pasan de la muerte que significa la esclavitud en Egipto a la promesa de Vida que les propone la Alianza con el Señor.

Con el Nuevo Testamento esta anticipación del proyecto de Dios llega a su culminación en Jesús muerto y Resucitado. El Paso a una Vida nueva se hace definitivo. Jesús vence a la muerte y resucita para revelarnos la voluntad liberadora del Padre: que su Reino se haga presente entre nosotros para que todos los hombres tengan vida y vida en abundancia.

Te acercamos unas guías para trabajar en grupos el tema de la Pascua en el Antiguo Testamento trabajando los textos del libro del Exodo.

Guías para el trabajo en grupos

GRUPO 1 "La situación del pueblo"

Texto: Exodo 1, 1-22

- ¿Quién era José? Poner en común los detalles que conozcamos de este personaje bíblico.
- ¿De qué manera los egipcios comenzaron a esclavizar a los israelitas? ¿Cuál es la razón de esta actitud?
- Leer, cada uno, el versículo que más le haya llegado.
- ¿Qué resonancia, qué eco tienen hoy en nuestra realidad personal, comunitaria y social este texto?
- ¿Podemos encontrar algún paralelo con esta situación en nuestros días?

GRUPO 2 "La vocación de Moisés"

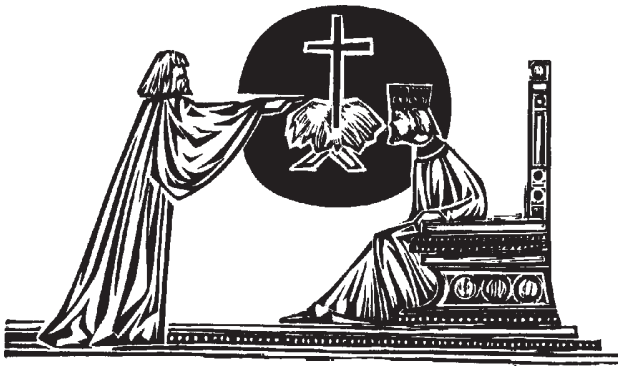
Texto: Ex. 2, 23 - 3, 15

- Poner en común las actitudes, gestos y palabras de los protagonistas del relato.
- ¿Cómo se presenta Dios y qué promete? ¿Por qué?
- ¿Recuerdan otros textos bíblicos en los que Dios llama para una MISIÓN? ¿Cuáles? ¿Hay elementos en común con esos textos?
- Leer, cada uno, el versículo que más le haya llegado.
- ¿Qué resonancia, qué eco tienen hoy en nuestra realidad personal, comunitaria y social este texto?
- ¿Qué clamores escucharía Dios en nuestros días?

GRUPO 3 "La cena Pascual"

Texto: Ex. 12, 1-36 ; 13, 1-2. 11-16

- ¿De qué suceso se habla?
 - ¿Qué costumbres, ritos o fiestas se describen, relacionadas con el "Paso del Señor"?
- (12, 2-11 y 21-22 / 12, 15-16)



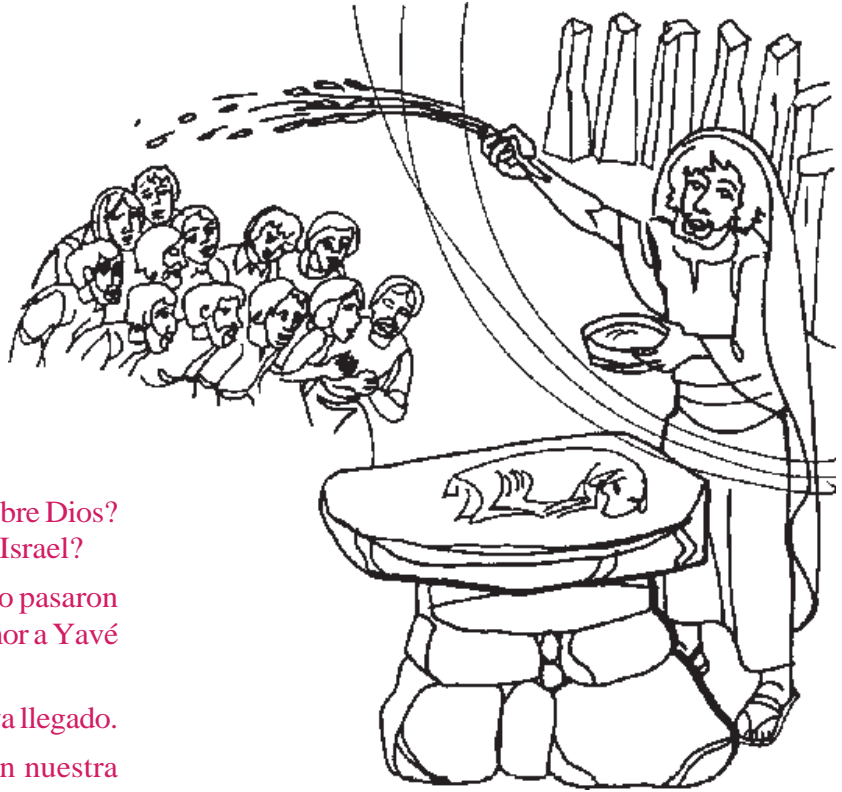
- ¿Qué señalan los textos sobre la forma de recordar y celebrar este acontecimiento?
- (12, 25-27 / 12, 17.39 / 13, 1-2. 11-16)
- ¿Qué sentido tiene para Israel la celebración "año tras año" y "generación tras generación" de esta liberación obrada por Dios?
 - Leer, cada uno, el versículo que más le haya llegado.
 - ¿Qué resonancia, qué eco tienen hoy en nuestra realidad personal, comunitaria y social este texto?
 - ¿Qué sentido tiene para nosotros la celebración de la Pascua?

¿y de la Pascua de cada domingo (misa)?

GRUPO 4 **"El paso del Mar Rojo"**

Texto: Ex. 13, 17 - 14, 31

- ¿De qué suceso se habla?
- ¿Qué hechos se enumeran?
- ¿Alguien en el grupo puede contar que es una epopeya?
- ¿Se trata entonces de un acontecimiento histórico o de una epopeya de Dios?
- ¿Qué nos quieren transmitir los autores sobre Dios?
¿Cuál es su voluntad, su proyecto para Israel?
- ¿Cuál es la actitud de los hebreos? ¿Cómo pasaron del "miedo" o "susto" (13, 10.13) al temor a Yavé (13, 31)?
- Leer, cada uno, el versículo que más le haya llegado.
- ¿Qué resonancia, qué eco tienen hoy en nuestra realidad personal, comunitaria y social este texto?
- ¿Qué sentido tiene para nosotros el permanecer firmes (13, 13)?



PLENARIO FINAL

- Cada grupo confecciona un papelógrafo y escribe una oración (a la luz del texto) para la puesta en común. Dividido en dos partes.
- En la parte superior del papelógrafo sintetiza en 4 ó 5 palabras lo que el texto dice (para esto ayuda la primera serie de preguntas de cada guía). En la parte inferior hace lo mismo con la aplicación a nuestros días del texto trabajado (para eso ayuda la segunda serie de preguntas de cada guía).
- Un integrante de cada grupo pasa y expone el trabajo del mismo.
- Al finalizar podremos visualizar en toda la parte superior de las notas una síntesis de los textos y en la parte inferior su actualización.
- Se concluye con la lectura de las oraciones grupales.

CELEBRAR EL AÑO LITÚRGICO HISTORIA Y PASTORAL

Este libro, estos apuntes, quieren ayudar a conocer mejor el sentido y el desarrollo de los tiempos litúrgicos a lo largo del año. Y se ha escrito pensando en diversos tipos de destinatarios.

En primer lugar, cualquier cristiano que quiera conocer más profundamente cómo celebramos nuestra fe a lo largo del año, y quiera aprovechar mejor este camino pedagógico de vivencia cristiana que es el año litúrgico.

En segundo lugar, más especialmente, todos aquéllos que realizan alguna tarea educativa en la comunidad cristiana: catequistas, responsables de movimientos, etc. A todos les vendrá bien conocer más el significado de los tiempos litúrgicos, para poder transmitir mejor este elemento importante del camino cristiano. Lo mismo podríamos decir también, por ejemplo, de los profesores de religión en los diferentes colegios de nuestra diócesis de San Juan.

Y finalmente, y con más motivo, este libro se dirige a todos los miembros de los equipos de liturgia, monitores, directores de canto y a todos los que tienen alguna responsabilidad en las celebraciones. Conocer cada vez mejor el sentido de los tiempos litúrgicos y la manera en que están organizados, es una de las preocupaciones que todo responsable litúrgico tiene. Por tanto, este libro será, sin duda, de gran ayuda para ellos.

Ahora bien, después de un par de capítulos que presentan la historia del año litúrgico y algunos criterios generales a tener en cuenta, este libro repasa cada uno de los tiempos y ofrece sintéticamente todo lo que puede ayudar a conocerlos y vivirlos mejor.



Domingo tras domingo, año tras año

Los discípulos, días después de la muerte de Jesús, y movidos por la experiencia de la resurrección, se habían ido reagrupando. Y habían sentido en su interior una fuerza nueva, un Espíritu nuevo. Se veían capaces de decir que llevaban dentro el mismo Espíritu de Jesús. Y se encontraban juntos muy a menudo, y se habían ido acostumbrando a reunirse, sobre todo el primer día de la semana, el día siguiente al sábado, aquel día que pronto se conocería con el nombre del «día del Señor», que después en latín se tradujo como *dominicus*, *domingo*. Se encontraban aquel día, el día del aniversario semanal de la experiencia de la resurrección, y explicaban las historias de Jesús, y repetían el gesto que les había dejado antes de morir: el pan y el vino puesto sobre la mesa, la oración de acción de gracias, la repetición de aquellas palabras

imborrables: *Éste es mi cuerpo, éste es el cáliz de mi sangre, haced esto en memoria mía.*

Y un domingo, y otro domingo, y otro domingo. Allí, en la reunión del domingo, se iba forjando la comunidad de los creyentes en Jesús, los seguidores de Jesús. Allí lo experimentaban presente, allí se sentían empujados a extender la Buena Noticia que les había cambiado el corazón y la vida. El evangelio de Juan (20,19-29) nos lo escenifica con toda viveza cuando nos explica que, el domingo de Pascua, Jesús se hace presente en medio de los suyos, y Tomás, que no estaba, necesita esperar al siguiente domingo para encontrarlo: *porque el lugar fundamental de la presencia del Señor es la reunión del domingo.*

El domingo no era día festivo, en aquella época. Y por eso, la reunión se tenía que realizar tarde, cuando todo el mundo ya había acabado de trabajar, había sueño, y alguien

medio dormido podía llegar a caerse desde lo alto de la ventana... (Hechos de los Apóstoles 20,7-12). Pero, a pesar de las dificultades, no dejaron nunca de hacer aquella reunión, y *desde entonces hasta ahora, la Eucaristía del domingo es el punto de referencia básico de la comunidad cristiana.*

Pronto, sin embargo, aquellos cristianos del comienzo no tuvieron bastante con aquella fiesta semanal para celebrar la vida nueva de Jesús. No tuvieron bastante con esta Pascua semanal.

Jesús había muerto durante los días de la Pascua judía. Por eso, al cabo de un año, en la siguiente Pascua, seguro que los discípulos recordaron con una especial intensidad lo que había sucedido en aquellos días. Ellos, buenos judíos, celebran como sus compatriotas la gran fiesta de la liberación de Egipto, pero seguro que lo hacen recordando la novedad que les ha revolucionado sus vidas: aunque no realicen ninguna conmemoración especial, el recuerdo de la muerte y la resurrección de Jesús lo tienen presente.

Hasta que, al cabo de unos años -bastantes, seguramente-, alguna de las comunidades comenzó a celebrar, además del encuentro de los domingos, un encuentro anual especial, los días de la Pascua judía para *recordar y conmemorar, no ya la liberación de Egipto, sino la vida nueva de Jesús. Y así nace la Vigilia Pascual, la primera celebración de esto que hoy llamamos año litúrgico.*

Esta Vigilia, que dura toda la noche, pronto será precedida por un ayuno de dos días, el viernes y el sábado, como preparación del cuerpo y del espíritu para la alegría de la fiesta; y será la Eucaristía de Pascua lo que marcará el final del ayuno. Y tiempo después, en Jerusalén, comenzarán a reunirse los cristianos en el lugar del Calvario para leer la pasión y recordar los últimos momentos de Jesús: así nacerá la celebración del Viernes Santo.

Esta celebración cristiana básica, que cada año cambia de día según el calendario lunar que seguían los judíos (la Pascua es el domingo siguiente a la primera luna llena de primavera) dará lugar a los dos primeros «tiempos litúrgicos»: cincuenta días que alargan la fiesta de la Pascua (el tiempo pascual) y cuarenta días que la preparan (la Cuaresma). Y, entre medio, se van fijando también conmemoraciones concretas: el Domingo de Ramos, el Jueves Santo, la Ascensión, Pentecostés.

A partir del año 300 comenzamos a tener noticia de otro grupo de celebraciones: las que giran en torno al nacimiento de Jesús. La primera conocida es una fiesta

el 6 de enero que celebra la manifestación del Hijo de Dios, una fiesta especialmente relevante en Oriente. Y en el año 354 aparece, en un calendario elaborado por el calígrafo romano Dionisio Filócalo, esta anotación: «25 de diciembre: Nacimiento del Sol Invicto. Nace Cristo en Belén de Judá». El 25 de diciembre era la fiesta romana del nacimiento del sol, cuando el sol vence la oscuridad y los días comienzan a alargarse: en este día, los cristianos comenzaron a celebrar el nacimiento del sol verdadero, Jesús.

Y, algo después, iniciaron también un tiempo de preparación que, en el siglo VI, quedó fijado en cuatro domingos: el tiempo de Adviento.

Así se configuraba ya el año litúrgico tal como lo tenemos nosotros actualmente. Han variado algunas cosas, se han añadido otras nuevas conmemoraciones, pero básicamente el año litúrgico no ha cambiado desde entonces.

Ciertamente que el año litúrgico podría no existir, que en nuestro encuentro de cada domingo (y más aún: en toda nuestra existencia cristiana) se hace presente de hecho toda la historia de la salvación, la encarnación del Hijo de Dios, su muerte y resurrección, el don del Espíritu; y podemos vivir también todos los sentimientos y actitudes que nuestra fe nos invita a vivir: la esperanza, el arrepentimiento, la acción de gracias, la alabanza, el espíritu de conversión...

Pero lo cierto es que va bien celebrar las cosas desglosadamente, separadamente, pudiendo profundizar y saborear cada uno de los aspectos. Nos va bien reseguir paso a paso, poco a poco, la salvación que hemos recibido en Jesucristo, y fijar los ojos en cada uno de los ricos momentos de este camino. Y vivir también con profundidad, asumiéndolas hondamente, cada una de las distintas actitudes que configuran nuestro ser cristiano. Somos limitados, y la pretensión de vivirlo todo a la vez nos llevaría inevitablemente a la superficialidad y al olvido de aspectos importantes de nuestra fe y de nuestra vida cristiana.

Por eso, la celebración honda y atenta de los diversos momentos del año litúrgico nos ayuda a vivir más plenamente nuestro ser cristiano, y nos educa y nos hace crecer, en comunión con los otros hermanos y hermanas que, como nosotros, siguen este camino.

Los tiempos litúrgicos «fuertes»

Existen unos tiempos litúrgicos que acostumbramos a llamar «fuertes», que tienen características propias y diferenciadas, y también encontrarnos lo que se denomina «tiempo ordinario», que son los domingos en los

que no se celebra ningún aspecto especial de la salvación, sino que sólo se celebra el hecho de ser domingo.

Los tiempos fuertes son el Adviento, la Navidad-Epifanía, la Cuaresma, el Triduo Pascual (dentro de la Semana Santa) y la Pascua. El tiempo ordinario comprende los domingos que hay entre el final del tiempo de Navidad-Epifanía y el comienzo de la Cuaresma (unos pocos domingos) y los domingos que hay entre el final del tiempo de Pascua y el inicio del Adviento siguiente (son muchos domingos).

De cara a vivir y celebrar los tiempos litúrgicos «fuertes», tanto comunitaria como personalmente, hay un conjunto de criterios y posibilidades que vale la pena tener en cuenta. Aquí destacaremos algunos:

1. Son las lecturas de la Palabra de Dios, lo que más puede ayudar a empaparse del espíritu de cada tiempo. Por eso, los que tienen alguna responsabilidad en las celebraciones conviene que encuentren un tiempo para la lectura personal de los textos que se proclamarán en la misa. Y no sólo para «saber de qué se trata la lectura», para poder realizar bien su trabajo, sino también para vivir más personalmente lo que se celebra, que es fundamental para que la tarea litúrgica que cada uno lleva a cabo se realice con profundidad y verdad.

2. Pero esto también vale para cualquier cristiano, aunque no tenga ninguna responsabilidad litúrgico. Para vivir y profundizar en la riqueza cristiana de cada celebración, va muy bien dedicar un poco de tiempo para que las lecturas de la Palabra de Dios calen en nosotros.

3. Este empaparse de las lecturas es importante sobre todo en los domingos y fiestas. Pero también iría bien, si se tiene tiempo, leer cada día las lecturas de la misa diaria (y si además se puede participar de la misa diaria, aunque sea de vez en cuando, mucho mejor).

4. Las lecturas de los domingos y fiestas no se repiten cada año sino que están distribuidas en tres ciclos (A, B y C), de cara a conseguir que la Palabra de Dios nos llegue más ampliamente; cada ciclo tiene como característica la lectura de uno de los tres evangelios llamados «sinópticos»: el año A se lee sobre todo Mateo, el B, Marcos, el C, Lucas (Juan se lee todos los años, especialmente en Pascua). En cambio, las lecturas de los días laborables, en los tiempos fuertes, son cada año iguales. Todas estas lecturas se encuentran publicadas en los distintos misales manuales que hay en el mercado: algunos recogen las lecturas de los domingos y fiestas, otros los de los días laborables, y otros todas.

5. De cara a la celebración dominical de la Eucaristía en los tiempos fuertes, hay algunos elementos a tener en cuenta para que la asamblea los pueda vivir mejor. Uno de ellos es la *ambientación general de la iglesia*. El primer domingo de Adviento, por ejemplo, cualquier persona que entre en la Iglesia ha de experimentar que comienza un tiempo diferente. Lo mismo se puede decir de la Navidad, la Cuaresma, la Pascua. Esta «impresión de entrada» seguramente nos ayudará a vivir aquel tiempo litúrgico más que muchas exhortaciones que se puedan hacer de palabra. Esta ambientación de la iglesia se consigue con elementos muy diversos, algunos específicos de cada tiempo (propriamente litúrgicos o bien de carácter popular: la corona en Adviento, el nacimiento en Navidad, resaltar una cruz por Cuaresma, el cirio pascual en la Pascua) y otros generales que en cada tiempo convendría utilizar de manera diversa. Pero, en cualquier caso, lo importante es que, antes de cada tiempo, el equipo responsable se detenga a pensar cómo ha de ser esta ambientación.

6. *La luz y las flores* son unos elementos que ayudan mucho a crear la imagen de cada tiempo. Así, es necesario que por Pascua las encontremos en la iglesia, cuantas más mejor, mientras que en Cuaresma se deberían evitar las flores totalmente. Por Navidad también conviene acentuar estos elementos festivos, mientras que en Adviento, que es tiempo de preparación (aunque no es tiempo penitencial como la Cuaresma), si hay flores conviene colocarlas con medida, dando un tono austero.

Estas diferencias entre los tiempos no son producto de leyes arbitrarias, sino que son una buena ayuda pedagógica. Y, en tanto que se pueda, sería necesario cuidarlas: por ejemplo, si al celebrarse una boda en Cuaresma se ponen flores, al finalizar la ceremonia se tendrían que quitar las flores para que las personas que vengan a misa encuentren un ambiente de austeridad cuaresmal que les haga vivir más intensamente este tiempo.

7. También ayudan otros elementos de ornamentación, como los *carteles con dibujos o frases*, el *destacar la cruz o una imagen de la Virgen* según los tiempos o los días, el colocar, por ejemplo por Cuaresma, unas fotos que nos recuerden que nos tenemos que convertir, u otros elementos similares. Si se hacen cosas de este tipo con buen gusto, serán sin duda una buena ayuda.

8. También ayudará a la ambientación el poner en el ambón una tela con el color del tiempo, o incluso (si queda bien con la estructura de la iglesia) colgar otra más grande en algún lugar adecuado.

9. Un elemento que se ha de cuidar especialmente para dar el tono de la celebración son los *cantos*. Cuando cantamos, las palabras que decimos penetran en nuestro interior sin darnos cuenta, y las músicas las asociamos a determinados hechos o sentimientos. Por eso es muy importante tener unos cantos adecuados para cada tiempo litúrgico, que expresen bien con la letra y con la música lo que en aquel tiempo se celebra. Estos cantos dependerán del tipo de comunidad, pero en cualquier caso, hay que cuidarlos. Y es importante que estos cantos propios de cada tiempo estén «reservados» a aquel tiempo concreto, y no se canten fuera de él: así cuando los cantamos, nos llevarán enseguida el alma hacia el tiempo al que se refieren. Lo mismo podemos afirmar de determinadas fiestas relevantes, como las de Semana Santa: saberse los cantos más propios de estos días ayudará mucho a vivirlos.

10. En este sentido, hay que señalar que un canto decisivo para marcar el sentido de la celebración es el *canto de entrada*: es la primera cosa que realizamos juntos como asamblea reunida, y por tanto es lo que nos ha de situar en lo que estamos haciendo. En este sentido, y para ayudar a vivir más la unidad de los tiempos litúrgicos (sobre todo para darnos cuenta de que estamos en esos tiempos), se podría elegir para cada uno de los tiempos un canto concreto y cantar cada domingo lo mismo como canto de entrada de la misa. También si el repertorio de una comunidad es muy reducido y sólo se sabe un canto propio de cada tiempo litúrgico, lo mejor sería que ese canto propio se utilice como canto de entrada de la misa. Y, en cualquier caso, es importante ir ampliando el repertorio de cantos propios de los diversos tiempos, para vivirlos con mayor riqueza.

11. Finalmente, cabe destacar la importancia de cuidar los otros elementos propios de cada tiempo litúrgico. Por ejemplo, la supresión total del aleluya en la Cuaresma y, en contraste, la abundancia de aleluyas en la Pascua; o también dentro de la Pascua, la aspersión inicial en vez del acto penitencial. Esto puede ir acompañado de otros elementos que, si bien no se pueda decir que son propios del tiempo, pueden ayudar a identificarlo y vivirlo. Los ejemplos pueden ser muchos: acompañar el encendido de la corona de Adviento con el recitado de una oración por parte de toda la asamblea; por Cuaresma hacer servir el «Yo confieso» en el acto penitencial y el resto del año utilizar el «Señor, ten piedad» con las invocaciones; por Cuaresma también, aumentar en la celebración los momentos de silencio; recitar después de la comunión un salmo que tenga un tono adecuado al tiempo litúrgico; incluso

(pero con cuidado de hacerlo breve y de prepararlo bien) introducir, por ejemplo por Pascua, antes de la plegaria eucarística, un momento de acción de gracias por alguna de las cosas que nos hacen descubrir en la vida la presencia del Señor resucitado.

12. Y en cualquier caso, ya lo hemos señalado, lo importante es que exista un equipo que piense las celebraciones e intente encontrar el modo de ayudarlas a vivir, cada una de ellas con su tono específico, según las características de la propia comunidad y en comunión con lo que toda la Iglesia celebra.

El tiempo de Adviento

El tiempo de Adviento comienza cuatro domingos antes de Navidad. Dependiendo de cuándo caiga Navidad tendrá entre tres y cuatro semanas. Adviento es una palabra latina («*adventus*») que significa venida. Se utilizaba sobre todo para hablar de la llegada solemne del emperador o de alguna personalidad importante. Y ahora, nosotros, la hacemos servir para celebrar la llegada de nuestro Señor, Jesús. No es un tiempo de penitencia, como la Cuaresma, sino que es un tiempo de espera, de esperanza, de vivencia de este Señor que, igual que vino un día en Belén, hace ya dos mil años, continúa viniendo cada día entre nosotros, y vendrá un día plenamente, definitivamente, al final de los tiempos, para llevar a la plenitud su Reino.

Por eso decimos que en Adviento celebramos tres venidas del Señor:

La primera es la venida histórica de hace dos mil años. Durante el Adviento recordamos el largo camino del pueblo de Israel, las esperanzas y desesperanzas que vivió, la confianza, a menudo oscura, de la llegada de un liberador. Escuchamos las palabras de los profetas, y hacemos nuestros los sentimientos de María y de José en la espera de su hijo Jesús. Y vivimos la alegría de creer que Dios mismo se hace hombre como nosotros, para compartir nuestra vida y llevamos hacia él.

La segunda es la venida constante, cotidiana, a nuestras vidas y a nuestro mundo. Jesús viene con su palabra, con su gracia. Y viene a través de nuestros hermanos y hermanas, sobre todo en los pobres. Y viene cuando nos reunimos para celebrar la Eucaristía. Este tiempo de Adviento nos invita a agradecer esta presencia constante de Jesús, y, a la vez, a renovar nuestra vida y la vida de nuestro mundo para poder recibirlo. Las llamadas de Juan Bautista que escuchamos en este tiempo, las llamadas a prepararle el camino, han de calar verdaderamente en nuestros corazones.

Finalmente, la tercera venida es la venida definitiva, al final de los tiempos. Es el objetivo de

nuestra historia, de nuestro camino de hombres y mujeres en este mundo, y es el objetivo de la humanidad entera: el Reino de Dios plenamente realizado, la vida nueva de Dios. Mientras tanto, nuestra actitud es la de vigilar y esperar. Vigilar porque en aquel momento definitivo nos encuentre con las manos llenas de obras de amor; y esperar con fe y con confianza, convencidos de que su amor es más fuerte que todo mal.

Si nos fijamos en los evangelios de los domingos de Adviento, veremos cómo este tiempo comienza haciéndonos poner los ojos precisamente en esta última venida, la del final de los tiempos. Siempre, el evangelio del primer domingo de Adviento nos anuncia este final del todo, esta llamada definitiva del Señor. Y, junto con el evangelio, otros textos de estos primeros días nos hacen prestar atención a ella.

Después, nuestros ojos se dirigen, más bien, a la venida del Señor a nuestras vidas. Los evangelios del segundo y tercer domingo de Adviento, que tienen siempre como protagonista a Juan Bautista, resaltan la llamada a preparar el camino del Señor, y la exigencia de conversión que esta venida comporta; una exigencia que Juan concreta sobre todo en la justicia y en la capacidad de compartir lo que tenemos.

Estas dos venidas marcan la primera parte del Adviento, hasta el día 16 de diciembre. Después, a partir del día 17, comienza la segunda parte del Adviento, y todo cobra un color mucho más intenso y vivo. Todo el interés de nuestras celebraciones se concentra entonces en la navidad que se acerca. En las misas de los días de cada día leemos los evangelios de los dos primeros capítulos de Mateo y Lucas, que nos narran los hechos que precedieron el nacimiento de Jesús. Y el domingo cuarto de Adviento, el evangelio también es una de las tres principales escenas de preparación del nacimiento: la anunciación a José (ciclo A), la anunciación a María (ciclo B), la visitación de María a Isabel (ciclo C).

Este itinerario que nos marcan los evangelios del Adviento queda completado por las demás lecturas. Las primeras lecturas de este tiempo tienen una relevancia especial, porque nos hacen vivir los sentimientos de los hombres y mujeres del Antiguo Testamento que esperaron la venida del Mesías. Las primeras lecturas del Adviento, en efecto, son profecías que nos enseñan a esperar y anhelar la venida del Señor, y a desear (y, en consecuencia, a trabajar nosotros para realizar) el mundo nuevo que Dios promete. La mayoría de los textos son del libro profético más importante, Isaías, pero también hay de otros profetas.

Después están las segundas lecturas que nos invitan a vivir las actitudes propias del Adviento: la esperanza, la alegría, la paciencia, la conversión... En el cuarto domingo, con la proximidad de la Navidad, estas segundas lecturas son anuncios de la salvación que nos trae Jesucristo.

Y, finalmente, podemos citar todavía los salmos responsoriales que leemos después de la primera lectura, que nos ayudan a rezar y a vivir espiritualmente este tiempo.

Ya lo hemos ido diciendo en todo lo comentado hasta ahora, pero si quisiéramos sintetizar cuáles son los principales sentimientos y actitudes que caracterizan el tiempo de Adviento y podríamos señalar cinco:

1. *Vivir la esperanza.* La esperanza en la vida plena, amorosa, renovada, fiel, gozosa, que Dios nos ofrece. En definitiva, la esperanza en Dios mismo. Un anhelo que comienza mirando el mal que hay en nosotros y en nuestro mundo, y que nos lleva a desear que este mal desaparezca: el dolor, la tristeza, la injusticia, la insolidaridad, la muerte. Y nos lleva a hacer a cada uno de nosotros todo lo que seamos capaces para combatir este mal. Y que nos conduzca hacia el único en quien podemos poner una confianza total: el Padre que es la luz, la vida, el amor.

2. *Preparar el camino del Señor.* Es decir, hacer que nuestra vida y nuestro mundo se aproximen a lo que Jesús espera, a lo que Jesús quiere. Y, lo que Jesús espera y quiere es lo que él mismo vivió: no un cumplimiento de las leyes o una conducta simplemente honesta, sino el estilo renovador y transformador del Evangelio, el estilo que le condujo a la muerte. Preparar el camino del Señor significa, al fin y al cabo, entrar en comunión con su manera de vivir.

3. *Despertar los sentimientos de alegría.* Si confiamos en el amor de Dios que viene a compartir nuestra vida, si nos sentimos partícipes de su Reino, ¿cómo no deberíamos estar profundamente alegres? No, no se trata de hacer ver que no existe el mal ni el dolor, ni de olvidarse de las agonías de la propia vida, sino que se trata de vivirlo todo con el más profundo convencimiento que, al final de todo, se encuentra el amor de Dios que no falla nunca.

4. *Profundizar en el espíritu de oración.* El Señor viene, viene siempre. Y nosotros podemos ponernos delante suyo con todo lo que somos y lo que vivimos: con nuestras ilusiones y tristezas, y no sólo con las nuestras, que sería muy egocéntrico, sino también con las ilusiones y tristezas de nuestro mundo. La oración es una gran expresión de la esperanza.

5. *Y aprender a ser pacientes.* Porque querríamos ser más fieles al Evangelio y aunque nos esforcemos no lo logramos, y querríamos que la injusticia desapareciera y a menudo parece que aumenta, y querríamos no tener que vivir con el alma en vilo por tantas cosas, y resulta que lo tenemos que hacer, y querríamos... El Adviento nos invita a vivir la vida con paciencia, que no significa dejadez ni despreocupación, sino que, quiere decir, en definitiva, confianza en Dios.

Durante el tiempo de Adviento, el ambiente de la calle, la televisión y la vida en general de todo el mundo, está muy marcado por la preparación de la Navidad. Se vive un ambiente festivo, que se va acentuando a medida que se acerca el 25 de diciembre. Es un ambiente de fiesta en el que tienen un papel importante las invitaciones a comprar y a consumir, pero, afortunadamente, no es sólo eso: también se vive otra alegría que no es sólo comercial y consumista: y que lleva dentro buenos deseos más o menos reales, y ganas de compartir felicidad y amor.

Todo este ambiente por un lado nos ayuda y por otro nos estorba en la celebración de lo que este tiempo significa. Ciertamente, nos estorba si nos dejamos llevar por el remolino del lucir y del comprar; y, de hecho, por más que nos lo propongamos, siempre nos dejaremos llevar, poco o mucho.

Pero también nos ayuda, porque los deseos de compartir felicidad que en estos días se viven son deseos que sintonizan muy bien con lo que significa la venida del Señor entre nosotros. Incluso no es ningún disparate decir que también sintoniza el hecho de sentarse en tomo a una mesa más abundante para hacer fiesta. Y los regalos también sintonizan, si no derivan hacia el descontrol (es mucho mejor un regalo sencillo pero con proximidad personal que un enorme regalo de los grandes almacenes...)

Por eso, tanto en la vida personal de cada uno como en lo que vivimos y transmitimos en nuestras celebraciones, será necesario que nos ayudemos a discernir y a vivir lo que nos da de bueno este ambiente y procurar alejamos de lo malo que nos trae.

Frenar nuestro espíritu consumista (algo que seguramente no es fácil, pero hay que proponérselo) y, a la vez, compartir lo que tenemos con aquéllos que tienen menos (en este sentido, la Campaña de caridad y fraternidad, que se hace estos días es un buen recordatorio, sin dejar a un lado la que se hace en tiempo de cuaresma) serán maneras de alejarnos de las perversiones en las que estas fiestas pueden caer. Y, entonces, vivir, en el ambiente de fiesta de estos días, nuestra fe y nuestra esperanza en el Dios que nos ama y

viene a caminar a nuestro lado, para dar el sentido más profundo, gozoso y amoroso a toda la existencia humana.

El tiempo de Navidad y Epifanía

El hecho más grande que la humanidad podía esperar. En un rincón del mundo, en un pueblo que guardaba recuerdos de grandezas antiguas, y sin que el acontecimiento tuviera ningún eco público, nace un niño, hijo de una pareja que ha tenido que vivir los últimos días del embarazo recorriendo un camino de cuatro o cinco días a pie (o en mula) porque los que mandaban entonces habían decidido elaborar un censo y cada uno tenía que empadronarse en su lugar de origen.

El hecho más grande que la humanidad podía esperar. Aquel niño que nace, inicia una nueva historia. En él está presente Dios. En él Dios viene a vivir la misma vida humana. En él podremos mirar una forma de vivir llena de todo el amor de Dios: este amor que es el único amor total, absolutamente entregado. Tan entregado que topará con el mal que hay en el corazón del sistema de este mundo, y morirá en la cruz. Y allí, en aquella carne débil que fracasa en la cruz, allí y en ningún otro sitio, contemplaremos la gloria, la vida, la verdad para todos los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares. Para cada uno de nosotros. Su nacimiento será eso: será la gloria de Dios, y será la paz para los hombres, porque Dios nos ama infinitamente. Eso es la redención: que un hombre como nosotros ha vivido la vida humana con total fidelidad al amor, a Dios, y esto ha abierto un camino de vida para siempre a todo el mundo.

Los evangelistas Mateo y Lucas, para explicar lo que todo esto significa, no tendrán miedo de jugar con toda su capacidad poética y literaria; toda su capacidad de ternura y de fe. Y, así, Lucas nos explicará que los primeros en conocer aquel nacimiento serán unos pastores, gente que vive fuera de los circuitos de la convivencia social y de la vida religiosa: son los pobres, los que quedan al margen, los no oficiales, los que más pueden ilusionarse por aquella novedad decisiva. Y Mateo nos explicará que son unos personajes venidos de lejos, unos paganos con el alma abierta, los que emprenderán un largo camino para encontrar al niño mientras el pueblo judío le vuelve la espalda.

Celebrar Navidad es celebrar que nuestro camino humano es infinitamente valioso, porque es el camino de Dios. Dios se lo ha hecho suyo. - ¡cómo no lo hemos de valorar también nosotros!. Vale la pena nuestra vida, vale la pena nuestro trabajo, nuestras preocupaciones, nuestras alegrías, nuestras esperanzas. Y vale la pena vivir todo esto en sintonía con el estilo de vida

de Jesús, porque es el estilo que da vida y felicidad. Y vale la pena valorar todo lo que existe en este mundo y que se encuentra en esta misma línea, aunque no se haga en nombre de Jesús: Jesús está allí, Jesús también lo hace suyo.

Y celebrar la Navidad es celebrar la alegría de tener a Jesús cerca, la alegría de poder recurrir a él, la alegría de poder reconocer ante él, con mucha paz, que somos débiles y pecadores y que no estamos, para nada, a la altura de su amor. La alegría, en definitiva, de creer que el final de todo es la vida eterna de Dios, por pura gracia.

Las fiestas de Navidad están centradas en dos días principales: el 25 de diciembre y el 6 de enero, Son las dos grandes fiestas. De hecho, éste es el único tiempo del año en el que los días principales no son los domingos sino fiestas de entre semana. Y, si miramos la historia, nos damos cuenta que sólo estos dos días se han mantenido siempre iguales, mientras que los demás días iban cambiando de sentido según las épocas:

- *El 25 de diciembre* es el día central, el día en el que celebramos el nacimiento de Jesús, la venida del Hijo de Dios a compartir nuestra historia humana.

- *Y el 6 de enero* es la segunda gran fiesta, la Epifanía del Señor, su manifestación como luz para todos los pueblos de la tierra (representados en los magos de Oriente).

Las otras fiestas son:

- Domingo entre navidad y Año Nuevo: la fiesta de la Sagrada Familia, el recuerdo del núcleo humano en el que Jesús creció, aquel núcleo humano formado por sus padres, del que recibió el amor y el apoyo que necesitaba para vivir.
- 1 de enero: la Fiesta de la Madre de Dios, que merece ser recordada en este tiempo, porque ella nos trajo a Jesús.
- Domingo entre el 1 y el 6 de enero: el segundo domingo después de Navidad, un día tranquilo, de reposo y contemplación del misterio.
- Domingo después del 6 de enero: el Bautismo del Señor, cuando aquel niño es ya una persona adulta y, uniéndose a la fila de los que querían cambiar de corazón y de vida -por eso se hacían bautizar por Juan- ve cómo el Padre manifiesta su misión.

Sin embargo, un problema que tiene todo este conjunto de fiestas es que parece que toda la atención se concentra en una sola: el 25 de diciembre. Mientras que las restantes quedan como perdidas y lánguidas: la segunda gran fiesta, la de la Epifanía, queda sepultada

por los juguetes y los regalos de los niños; y el resto se pierde en medio del ambiente de fiestas civiles y de vacaciones. Ciertamente, esto no es ninguna tragedia y merece la pena dedicar muchas energías a la fiesta del día de Navidad, pero también estaría bien, tanto como se pueda, cuidar los diversos aspectos que cada una de las otras fiestas nos ofrecen para vivirlos y transmitirlos.

La fiesta del 25 de diciembre tiene una gran riqueza. Hay tres misas (además de la de la vigilia que se dice el 24 por la tarde): la de la noche, la de la aurora y la del día. Cada una de estas misas tiene sus propias lecturas, que, si se quiere, se pueden intercambiar. Lo cierto es que, aunque la mayoría de la gente participe en la misa de la noche (la misa del gallo) merece la pena leer personalmente y meditar los textos de las otras misas, que nos hacen vivir más globalmente el misterio. Igual que vale la pena asegurar que las misas del día de Navidad (y no sólo la misa del gallo) sean misas de buen tono festivo, para que los que participan puedan seguir también el gozo de la fiesta: por eso aunque la mayoría de los monitores y lectores vayan a la misa del gallo, sería bueno que «repitieran» en alguna de las misas del día, para vivir la fiesta como servicio a los otros cristianos.

Una buena manera de dar más relieve a la fiesta es comenzarla con algún tipo de vigilia previa. Según las circunstancias puede ser el Oficio de Lectura que es muy tradicional esta noche o alguna vigilia de poesías o canciones, o de algún otro tipo. Y después, poner en la celebración, por parte de todos los que intervengan, toda la solemnidad y toda la cordialidad que un día como éste merece.

Hoy tenemos dos relatos evangélicos para leer y contemplar, para empaparnos bien de ellos. Uno es el de Lucas 2,1-20 (la primera parte 2,1-14, la leemos en la misa del gallo; la segunda, 2, 15-20, en la de la aurora). Es el nacimiento y la adoración de los pastores: en la precariedad, en la debilidad, se encuentra toda la luz de Dios, y eso es una gran noticia que llenará la alegría de todos los limpios de corazón. El otro es el de Juan 1,1-18 (que se lee en la misa del día, y también el segundo domingo después de Navidad). Es una honda mirada sobre lo que significa aquel nacimiento: Dios que nos quiere hacer vivir su vida, su luz, todo lo que da sentido definitivo a nuestra existencia, y, por eso se nos entrega plenamente, hecho carne humana débil. Vale la pena detenemos y dejar que estos textos penetren en nosotros.

El 6 de enero, la Epifanía, que se celebra el domingo entre el 2 y el 8 de enero donde no es fiesta de guardar,

es un día difícil. La fiesta de los niños lo llena todo, y es bonito, pero también se tendría que intentar vivir el mensaje de fe que este día trae, un mensaje muy valioso: Jesús que es luz para todos, que rompe toda barrera, que trae una alegría inmensa para cualquier persona de buena voluntad; Jesús que trae una luz que cualquier persona de cualquier lugar y condición puede seguir, porque lo único que pide es vivir como él ha vivido. Hoy es un día para mirar el mundo y descubrir que la semilla de Jesús realmente está sembrada en muchos corazones, incluso (y, a veces, admirablemente) en muchos corazones que dicen que no conocen a Jesús; y es un día, más aún, para decirnos la ilusión de dar a conocer la alegría del Evangelio a la gente que tenemos cerca y no se siente atraída, y a la gente que tenemos lejos, porque esta alegría llena de sentido nuestras vidas.

Sería conveniente celebrar tanto como se pueda este día. Quizá se podrían concentrar los esfuerzos en la misa vespertina, preparándola bien e invitando a todos a participar en ella. El atardecer del día 6 es una hora en la que para la mayoría ya se ha calmado la agitación de la fiesta (con la excepción, claro está, de los padres con niños pequeños) y se podría montar una buena celebración.

El tiempo de Cuaresma

La Cuaresma es preparar la Pascua. 0 mejor todavía: la Cuaresma es la primera parte del tiempo de Pascua, un tiempo que tiene su centro en los días santos de la muerte y la resurrección de Jesús, y que tiene su segunda parte en la Cincuentena, los cincuenta días de fiesta en honor del Señor resucitado que acaban con el día de Pentecostés.

Una buena manera de mirar este tiempo es verlo como la primera parte del ciclo pascual. El Miércoles de Ceniza comenzamos un camino que nos llevará a vivir y celebrar con gozo, largamente, la vida nueva de Jesús, que es nuestra propia vida.

De ahí, la pregunta que hay que hacerse a la hora de pensar en la Cuaresma es:

¿cómo procuraré yo, y cómo procuraremos en mi comunidad, que la celebración de la Pascua de este año sea verdadera?

Seguro que si la pregunta nos la hacemos así, el resultado será muy serio. Nos daremos cuenta de que vivir la Pascua de manera verdadera comporta cambios en la propia vida, y cambios en la vida de la comunidad. Pero cambios que vayan a las raíces; cambios que, en definitiva, hagan que nuestra vida se acerque más a la vida de Jesús. Con conciencia de que el

camino es un camino que siempre vuelve a comenzar, porque somos débiles y pecadores, pero con conciencia de que lo hacemos por Jesús y acompañados de Jesús: el objetivo no es un empeño ascético de mejora personal, ni es «quedar bien» con Dios a base de sacrificios; el objetivo es unimos a Jesucristo renovando nuestra adhesión a él con la fe reafirmada, con una renovada participación en sus sacramentos, y con una vida de amor que intente parecerse a la suya.

El tiempo de Cuaresma nació marcado por dos hechos sacramentales: era el tiempo en el que los que querían bautizarse culminaban su preparación para celebrar el Bautismo en la Vigilia Pascual (*¡el día de la resurrección de Jesucristo es el mejor día para incorporarse a su vida nueva!*); y era el tiempo en el que los pecadores (los que habían roto gravemente la comunión eclesial con su comportamiento) hacían penitencia para ser reconciliados el Jueves Santo y volver así a la comunidad.

El eco de estos dos sacramentos marca también nuestra Cuaresma: es tiempo para reconciliarnos con Dios (y hace bien celebrar la penitencia comunitariamente al final del tiempo) y es tiempo de renovar nuestro bautismo en la Vigilia Pascual.

Y este camino culminará con un tercer sacramento, el sacramento de la presencia constante de Jesús resucitado en medio de nosotros: la Eucaristía. Porque **la Eucaristía de la noche de Pascua es, efectivamente, el momento culminante de todo nuestro camino cristiano.**

La Cuaresma comienza, como una preparación, el Miércoles de Ceniza, y más solemnemente el primer domingo de Cuaresma. Y acaba el Jueves Santo al mediodía: en la tarde del Jueves Santo, con la misa de la Cena del Señor nos introducimos en el Triduo Pascual, los días de la muerte, la sepultura y la resurrección del Señor. La Cuaresma dura cuarenta días, que evocan los cuarenta días de Jesús en el desierto antes de comenzar su misión, y los cuarenta años del pueblo de Israel, también en el desierto, de camino hacia la tierra prometida.

Si nos fijamos en los evangelios de los domingos, nos daremos cuenta de que este tiempo tiene tres partes:

1. *Los dos primeros domingos.* Cada año leemos las mismas escenas evangélicas, según el evangelista que corresponde a ese ciclo: son las escenas de las tentaciones y de la transfiguración, que nos recuerdan dos aspectos claves de nuestro camino cuaresmal. Las tentaciones nos recuerdan que Jesús tuvo que luchar

contra el mal, y el mal era la posibilidad de ser un Mesías bien alimentado, poderoso, admirado... : él se negó porque el camino de Dios no es éste, sino el del amor fiel y entregado (y nos invita a nosotros a hacer como él). La transfiguración nos hace mirar hacia el final de la vida de Jesús, la muerte en la cruz, y nos invita a creer que, contra todos los criterios humanos, éste es un camino luminoso, el camino de la vida.

2. *El tercero, cuarto y quinto domingos.* Cada uno de los tres ciclos destaca un aspecto del camino cuaresmal. En el ciclo A leemos los tres evangelios tradicionales que se utilizaban como catequesis para los que se preparaban a recibir el bautismo: la samaritano, el ciego de nacimiento y Lázaro, que nos muestran a Jesús como agua que da vida, como luz que ilumina, como resurrección para los que creen en él. El ciclo B nos presenta tres escenas que nos hacen contemplar el sentido de la cruz de Jesús, como camino hacia Dios y como salvación y vida. El ciclo C centra nuestra atención en un aspecto también clave en el tiempo cuaresmal: la llamada a la conversión, que es a la vez anuncio del amor misericordioso de Dios que siempre nos da la mano para levantarnos y comenzar de nuevo.

3. *El domingo de Ramos,* que es el sexto domingo de Cuaresma. Ese día, nuestra mirada se fija en Jesús que comienza su camino definitivo. Lo aclamamos reconociéndolo como nuestro Señor y guía, y después en la Eucaristía contemplamos su Pasión.

Además del itinerario de los evangelios, los domingos de Cuaresma nos ofrecen también otro itinerario de reflexión. Es el itinerario de las primeras lecturas. Son, durante la Cuaresma, un repaso de los grandes momentos de la historia de la salvación, la historia que nos conduce hacia el momento culminante de Jesús y su Pascua. Cada año leemos escenas diferentes, comenzando por el inicio de la historia humana, pasando por Abraham, deteniéndonos en la historia del pueblo de Israel, mirando el futuro a través de los anuncios proféticos que nos hablan de la nueva alianza que Dios hace con la humanidad, y acabando, el domingo de Ramos, con la figura del siervo de Yavé, la imagen más clara que tenemos en el Antiguo Testamento de la entrega de Jesús para darnos vida. Es un itinerario que nos ayuda a descubrir cuál es el estilo de Dios que acompaña la historia humana, y ayuda, a la vez, a vivir este tiempo como un camino hacia la plenitud.

Cuaresma.

Quizá el mejor programa sería parar a preguntarse si pensamos como Jesús pensaba, si tenemos sus mismos criterios ante las cosas, si intentamos vivir como él vivía. Podríamos decirlo así: si tenemos la misma ideo-

logía de Jesús. Convertirse es esto: cambiar de manera de pensar, cambiar de dirección, y adoptar la misma manera de pensar, ponerse en la misma dirección, que Jesús. Si leemos el evangelio honestamente, seguro que encontraremos muchas preguntas para hacernos, muchas cosas para meditar. Y como consecuencia, muchas formas de actuar que debemos afianzar y mejorar, y muchas otras que debemos, al contrario, cambiar.

Hay un texto evangélico, el que leemos el Miércoles de Ceniza (Mateo 6, 1-6.16-18), que marca tres propuestas para esta conversión. Tres propuestas que serán una buena guía:

1. *La limosna,* que es dar de lo que tenemos a quien lo necesite: dar dinero (a través de Caritas, a través de grupos de Ayuda al Tercer Mundo...); dar tiempo (desde visitar enfermos o personas que se encuentran solas, hasta trabajar en tareas de voluntariado y acción social y eclesial); y también estar sensibilizado en el trabajo para hacer una sociedad menos injusta.

2. *La oración,* que es vivir con más intensidad la relación con Dios: buscar momentos concretos de oración, breves o largos, y mantenerse fiel; hacer alguna vez un día de retiro; leer el evangelio, rezar con los salmos, leerse las lecturas de la misa; participar cada día o algunos días de la misa diaria, ir de vez en cuando a vísperas en algún monasterio...

3. *El ayuno,* que es privarse de algo para manifestar que Dios es realmente lo único valioso. Privarse de un rato fácil de televisión, o de comprar aquel vestido, o de aquella comida que deseo vívamente... El dinero que ahorramos servirá para ayudar a los necesitados, y el tiempo que ahorramos, para la oración o para la convivencia con los demás.

Estos tres caminos de conversión hay que vivirlos tal como Jesús dice: no porque toca o para quedar tranquilo, sino porque nos sale de dentro, porque son la expresión de nuestras ganas de renovar la fe y la vida cristiana.

Respecto a las celebraciones de este tiempo, conviene especialmente recordar todo lo que hemos dicho en general en las páginas 3 a la 4 al hablar de los tiempos fuertes, y no hace falta repetirlo aquí. Además de esto, sin embargo, a este tiempo le corresponde organizar encuentros de diversos tipos que ayuden a la profundización comunitaria de la fe y a la conversión.

Será bueno, por tanto, promover encuentros de oración (desde los litúrgicos como las vísperas, hasta las tradicionales como el vía crucis, pasando por otras que se puedan imaginar). Igualmente, encuentros de re-

flexión y profundización en temas sobre la fe o sobre la realidad del mundo. Y también sería bueno organizar algún año encuentros sobre cómo vivimos, como comunidad, los tres temas de la limosna, la oración y el ayuno, de donde pueden salir iniciativas interesantes para poner en marcha.

Y será bueno, también, ponerse a pensar, durante la Cuaresma, qué haremos para vivir más intensa e ilusionadamente el próximo tiempo de Pascua.

La Semana Santa

En el primer capítulo de este libro, de estos apuntes, de estas notas, en las páginas 1-3, cuando explicábamos la manera como se fue formando el año litúrgico en los primeros siglos de la Iglesia, ya veíamos el papel central que tienen los días de la Semana Santa en la vida y en la celebración de la fe.

La Vigilia Pascual es la celebración principal del todo el año, es la celebración de la que ningún cristiano tendría que dejar de participar, tanto si está en su lugar habitual, en su propia parroquia, como si está en algún encuentro particular de un grupo de cristianos, como si está en un lugar de vacaciones. La Vigilia es, en efecto, el momento que concentra más que ningún otro la vivencia de lo que da sentido a nuestra fe: la resurrección de Jesucristo, su victoria sobre la muerte, el triunfo definitivo de su camino de amor entregado, que es más fuerte que todo el mal personal y colectivo que los hombres seamos capaces de hacer o permitir.

Y, junto con la Vigilia Pascual, el Triduo Pascual. Son los días de la muerte, la sepultura y la resurrección del Señor: el viernes, el sábado, el domingo, con la introducción del jueves por la tarde.

El Jueves Santo nos reunimos para recordar la despedida de Jesús. Una despedida que es como un resumen del camino que está a punto de emprender: el lavatorio de los pies y la institución de la Eucaristía son los signos de este camino; el lavatorio de los pies pone ante nuestros ojos su entrega total, y la Eucaristía nos anuncia su presencia viva y para siempre, vencedora de la muerte.

El Viernes Santo, nuestra mirada sólo se puede posar en la cruz de Jesús, que es el resultado último de su manera de vivir, el resultado último de su fidelidad absoluta al camino de amor de Dios; esta cruz que ante los ojos de todo el mundo es un fracaso, pero en la que nosotros vemos el único camino de vida verdadera.

El Sábado Santo es el día del silencio y de la espera: Jesús ha muerto, Jesús está en el sepulcro, y nosotros, y toda la humanidad, experimentamos y agradecemos lo que significa su amor sin reservas, mientras esperamos la acción de Dios.

Y, finalmente, *la Noche de Pascua y el Domingo de Pascua, la celebración central de los cristianos, el anuncio de vida para siempre para todo el mundo.*

Y antes del Triduo Pascual hay todavía otra celebración. Es el Domingo de Ramos, que es el último domingo de Cuaresma y que nos hace vivir ya las dos caras de los días santos: la aclamación a Jesús con la convicción de que seguirlo es la única fuente de vida, y la contemplación de sus últimos pasos en este mundo, su pasión y su muerte en la cruz.

Iría bien repasar más detalladamente cada uno de los días, su sentido, las riquezas que contiene, las maneras como podemos celebrarlos mejor... El espacio no lo permite. De todos modos, para los que quieran una presentación más profunda de todos estos aspectos, es recomendable que adquieran el libro "*Semana Santa*" que ha editado Buena Prensa.

Sin embargo, lo importante es que sean las que sean las circunstancias (desde la iglesia más concurrida y con más medios, hasta el lugar más pobre y sencillo), tengamos un espíritu lleno de deseos de vivir con toda la fe y con toda la intensidad estos días centrales del año cristiano junto con los hermanos y hermanas de la comunidad.

El tiempo de Pascua

Los cincuenta días más importantes del año, los cincuenta días que van desde la Vigilia Pascual al domingo de Pentecostés, los cincuenta días del Señor resucitado y de su Espíritu derramado en nuestro interior. Es un acontecimiento central y único que recorre esta cincuentena: que Jesús vive, y que su vida actúa en nosotros y en cualquier persona.

Jesús resucitado es el objetivo de nuestras miradas, cada uno de los días del tiempo de Pascua. "Lo mirarnos a él", y lo admiramos profundamente, y sentimos la alegría de ser sus seguidores, y renovamos la adhesión de la fe y el convencimiento de que en él tenemos la vida, y entendemos mejor el sentido de su camino de amor fiel hasta la muerte, y nos sentimos llamados a vivir como él.

Y este gozo de Pascua nos hace mirar la vida con otros ojos. Porque la humanidad, con Jesús, ha sido transformada y ha comenzado una nueva creación: la humanidad ha entrado en la vida nueva de Dios, la muerte y el pecado han sido vencidos, el camino de los hombres y mujeres en este mundo es un camino que, a pesar del dolor y del mal que continúa habiendo en medio de nosotros, lleva a una vida para

siempre, a la misma vida que Jesús ya ha conseguido.

Esta vida renovada es la obra del Espíritu. Para los apóstoles, la experiencia de Jesús resucitado en medio de ellos es la experiencia de recibir un Espíritu nuevo, un Espíritu que los transforma y los hace vivir lo mismo que Jesús vivía: los hace sentirse continuadores de la obra de Jesús. El mismo día de Pascua, explica el evangelio de Juan (20, 19-23), Jesús se hace presente en medio de los discípulos y les da el Espíritu, y ellos desde aquel momento se sienten enviados a continuar lo que Jesús ha hecho: es el mismo hecho que el libro de los Hechos de los Apóstoles (2, 1-11) presentará como un acontecimiento radicalmente transformador que tiene lugar cincuenta días después, el día de Pentecostés.

Todo esto lo vivimos en la comunidad de los creyentes: la comunidad de los creyentes, la Iglesia, es el lugar donde nos encontramos con Jesús resucitado, donde experimentamos su Espíritu que nos mueve, donde lo vivimos a través de sus sacramentos (el Bautismo y la Eucaristía sobre todo), donde sentimos la llamada a ser testimonios de esta Buena Noticia a través de nuestra manera de vivir y también a través de nuestra palabra.

Sin embargo, esto no significa que la acción de Jesús resucitado, la fuerza de su Espíritu, quede encerrada en los límites de la Iglesia: más allá de todo límite, más allá de toda frontera, el Espíritu de Jesús está presente en el corazón del mundo y suscita en todas partes semillas de su Reino, tanto entre los creyentes como entre los no creyentes.

El domingo de Pentecostés, en el salmo responsorial, decimos una frase que puede expresar muy bien el mejor sentimiento que podemos tener en nuestro interior durante estos días. «Goce el Señor con sus obras», decimos en este salmo. Realmente el Señor puede estar contento de su obra. El Dios que después de la creación podía decir que todo lo que había hecho era muy bueno, ahora puede volverlo a decir, y con más razón todavía. Celebrar la Pascua es compartir esta alegría de Dios.

Los domingos de Pascua son ocho.

El primero, que recibe el nombre de «Domingo de Pascua» o «Día de Pascua» incluye la Vigilia Pascual y es para los cristianos el día más grande del año. Después vienen cinco domingos que continúan la fiesta: los domingos 2, 3, 4, 5 y 6 de Pascua. Después, el séptimo domingo se celebra la fiesta de la Ascensión: es el día en el que contemplamos a Jesús, hombre como nosotros, glorificado con Dios por siem-

pre. Y, finalmente, el domingo octavo culmina el tiempo de Pascua con el día de Pentecostés, la celebración del fruto de la resurrección de Jesús: su Espíritu que se derrama sobre los creyentes y sobre el mundo entero.

Las lecturas de cada uno de estos domingos nos ayudan a vivir los diversos aspectos de la Pascua. Siguiendo dos líneas básicas: las de los evangelios y las de la primera lectura.

Los evangelios de los domingos de Pascua están distribuidos de la siguiente manera:

Domingo 1. Se lee la escena del sepulcro vacío, el primero y desconcertante anuncio de la resurrección (en la Vigilia Pascual se lee según uno de los tres evangelistas sinópticos; en la Misa del día, según San Juan). Por la tarde podrían ser los discípulos de Emaús.

Domingo 2. Cada año se lee lo mismo: la primera aparición de Jesús a los apóstoles, sin Tomás, y la segunda, el siguiente domingo, con Tomás.

Domingo 3. Se lee una de las apariciones de Jesús resucitado, en cada ciclo una diferente: unos relatos de gran riqueza de mensaje.

Domingo 4. Se lee cada año un fragmento del capítulo 10 del evangelio de Juan. Es el capítulo del Buen Pastor: Jesús que guía, que conoce personalmente, que da la vida.

Domingos 5 y 6. Se leen diversos fragmentos del discurso de la última cena del evangelio de Juan. Es una profunda y cercana presentación de quién es Jesús para nosotros, qué espera de nosotros, cómo nos acompaña.

Domingo 7. La Ascensión. Leemos el final de cada uno de los evangelios sinópticos: la misión que Jesús nos encomienda, su despedida.

Domingo 8. Pentecostés. Leemos cómo Jesús se hace presente entre los apóstoles el día de Pascua para darles el Espíritu y enviarlos a continuar su obra.

La primera lectura del tiempo de Pascua no es, como el resto del año, del Antiguo Testamento, sino que es de los Hechos de los Apóstoles, el libro que narra los inicios de la comunidad cristiana, que es el fruto de Jesús resucitado. Se distribuyen así:

Domingo 1. El anuncio de la resurrección que Pedro hace ante los paganos.

Domingo 2. Leemos cada año uno de los resúmenes que el libro de los Hechos de los Apóstoles ofrece de lo que era la vida de la primera comunidad: un ideal que debemos tener siempre ante nuestros ojos.

Domingos 3 y 4. Leemos diferentes escenas de la predicación primera de los apóstoles anunciando la

resurrección de Jesús. Domingos 5 y 6. Leemos diferentes escenas de la vida de la primera Iglesia: su crecimiento, la manera de organizarse, también sus conflictos.

Domingo 7. La Ascensión: el relato que se hace en los Hechos de los Apóstoles.

Domingo 8. Pentecostés: el relato del don del Espíritu según los Hechos de los Apóstoles.

En la antigua tradición cristiana, los cincuenta días de Pascua eran vistos como un solo día, un único día de fiesta en el que se decía que no estaba bien arrodillarse ni ayunar: nada que pudiera sonar a penitencia tenía sentido en esta larga fiesta.

Importante, de aquí nacen estos apuntes: Nosotros no vivimos esta cincuentena tan intensamente: la Cuaresma, por ejemplo, consigue siempre mucha más intensidad. Y si se piensa fríamente, no es demasiado razonable que la preparación (la Cuaresma) tenga más éxito que la celebración en sí (la Pascua).

Nuestro Señor Obispo Dn. Javier Navarro en una reunión del Consejo Diocesano de Pastoral nos lo hizo ya notar.

Una causa debe ser que nuestra tradición cristiana, a lo largo de los siglos, se ha ido centrando en la preocupación por el pecado y la condenación más que en la victoria de Jesús que ha destruido el poder del mal. Y ahora, que ya no hablamos tanto ni del pecado ni de la condenación, esta tradición se traduce, quizás, en un mayor interés en preguntamos «qué tenemos que hacer» nosotros, más que «qué hace Jesús por nosotros» y en conocer la vida que nos da.

Pero también existen otras causas. Una puede ser que así como la Cuaresma tiene un objetivo final (la Semana Santa, el Triduo Pascual), la Pascua no tiene ningún objetivo hacia donde caminar, es un tiempo que parece monótono, que se va acabando sin más, como deshilachándose: cuesta mantener la tensión en un tiempo largo sin objetivo final. Otra puede ser que la Pascua llega en el final del curso escolar, con un cierto cansancio y relajación, y con el inicio de la dispersión de los fines de semana que provoca la primavera. Y otra puede ser el desbarajuste que se produce en los lugares donde se celebran muchas primeras comuniones respecto al ritmo normal de las celebraciones.

A pesar de todos estos inconvenientes, valdrá la pena intentar celebrar tanto como se pueda este tiempo. Y pueden ayudarnos algunos elementos sencillos.

Por ejemplo, la *ornamentación de la iglesia*. Durante todo el tiempo de Pascua la iglesia debería estar

bien adornada con luces y flores, y hay que evitar que esta ornamentación decaiga a medida que pasan las semanas. Y, el último día, el domingo de Pentecostés, aumentar el clima festivo celebrando la culminación del tiempo. (Y que el domingo después de Pentecostés se note el cambio, que se vea que pasamos a un tiempo más discreto).

Igualmente, *resaltar los signos litúrgicos propios de este tiempo*: el cirio pascual grande y en un lugar visible (y que el resto del año no esté en el presbiterio, para que la diferencia sea clara); la aspersion del agua en el inicio de la Misa; el canto frecuente del aleluya (por ejemplo, que todos los domingos la respuesta del salmo responsorial sea el aleluya, y cantar otro aleluya diferente antes y después del evangelio); mantener los cantos de Pascua todo el tiempo y repetirlos sin miedo: (no se ha de caer en la tentación de cantar cantos comunes a partir del cuarto o quinto domingo). Y también introducir en este tiempo elementos diversos que resalten la vida comunitaria y hagan descubrir también la fuerza del Espíritu en el mundo.

Por ejemplo:

- En la Misa mayor de cada domingo poner de relieve un sacramento: celebrar un bautizo, o la unción de los enfermos, renovar el compromiso matrimonial, etc.
- Dedicar cada domingo a un ámbito de la vida parroquial (catequesis, Cáritas, jóvenes...) colgando un mural que lo explique, citándolo en algún momento de la misa...
- Incluir algún testimonio (por ejemplo, al final de la homilía, antes de la plegaria eucarística, como acción de gracias o antes de la despedida) de la fuerza del Espíritu tanto en la comunidad como en la sociedad (desde una acción que la parroquia ha hecho al servicio de los pobres hasta el trabajo de algún miembro de la comunidad,...).
- Organizar algún encuentro festivo, excursión, etc.

Finalmente, para la espiritualidad personal, en este tiempo puede ayudar mucho leer cada día, contemplativamente, las lecturas de la Misa.

La primera lectura va siguiendo todo el libro de los Hechos de los Apóstoles, un repaso de cómo la Buena Noticia de Jesús se extiende y da fruto. Y el evangelio es, en la primera semana (la de la Octava de Pascua, que son los días más solemnes) una selección de apariciones de Jesús resucitado; y, el resto del tiempo, fragmentos del evangelio de Juan que nos hacen sentir muy cerca de Jesús.

El tiempo ordinario

El resto de semanas que no pertenecen a ninguno de los tiempos anteriores recibe el nombre de «tiempo ordinario». Se ha dicho que este es el tiempo más antiguo de todos porque, tal como hemos explicado en las primeras páginas, al inicio de todo lo único que se celebraba era el domingo: todos los domingos eran iguales, y en todos se celebraba lo mismo: la presencia salvadora de Jesús resucitado en medio de su comunidad. ***Y esto es precisamente lo que celebramos los domingos ordinarios: que Jesús nos convoca para formar comunidad, para escuchar su Palabra y para compartir el alimento de su Cuerpo y su Sangre.*** Vale la pena, pues, valorar estos domingos, ya que aunque en ellos no haya ninguna celebración peculiar, está la celebración más importante de todas, la presencia de Jesús entre nosotros.

El tiempo ordinario está dividido en dos partes. La primera parte son los domingos que van desde la fiesta del Bautismo del Señor (que es el último día del tiempo de Navidad y Epifanía) hasta el miércoles de ceniza, y son siempre unos pocos domingos: pueden ser más o menos dependiendo de cuándo comience la Cuaresma. Y la segunda parte, que tiene bastantes más domingos, comienza justo después de Pentecostés y acaba con el sábado después de Cristo Rey, que son las vísperas del inicio del Adviento. Esta segunda parte del tiempo ordinario comienza con dos fiestas del Señor: el domingo después de Pentecostés, en efecto, es la fiesta de la Santísima Trinidad y el jueves siguiente la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo; y después ya comienzan propiamente los domingos ordinarios.

Aunque esté dividido en dos partes, la numeración de los domingos ordinarios es seguida. Comienza con el segundo domingo ordinario (el primer domingo, el que corresponde a la primera semana después del tiempo de Navidad y de Epifanía, está ocupado por la fiesta del Bautismo del Señor), y va siguiendo hasta que queda detenida por la Cuaresma. Y, después de Pentecostés, la numeración continúa allí donde se ha dejado (sin embargo, siempre se saltan 2 o 3 domingos: el domingo de la primera semana después de Pentecostés está ocupado por la misma fiesta de Pentecostés, después está la fiesta de la Trinidad, y a veces, según como caigan las semanas se pierde también un domingo) y va siguiendo hasta el domingo 34, que es la fiesta de Cristo Rey.

Lo que da el tono a los domingos ordinarios es la lectura continua del evangelio. Como hemos dicho al comienzo, en cada uno de los tres ciclos se leen sobre

todo pasajes de uno de los tres evangelios sinópticos, uno diferente por cada ciclo. Pues bien: en el tiempo ordinario lo que se hace es ir leyendo el evangelio que toca aquel año de una manera continuada. No todo entero y seguido (a veces se saltan fragmentos: por ejemplo si un trozo ya se lee un domingo de Cuaresma no se repite en el tiempo ordinario), pero sí por el orden en el que van apareciendo en el relato evangélico: así vamos dejando que las palabras y los hechos de Jesús vayan penetrando en nuestro interior sin seleccionarlos por temas, sino limpiamente, directamente tal como nos los dejaron escritos los evangelistas.

La primera lectura de los domingos ordinarios es un texto de aquel día: se busca un hecho, o una profecía, o una enseñanza del Antiguo Testamento que tenga relación con el evangelio que se leerá y nos prepare un poco para escucharlo. A veces, como son trozos cortos y quizás no estamos muy formados en el conocimiento del Antiguo Testamento, estas primeras lecturas pasan un poco inadvertidas. Si tenemos tiempo y ganas, puede ser bueno buscarlas en la Biblia y leer el trozo de antes y después, con las notas a pie de página que pueda haber: así veremos más de qué va y de paso conoceremos un poco mejor los libros del Antiguo Testamento.

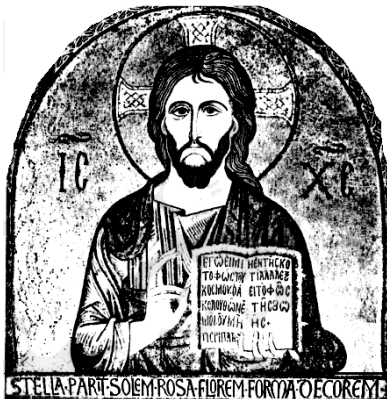
Y finalmente, en la segunda lectura leemos los trozos principales de las cartas de san Pablo: son fragmentos que no han sido buscados en relación con el evangelio, sino que se va tomando carta por carta y se seleccionan aquéllos que parecen más importantes. Estos pasajes hay que escucharlos como lo que son: las exhortaciones para la vida cristiana que Pablo dirigía a sus comunidades y que también nos dirige a nosotros.

El tiempo ordinario es un tiempo de sencillez. No lo vivimos con una gran intensidad sino que, pacíficamente, acudimos cada domingo a la convocatoria que Jesús nos hace para estar con él y con los hermanos y hermanas. Además, como que buena parte de este tiempo coincide con el verano, puede ocurrir que este encuentro dominical lo hagamos con gente de otros lugares, porque nos vamos de vacaciones o porque en el lugar donde vivimos vienen turistas y veraneantes, y esto nos hace experimentar que esta convocatoria abarca gente muy diversa, creyente como nosotros.

Todo junto nos puede ayudar a vivir más lo más importante que tiene la Eucaristía de cada domingo: la fe compartida, la esperanza compartida, el amor compartido. Con la comunidad y con el Señor que se nos da.

ELEMENTOS DE ANIMACION PARA EL TIEMPO PASCUAL

La pregunta podría ser: *¿cómo dar el adecuado relieve celebrativo, pastoral, a la cincuentena pascual? O, dicho de otro modo: ¿cómo conseguir que el tiempo Pascual tenga, de hecho, en la realidad de la vida de nuestras comunidades -y en la vida de los cristianos que de algún modo las integran- la importancia que teóricamente decimos que debería tener como tiempo culminante de la vida eclesial?*



DIFICULTADES

Pero quizá convenga en primer lugar examinar las dificultades que encontramos en esta tarea de dar relieve al tiempo pascual. Examinar las dificultades nos ayudará a superarlas. Y me parece importante hacerlo ante este «tema» porque probablemente el peso de las dificultades hace que el tiempo pascual sea visto con escaso entusiasmo, con poca esperanza de conseguir resultados (basta compararlo con el Adviento, un tiempo «fácil», o con la Cuaresma, un tiempo de máxima concentración de esfuerzo pastoral). (Esto lo hacíamos notar un poco más atrás). *¿Por qué el tiempo de Pascua es el pariente pobre entre los tiempos litúrgicos cuando en teoría sabemos que debería ser lo contrario?*

1. Una primera dificultad nos viene de la historia, de una historia que continúa pesando entre nosotros. Antes de la reforma, fruto del Vaticano II, no había propiamente tiempo pascual (eran sólo domingos «después de Pascua»). No tiene, por tanto, el peso de la herencia de la que gozan los tiempos litúrgicos citados en el párrafo anterior.

2. Pero no es simplemente una ausencia de tradición *-de tradición inmediata, la que más pesa-* en el aspecto litúrgico. Más radicalmente, es una ausencia de tradición «pascual» en el conjunto del talante cristiano de los últimos siglos. Cuando escribo estas líneas -pocos días después de la Navidad- resuenan aún las repetidas afirmaciones en los medios de comunicación hablando de la Navidad como «la principal fiesta cristiana».

3. Por otra parte, en el contexto de las costumbres sociales actuales, por lo menos en muchos países (España, México...) los pastores dicen con frecuencia que se hace difícil dar relevancia al tiempo pascual porque el buen tiempo ya invita a la dispersión (salidas de fin de semana, etc.) y, por otra parte, pesa el cansancio propio del fin del curso escolar.

4. Sin olvidar que, también litúrgicamente, el tiempo pascual presenta sus dificultades. *¿No es demasiado largo un período de siete semanas para conservar tenso el esfuerzo celebrativo?* Notemos también que, mientras el Adviento o la Cuaresma tienen un dinamismo (son «tiempos hacia...»), la Cincuentena pascual es un tiempo plano, horizontal, casi estático (los acentos diferenciales entre los primeros domingos y los últimos son sólo de matices). Las «Normas sobre el calendario litúrgico» dicen que estos cincuenta días se han de celebrar con alegría y gozo, como si se tratara de un solo y único día festivo, como un gran domingo» (n. 22). *Excelente utopía, pero difícil de realizar esta propuesta de una fiesta que dura cincuenta días.*

LUCHEMOS POR UNA CELEBRACIÓN DIGNA

Creo que la mayoría de los cristianos con responsabilidad en nuestras comunidades tienen la costumbre de buscar cómo aprovechar todo encuentro más o menos comunitario. Incluso los encuentros celebrativos, las reuniones litúrgicas, se intenta aprovechar (aprovechar la Misa para... los bautizos o lo entierros para...). Un servidor piensa al igual que muchos de ustedes compañeros que aman la liturgia y la buena celebración, que el elemento básico para dar el relieve propio que merece el tiempo de Pascua es poner entre paréntesis esta obsesión por aprovechar "para sacar algún provecho" y apostar clara y gratuitamente por la celebración. Y quizás así *celebraremos* de verdad (tranquilos, relajados, gozosos).

Así será preciso aceptar de entrada que no se puede conseguir en pocos años que el saborear el

tiempo pascual llegue a ser una realidad ampliamente comparada por el pueblo cristiano. Las fiestas necesitan tiempo para crecer y hallar sus caminos propios. Pero no nos preocupemos en exceso por ello y continuemos celebrando sin inquietarnos ni por llegar a todas las multitudes ni por satisfacer a todas las élites. Por este camino será posible ir consolidando, lenta pero sólidamente, un talante celebrativo, pascual, que tenga su tiempo específico durante la cincuentena pascual, pero que vaya invadiendo también todo el quehacer cristiano hasta que se nos haga más «natural» la identificación entre fe y vida cristiana y fe y vida pascual. O, dicho de otro modo, que el primer momento y el fundamental -el más original y específico- de la vivencia cristiana es el don, la gracia, la iniciativa amorosa de Dios -la Buena Noticia-, y no la conversión, el esfuerzo, nuestra respuesta (la predicación en nuestras iglesias suele quedar centrada y casi obsesionada por la respuesta, por la moral y también por la crítica de la sociedad/mundo contemporáneo, sin dar el relieve previo necesario a la Buena Noticia, al Evangelio de Jesús que fue sellado y confirmado definitivamente en la Pascua del Señor).

MISAS DOMINICALES

Como ya se destaca en los primeros domingos, Pascua subraya la importancia de la eucaristía dominical como lugar de presencia de Cristo resucitado (como lugar de encuentro del Resucitado con la comunidad de sus discípulos). Y ello debe expresarse máximamente en la plegaria eucarística.

En bastantes de las misas que se celebran lo que más falla *celebrativamente* es el centro: la plegaria eucarística. Por ello muchos asistentes tienen la sensación de que en la misa «no se reza», de que a misa se va sólo a escuchar y -al final- comulgar.

Durante estos domingos pascales se debería potenciar la plegaria eucarística. Por ello convendrá:

- * variarlas, no caer en la fácil tentación de decir casi siempre la segunda,
- * escoger los prefacios pascales más adaptados (¡lástima que algunos de estos prefacios se resientan de su estilo original latino, que en castellano parece un juego de palabras insignificante!) y no olvidar los embolismos propios de estos domingos,
- * potenciar el canto: el diálogo inicial del prefacio, evidentemente del «santo», de la aclamación después de la consagración (preferentemente, la primera), del amén final (respuesta a un «por Cristo...» también cantado),

- * mencionar con frecuencia en la homilía aspectos y frases de la plegaria eucarística,
- * valorar la función de la monición previa al prefacio: ayuda a relacionar las dos mesas (la de la Palabra y la de la Eucaristía), al mismo tiempo que es como un reclamo antes de empezar la parte central de la misa.

También se podría subrayar durante estos domingos:

- * el Gloria (como himno de alabanza a la Trinidad) y el Credo (como profesión de fe en la Trinidad actuante en el Misterio pascual). ¿No sería un buen momento para cantar el Gloria? Como himno, el Gloria pide ser cantado y muy especialmente en estos domingos. Si no es posible, podría acompañarse de música instrumental. También es especialmente oportuno usar el Credo breve para estos domingos, siguiendo lo que indica la nueva edición del misal castellano (está más centrado en el Misterio pascual). Una posibilidad sería enmarcar su recitación con un canto breve, como «Señor, yo creo».
- * evidentemente, se debe dar relieve al canto del aleluya, antes del evangelio. Y nótese que, durante estos domingos, la respuesta al salmo -especialmente si no se puede cantar la propia- puede ser siempre un aleluya,
- * también cantar en forma de letanía el «Cordero de Dios». «En forma de letanía» significa que el cantor canta él solo «Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo» (u otra invocación) y el pueblo canta la respuesta «ten piedad de nosotros.... danos la paz».

No olvidemos la bendición final propia de los domingos de Pascua y la aspersión inicial. Esta por diversas causas, parece que cuesta trabajo realizarla. Pero si se realiza expresivamente, con una aspersión significativa (si es posible pasando por el centro de la nave), acompañada de un canto apropiado, explicando en alguna ocasión su sentido bautismal, puede ayudar a dar un carácter distinto -propio- a un rito de entrada que con frecuencia resulta frío en nuestras misas. Y es útil, el sustituir el acto penitencial y las invocaciones del «Señor, ten piedad», para dar variedad a este rito de entrada.

Evidentemente, durante estos domingos convendrá también cuidar la ambientación, el adorno de la iglesia. Destacar el cirio pascual y que no falten flores y luces.

Pero más recomendaciones ya vendrán, pasemos ahora a recordar el punto central de estos días celebrativos y así tener elementos para predicar o para hacer oración (Lectio Divina).

ASCENSION DEL SEÑOR

1. Los tres relatos de la Ascensión

La Escritura tiene tres «relatos» de la ascensión: Me 16, 14-20; Lc 24, 50- 51; Hch 1, 3-11. Una fórmula simple y escueta es ésta de San Marcos: «El Señor Jesús, después de hablarles ascendió al cielo y se sentó a la derecha de Dios». Pero esto, en la penúltima frase del Evangelio, no pertenece propiamente a ningún relato: es ya una confesión de fe. La misma designación de «Señor Jesús» para nombrar al que ha muerto y resucitado lo está diciendo.

Al hablar de «relatos» queremos decir que la afirmación sustancial de nuestra fe de que Jesús ha subido al cielo, está hecha en el marco de una escena, está visualizada, y no es simplemente una afirmación transmisora de idea y fe. Se quiere decir en cierto modo: así pasó.

Con todo sabemos muy bien que la condición nueva de Jesús, posterior a su muerte, trasciende a una u otra representación y forma de expresarse, y que ese contenido central de nuestra fe se nos ha comunicado de muchas maneras. El Señor vive, el Señor ha resucitado, el Señor ha sido exaltado, el Señor ha sido glorificado, el Señor está sentado a la derecha del Padre, el Señor reina, el Señor ha ascendido al cielo, Jesús está en el paraíso... Todas estas fórmulas significan el mismo contenido sustancial. Dicen que Jesús existe en una condición distinta de la condición terrestre. Esta estaba marcada por el dolor y era transitoria; la nueva condición está marcada por el gozo y es definitiva.

De unos años acá los estudios bíblicos nos han puesto muy en claro una cosa: que el género de los relatos de la Ascensión no es el género llamado «histórico», sino un género que podría llamarse «teofánico». No pretenden los evangelistas referir, como si fueran reporteros, lo que pasó, el acontecimiento visible. Pretenden transmitir un misterio con el recurso, tan humano -tan obvio y accesible para el niño y el poeta, para toda inteligencia simple y no sofisticada- con el recurso, decimos, de una escena visual.

Se trata de una teofanía, una manifestación reveladora de Dios, o en el caso, de una «cristofanía».

El número de cuarenta es muy apropiado, según la tradición bíblica, para aludir a un período concluido y perfecto; la nube que oculta el cuerpo ingravido de Jesús y los mensajeros de blancas vestiduras componen el cuadro de la cristofanía.

¿Es que entonces no ocurrió nada de esto...? Lo que ocurrió fue algo más hermoso que lo que logra alcanzar nuestra imaginación. Y como necesitamos el símbolo, la escena alusiva, el diálogo vivo para entrar en lo que no tiene palabras, hay que decir que la escenificación de la Ascensión del Señor, ya en la raíz de la tradición evangélica y en la tradición eclesial, ha sido pedagógica y vitalmente un acierto. Y por mucho que desmitifiquemos el Evangelio, en el fondo del pensamiento o de la imaginación representaremos a Jesús «que se va».

2. Sensibilidad de hoy frente al misterio de la Ascensión

Recordados esos puntos de catequesis, que convenía repasar, y que hoy se encuentran en cualquier diccionario bíblico (véase la preciosa obra de X. León-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, Salamanca, Ed. Sígueme), veamos las matizaciones de la Ascensión del Señor para nuestra sensibilidad eclesial de hoy.

El Misal Romano tiene dos prefacios para esta fiesta. Uno, que es el II, es

el prefacio de siempre. El I es el nuevo. Y se expresa así: «Porque Jesús, el Señor, el rey de la gloria, / vencedor del pecado y de la muerte, / ha ascendido hoy / ante el asombro de los ángeles / a lo más alto del cielo, / como mediador entre Dios y los hombres, / como juez de vivos y muertos. / No se ha ido para desentenderse de este mundo, / sino que ha querido precedernos / como cabeza nuestra / para que nosotros, miembros de su Cuerpo, / vivamos con la ardiente esperanza / de seguirlo en su Reino».

El prefacio antiguo, con hondo contenido dogmático, decía que Jesús fue elevado al cielo «para hacernos compartir su divinidad». Este, integrando grandes formulaciones neotestamentarias, dice además con una expresión de prosa común que Jesús «no se ha ido para desentenderse de este mundo». Ese complejo de los cristianos de la hora reciente, de vivir en las nubes y no tocar tierra, ha querido ser sanado afirmando que Jesús «no se ha ido para desentenderse de este mundo». O como recuerda la antifona de la comunión: «sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».

La misma diferencia de tono y sensibilidad que existe entre el prefacio antiguo y el prefacio de ahora es la que existe, semejantemente, entre el himno contemplativo de

Fray Luis de León «Y dejas, Pastor santo...?» y el himno comprometido de nueva factura «No, yo no dejo la tierra». En el nuevo libro español de la Liturgia de las Horas no podemos contar para solemnidad tan rica y espléndida más que con estos dos himnos. Es de desear que los poetas aporten nuevas creaciones como la celebración lo merece.

3. La Ascensión y su primer significado patrístico

Evidentemente que el núcleo absoluto y central de esta celebración es el triunfo pascual de Cristo. Si queremos, con un matiz: el triunfo como "remate" de toda la peregrinación. La Ascensión sugiere un camino, es el final.

El contenido de la Ascensión -hoy esto es de una catequesis elemental- es el mismo que el de la Resurrección: la Pascua de Jesús. «Por eso, con esta efusión de gozo pascual, el mundo entero se desborda de alegría...» (prefacio).

Cualquier enfoque que no incida en el centro podría ser desorientador.

A este respecto la liturgia nos abre de par en par el día de hoy los salmos para interpretarlos con una interpretación mística. El salmo 46 (Pueblos todos, batid palmas) es un salmo de ascensión: Dios asciende entre aclamaciones... Este salmo es el responsorio de la celebración y salmo para las segundas vísperas.

El oficio de lecturas está cubierto por el salmo 67, dividido en tres partes. El salmo tiene sentido pascual y ascensional en la lectura mística que de él hace san Pablo: Subiste a la cumbre llevando cautivos. Véase el texto de Efesios 4, 1-24 (cfr. en especial v. S), texto que va a ser la «lectio divina» de esta hora.

El salmo 8 es otro salmo para cantar la gloria de Cristo, según la lectura de Hebreos. Lo encontramos en la hora intermedia de este día. Y junto a él el salmo 18, que nos invita a contemplar místicamente la gloria de Cristo traspasando los cielos: «él sale como el esposo de su alcoba, contento como un héroe, a recorrer su camino».

Igualmente, viniendo a las primeras Vísperas, el salmo 112. «El Señor se eleva sobre todos los pueblos, su gloria sobre los cielos...»

Tenemos, pues, en la solemnidad de la Ascensión del Señor una oportunidad singular para dejarnos educar por el sentido místico de los salmos, en este caso sentido pascual, a la escuela de los primeros intérpretes de la fe. Los salmos son, corno por lo demás toda fórmula sagrada de oración, plataforma de vuelo para lanzarse por los anchos espacios de la fe.

4. La Ascensión y el misterio de la solidaridad de la Cabeza con los miembros

Una segunda dimensión descubrimos en el misterio de la Ascensión del Señor, la solidaridad de él con nosotros, por obra de Dios.

«... Nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él» (Ef 2,6) Este «consentarnos» en el cielo nos da la versión comprometida del misterio, compromiso eficazmente realizado ya por el Padre.

San Agustín tiene la palabra en la lectura eclesiástica del oficio de lectura sobre el tema de la Cabeza y los miembros del cuerpo, solidaridad y unidad que nos vincula.

La gracia de la solidaridad la recoge como petición la oración central del día, que de ese modo está inspirada en los textos bíblicos y eclesiásticos, muy específicamente agustinianos. Dice: «Concedenos, Dios todopoderoso, exultar de gozo y darte gracias en esta liturgia de alabanza, porque la ascensión, de Jesucristo, tu Hijo, es ya nuestra victoria, y donde nos ha precedido él, que es *nuestra cabeza*, esperamos llegar también nosotros como miembros *de su cuerpo*».

O como lo pide la oración después de la comunión: «haz que deseemos vivamente estar junto a Cristo, en quien nuestra naturaleza humana ha sido tan extraordinariamente enaltecida, que participa de tu misma gloria».

5. La Ascensión: despedida, Espíritu y misión

La Ascensión, leída en su marco de «historia salutis», es un misterio de despedida, de promesa del Espíritu y de misión. La Ascensión dentro del misterio pascual va abocada al Espíritu. Este matiz interno, presente en toda la Pascua, es particularmente sensible en este momento, y da su tonalidad a los días con los que se va a concluir el prolongado Domingo pascual. Jesús dice a los apóstoles: «dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo...; recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo» (Hch 1, 5.8).

Por ahí va el misterio pascual de la Ascensión del Señor. Es un misterio dinámico, que debemos asimilar robustamente.

Fuera unas consideraciones que serían despiste, asuntos ajenos a la sana fe: cómo se marchó el Señor, dónde está y cómo se ubica o existe su cuerpo en su materia espiritual, cómo ha de ser el cielo para nuestro cuerpo... La imaginación instintivamente pretende manipular cosas que nos trascienden. La fe nos rectifica y nos endereza a la verdadera contemplación del misterio.

PARA UNA MEJOR CELEBRACION DE PENTECOSTES

Pentecostés es sin la menor duda una de las mayores solemnidades -tradicionalmente la mayor después de Pascua- del año litúrgico.

No captar el significado exacto de este día puede no sólo desequilibrar el dinamismo del año litúrgico sino incluso comprometer el contenido mismo de nuestra fe cristiana, único objeto de las celebraciones litúrgicas. De aquí, pues, la importancia que tiene por una parte clarificar el sentido de esta fiesta y, por otra, ver cuáles son las posibilidades concretas que para su celebración ofrecen los actuales libros litúrgicos. De aquí también lo necesario que resulta evitar todos aquellos escollos que pudieran desfigurar el sentido más auténtico de este día.

Pentecostés siempre ha sido reconocida como una de las mayores solemnidades. Si hojearmos, por ejemplo, los libros litúrgicos anteriores a la actual reforma, veremos que a Pentecostés ya se le asigna la más alta categoría que conocía el calendario litúrgico de aquel tiempo: doble de primera clase con octava de primera clase, exactamente igual que el día de Pascua. Si de los libros tridentinos en uso hasta hace poco pasamos a la manera como se celebró Pentecostés en épocas anteriores, nos será fácil constatar cómo precisamente para subrayar la importancia de Pentecostés, a partir del siglo VIII hay interés en ir tomando cada una de las peculiaridades de Pascua e imitarlas en la celebración de Pentecostés; ello llega hasta tal extremo que, si bien litúrgicamente nunca Pentecostés tuvo el nombre de «Pascua», el pueblo en cambio dio este nombre a nuestra solemnidad por lo menos en algunos lugares; y aún hoy en no pocos sitios se llama a Pentecostés «Segunda Pascua», «Pascua del Espíritu Santo», «Pascua de Pentecostés» o «Pascua granada». Como si Pentecostés fuera, con relación al Espíritu Santo, lo que Pascua es con relación a Cristo resucitado; como si Pentecostés fuera el día de la Confirmación, como Pascua lo es del Bautismo.

No, el significado de Pentecostés es muy otro; y esto hay que tenerlo claro si se quiere celebrar debidamente esta fiesta.

B) El nuevo Calendario litúrgico devuelve a Pentecostés su carácter genuino

El desenfoque que representó hacer de Pentecostés una segunda Pascua, paralela a la primera, ha sido felizmente subsanado por los nuevos libros litúrgicos. Estos, en efecto, si bien conservan para Pentecostés la máxima categoría litúrgica (sobrepasada sólo por la solemnidad de Pascua) han rechazado toda apariencia de paralelismo entre ambas solemnidades: supresión de la bendición del agua bautismal (ya excluida desde la reforma decretada por Pío XII en 1955), y de la octava que prolongaba la celebración durante una semana. Hoy Pentecostés tiene ciertamente un gran realce, constituye una solemnidad extraordinaria, pero no en sí misma, sino como colofón de las fiestas pascales.

Esto es lo que ha hecho oficialmente la reforma litúrgica de nuestros días, pero cabe preguntarse si la mayoría de los que celebran cada año Pentecostés han calado esta reforma; a juzgar por muchas de las maneras como se celebra y se explica esta solemnidad, uno puede dudar si se ha sobrepasado el simple nivel de la «devoción al Espíritu Santo».

Pentecostés no es:

- a) ni una fiesta en honor del Espíritu Santo, como Pascua lo sería de Cristo resucitado;
- b) ni una segunda Pascua que hay que procurar hacer lo más parecida y paralela posible a la primera;
- c) ni un día especialmente apto para recordar la Confirmación, como Pascua nos recordó el Bautismo;
- d) ni una fiesta especialmente indicada para pedir la luz o la fuerza del Espíritu Santo... Cualquier presentación de este tipo empobrece el contenido de esta fiesta y tiene el riesgo de desvincularla del misterio pascual de Cristo, convirtiéndola en un simple día «devocional».

C) Algunos escollos que habría que evitar en la celebración de Pentecostés

* CELEBRACIONES QUE «PREPAREN» PARA LA FIESTA

Porque Pentecostés no es una fiesta de «arranque» o principio sino de «plenitud» o conclusión,

habría que evitar cualquier tipo de celebración que «preparara» para la fiesta. En este sentido no cabría, por ejemplo, una celebración comunitaria de la Penitencia. *Desde la Noche Pascual estamos celebrando la gran fiesta de Pascua y no podemos interrumpir el ritmo festivo con un elemento extraño a la fiesta comenzada*; es como si al día siguiente de Navidad se organizara una celebración penitencial para prepararse a la celebración de la Sagrada Familia... Otra cosa sería, por ejemplo, organizar una celebración penitencial pasado el domingo de Pentecostés, como inicio del tiempo ordinario. Si Pascua tiene como preparación la Cuaresma y Navidad el Adviento, *Pentecostés no tiene tiempo de preparación porque no es una fiesta en sí sino, como exactamente dice el Calendario promulgado por Pablo VI, «la conclusión del tiempo sagrado de los cincuenta días»* (n. 23).

* IMITAR ALGÚN RITO CARACTERÍSTICO Y PROPIO DE LA VIGILIA PASCUAL

Como sería la renovación de las promesas del Bautismo. Otra cosa muy distinta es, en cambio, celebrar Pentecostés con una vigilia nocturna solemne; esto no sólo es recomendable sino incluso oficialmente sugerido por la OGLH (Cf. n.71). Celebrar una vigilia nocturna es recomendable porque esta celebración es algo común a todos los domingos —e incluso a otros días— y Pentecostés es un domingo especialmente importante. Celebrarla con algún rito propio de la Vigilia pascual, en cambio, sería como destruir la unidad de Pascua y olvidar que en Pentecostés concluye simplemente lo que en Pascua se inauguró. Lo que sí cabría muy bien es hacer algún recuerdo -en la homilía sobre todo- de cómo al principiar la Cincuentena de Pascua, en la Noche Santa, se renovaron las promesas del Bautismo y que la vida del Espíritu que nos comunicó el Resucitado nos impele a continuar viviendo del Bautismo que renovamos.

D) Hacer del lunes siguiente a Pentecostés un segundo día de pentecostés

Esto representaría un peligro, sobre todo en aquellos lugares en que el lunes es fiesta. Un tal modo de proceder puede ser consecuencia de la antigua costumbre de celebrar la octava. Además -hay que reconocerlo sinceramente- el propio misal permite celebrar la Misa del Espíritu Santo el lunes siguiente a Pentecostés en aquellos lugares en que dicho día continúa siendo festivo; pero, con la misma sinceridad hay que decir que esta práctica amenaza destruir el sentido mismo de la fiesta y de sus más característicos formularios y por

ello desaconsejaríamos en absoluto hacer uso de tal posibilidad. El día siguiente a Pentecostés, en cambio, podría ser una buena ocasión para introducirse en el sentido del tiempo ordinario, para hacer una celebración de la Penitencia, pasadas las fiestas pascuales, para buscar la manera de hacer una presentación de las lecturas bíblicas -dominicales o feriales- que, pasadas las fiestas de Pascua, volverán a continuarse allí donde fueron interrumpidas al empezar la Cuaresma.

* DARA LAS CELEBRACIONES DE PENTECOSTÉS UN SENTIDO "INTIMISTA" Y POCO CRISTOLÓGICO

Con ello la fiesta de Pentecostés queda privada de su cristocentrismo y convertida casi en una celebración del simple hombre religioso que tiene sed de Dios... Este peligro de «intimismo» que no acierta a descubrir la relación del Espíritu Santo con la Resurrección y Ascensión de Cristo es especialmente acusado en muchos de los cantos usados para invocar al Espíritu Santo (la misma, por otra parte, bellísima secuencia de Pentecostés no sabe evitar este escollo); los himnos latinos, en cambio, de Vísperas («Veni, creator Spiritus») y muy especialmente de Laudes "obra todo en su estrofa" - son mucho más cristológicos y el último de los citados es un modelo de contenido de la celebración de este día.

* CÓMO CELEBRAR LA LITURGIA DE PENTECOSTÉS

Queremos aquí indicar algunas *sugerencias prácticas* para la más adecuada celebración de este día.

La importancia de este domingo puede subrayarse de varias maneras. *Celebración de la Misa vigiliar de Pentecostés*. Esta misa puede celebrarse aunque se tenga la misa habitual del sábado por la mañana y también la del domingo durante el día; es un caso análogo a lo que se hace por Navidad o en la Noche de Pascua.

* CELEBRACIÓN DE IVÍSPERAS SOLEMNES.

Debería darse a esta celebración un aire festivo prolongado y solemne; a poder ser cada salmo debería ir acompañado de su oración sálmica y, si no se tiene Oficio de lectura, podría hacerse en estas Vísperas una lectura larga, tomada de las lecturas de la misa vigiliar o del Oficio de lectura.

* CELEBRACIÓN VIGILIAR DURANTE LA NOCHE DEL SÁBADO AL DOMINGO

(OGLH núm. 71). Puede presentar dos formas diversas: celebración del Oficio de lectura en forma de Vigilia dominical prolongada (cfr. Oración de las Horas

n. 39), o bien una celebración de la Palabra, semejante a la de la Vigilia pascual (cfr. Oración de las Horas n.6 (19761 pp. 15-18). Este Oficio vigiliar de lectura prolongada, así como la celebración de la Palabra, puede concluir con la celebración eucarística en la que se emplearían los textos propios de la misa vigiliar de Pentecostés.

E) Textos litúrgicos claves para una mejor interpretación del sentido del Domingo de Pentecostés

Para ilustrar mejor lo que hasta aquí hemos dicho sobre el significado que tiene la fiesta de Pentecostés como conclusión de la Cincuentena Pascual puede ser de utilidad subrayar algunos de sus textos claves.

El Evangelio de la misa vigiliar: este texto es importante por dos motivos: 1) Por la afirmación explícita de la relación que media entre el Don del Espíritu y la resurrección de Cristo: «Todavía no había sido glorificado» (frase que el leccionario castellano B ha omitido por error);

2) Por la alusión que tiene a la fiesta de Pentecostés como «último día de las fiestas». Para que quede aún más remarcada esta frase el inciso se repite también como antifona de la comunión de esta misa vigiliar.

El Evangelio de la misa del día: este texto presenta a Cristo en el mismo día de la resurrección comunicando su Espíritu Santo a la Iglesia. Es importante en cuanto se presenta la infusión del Espíritu en el mismo día de Pascua; el día de Pentecostés no es, por tanto, el «único día» en que se recibe el Espíritu Santo, sino que el Espíritu es Don de la Pascua entera, que en este día 50 llega a su culminación.

Lectura breve de 1 Vísperas: también en este texto se relaciona el Espíritu Santo con la resurrección de Jesucristo y con la resurrección universal, que se deriva de la resurrección del Señor.

Oración de la misa matutina del sábado antes de Pentecostés: importante por cuanto se habla de «las fiestas de Pascua que nos disponemos a clausurar».

Primera oración de la misa vigiliar: se alude en este texto a que «la celebración de la Pascua dura 50 días y acaba con el día de Pentecostés».

Prefacio: se trata de uno de los textos de la antigua liturgia romana en los que mejor se expresa el sentido de Pentecostés. No es un «prefacio del Espíritu Santo» sino un texto en el que la venida del Espíritu Santo se presenta en el contexto de la historia de la salvación y como culminación a nuestra incorporación a Cristo: el

Espíritu se da, precisamente, a los que «han sido adoptados como hijos por su inserción en Cristo y a quienes, para llevar a plenitud el Misterio Pascual, se les envía el Espíritu Santo».

Himno de Laudes: Pentecostés se presenta como la plenitud del año litúrgico (estrofa 1), como conclusión de los días de Pascua (estrofa 4), como ratificación del Bautismo Pascual (estrofa 6).

Despedida de la asamblea con el doble aleluya: en las II Vísperas de este día, con las que se concluye el tiempo pascual, al «Podemos irnos en paz» y a su respuesta se añade un doble aleluya. Es una manera de subrayar en esta última celebración de la Cincuentena que en este momento termina el tiempo pascual. Esta despedida solemne del aleluya, la nueva edición latina del Misal romano la incorpora también a la misa. Y esto ha constituido una reforma especialmente oportuna de la 2da. edición del Misal. (Tenemos que esperar con paciencia la tercera edición del Misal para complementar los puntos nuevos que nos ofrece) Aunque en realidad la última celebración pascual son las segundas Vísperas del día de Pentecostés, con todo, como la mayoría de fieles sólo participa en la celebración eucarística, para ellos es la misa de Pentecostés la última celebración pascual.

PENTECOSTÉS:

COMIENZA LA MISIÓN DE LA IGLESIA

1. En el Decreto conciliar *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, encontramos ligados el acontecimiento de Pentecostés y la puesta en marcha de la Iglesia en la historia: «El día de Pentecostés (el Espíritu Santo) descendió sobre los discípulos... Fue en Pentecostés cuando empezaron los hechos de los Apóstoles!» (*Ad gentes*, 4). Por tanto, si desde el momento de su nacimiento, saliendo al mundo el día de Pentecostés, la Iglesia se manifestó como «misionera», esto sucedió por obra del Espíritu Santo. Y podemos enseguida añadir que la Iglesia permanece siempre así: permanece «en estado de misión» (*in statu missionis*). **El carácter misionero de la Iglesia pertenece a su misma esencia, es una propiedad constitutiva de la Iglesia de Cristo, porque el Espíritu Santo la hizo «misionera» desde el momento de su nacimiento.**

2. El análisis del texto de los Hechos de los Apóstoles que narra el acontecimiento de Pentecostés (Hech 2, 1ss) nos permite captar la verdad de esta afirmación conciliar, que pertenece al patrimonio común de la Iglesia.

Sabemos que los Apóstoles y los demás discípulos reunidos con María en el Cenáculo, tras haber escuchado «un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, vieron bajar sobre sí unas lenguas como de fuego» (Cfr. Hech 2, 2-3). En la tradición judía el fuego era signo de una especial manifestación de Dios que hablaba para instruir, guiar y salvar a su pueblo. El recuerdo de la experiencia maravillosa del Sinaí se mantenía vivo en el alma de Israel y lo disponía a entender el significado de las nuevas comunicaciones contenidas bajo aquel simbolismo, como sabemos también por el Talmud de Jerusalén (Cfr. Hag 2, 77b, 32; cfr. también el Midrash Rabbah 5, 9, sobre Ex 4, 27). La misma tradición judía había preparado a los Apóstoles para comprender que las «lenguas» significaban la misión de anuncio, de testimonio, de predicación, que Jesús mismo les había encargado, mientras el «fuego» estaba en relación no sólo con la Ley de Dios, que Jesús había confirmado y completado, sino también con El mismo, con su persona y su vida, con su muerte y su resurrección, ya que El era la nueva Toráh para proponer al mundo. Y bajo la acción del Espíritu Santo las «lenguas de fuego» se convirtieron en palabra en los labios de los Apóstoles: «Quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas según el Espíritu les concedía expresarse» (Hech 2, 4).

3. Ya en la historia del Antiguo Testamento se habían realizado dos manifestaciones análogas, en las que se había dado el espíritu del Señor para un hablar profético (Cfr. Miq 3, 8; Is 61, 1; Za 7, 12; Neh 9, 30). Isaías había visto un serafín que se acercaba teniendo en la mano «una brasa que con las tenazas había tomado de sobre el altar» y con ella le tocaba los labios para purificarlo de toda iniquidad antes de que el Señor le confiase la misión de hablar a su pueblo (Cfr. Is 6, 6-9 ss.). Los Apóstoles conocían este simbolismo tradicional y por ello eran capaces de captar el sentido de lo que sucedía en ellos ese día de Pentecostés, como atestigua Pedro en su primer discurso vinculando el don de las lenguas con la profecía de Joel acerca de la futura efusión del espíritu divino que debía capacitar a los discípulos para profetizar (Hech 2, 17 ss.; Cfr. Jl 3, 1-5).

4. Con la «lengua de fuego» (Hech 2, 3) cada uno de los Apóstoles recibió el don multiforme del Espíritu, como los siervos de la parábola evangélica que habían recibido todos un cierto número de talentos para hacer fructificar (Cfr. Mt 25, 14 ss.); y aquella «lengua» era un signo de la conciencia que los Apóstoles poseían y mantenían viva acerca del compromiso misionero

al que habían sido llamados y al que se habían consagrado. En efecto, apenas estuvieron y se sintieron «llenos del Espíritu Santo, se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse». Su poder venía del Espíritu, y ellos ponían en práctica la consigna bajo el impulso interior imprimido desde arriba.

5. Esto sucedió en el Cenáculo, pero en seguida el anuncio misionero y la glosolalia, o don de las lenguas, traspasaron las paredes de aquella habitación. Y entonces se verificaron dos acontecimientos extraordinarios, descritos por los Hechos de los Apóstoles. Ante todo la glosolalia, que expresaba palabras pertenecientes a una multiplicidad de lenguas y empleadas para cantar las alabanzas de Dios (Cfr. Hech 2, 11). La muchedumbre, atraída por el fragor y asombrada por aquel hecho, estaba compuesta, es verdad, por «judíos observantes» que se encontraban en Jerusalén con ocasión de la fiesta, pero pertenecían a «todas las naciones que hay bajo el cielo» (Hech 2, 5) y hablaban las lenguas de los pueblos en los que se habían integrado bajo el aspecto civil y administrativo, aunque étnicamente habían permanecido judíos.

Ahora bien, aquella muchedumbre, reunida en torno a los Apóstoles, «se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: «¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa?» (Hech 2, 6)8). En este momento Lucas no duda en dibujar una especie de mapa del mundo mediterráneo del que procedían aquellos «judíos observantes», casi para oponer aquella ecumene de los convertidos a Cristo a la Babel de las lenguas y de los pueblos descrita en el Génesis (11, 1)9), sin dejar de nombrar junto a los demás a los «forasteros de Roma»: «Partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes» (Hech 2, 9)11). A todos esos Lucas, casi reviviendo el hecho acontecido en Jerusalén y transmitido en la primera tradición cristiana, pone en su boca las palabras: «les oímos (a los Apóstoles, galileos de origen) hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios» (Hech 2, 11).

6. El acontecimiento de ese día fue ciertamente misterioso, pero también muy significativo. En él podemos descubrir un signo de la universalidad del cristianismo y del carácter misionero de la Iglesia: el hagiógrafo nos la presenta consciente de que el mensaje está destinado a los hombres de «todas las naciones», y de

que, además, es el Espíritu Santo quien interviene para hacer que cada uno entienda al menos algo en su propia lengua: «les oímos en nuestra propia lengua nativa» (Hech 2, 8). Hoy hablaríamos de un adaptación a las condiciones lingüísticas y culturales de cada uno. Por tanto, se puede ver en todo esto una primera forma de «inculturación», realizada por obra del Espíritu Santo.

7. El segundo hecho extraordinario es la valentía con que Pedro y los otros once se levantan y toman la palabra para explicar el significado mesiánico y pneumatológico de lo que estaba aconteciendo bajo los ojos de aquella muchedumbre asombrada (Hech 2, 14 ss.). Pero sobre este hecho volveremos a su debido tiempo. Aquí conviene hacer una última reflexión acerca de la contraposición (una especie de analogía ex contrariis) entre lo que sucedió en Pentecostés y lo que leemos en el libro del Génesis sobre el tema de la torre de Babel (Cfr. Gen 11, 1-9). Allí se nos narra la «dispersión» de las lenguas, y por eso también de los hombres que, hablando en diversas lenguas, no logran ya entenderse. En cambio, en el acontecimiento de Pentecostés, bajo la acción del Espíritu, que es Espíritu de verdad (Cfr. Jn 15, 26), la diversidad de las lenguas no impide ya entender lo que se proclama en nombre y par alabanza de Dios. Se tiene así una relación de unión entre los hombres que va más allá de los límites de las lenguas y de las culturas, producida en el mundo por el Espíritu Santo.

8. Se trata de un primer cumplimiento de las palabras dirigidas por Jesús a los Apóstoles al subir al Padre: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hech 1, 8). El Espíritu Santo (comenta el Concilio Vaticano II) unifica en la comunión y en el ministerio y provee de diversos dones jerárquicos y carismáticos» (Lumen Gentium, 4) a toda la Iglesia a través de todos los tiempos, vivificando, a la manera del alma, las instituciones eclesíásticas e infundiendo en el corazón de los fieles el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo» (Ad gentes, 4). De Cristo a los Apóstoles, a la Iglesia, al mundo entero: bajo la acción del Espíritu Santo puede y debe desarrollarse el proceso de la unificación universal en la verdad y en el amor.

PENTECOSTÉS

EFUSIÓN DE VIDA DIVINA

1. El acontecimiento de Pentecostés en el Cenáculo de Jerusalén constituye una especial teofanía. Ya he-

mos considerado sus principales elementos «externos»: «un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso», «lenguas como de fuego» sobre los que se encontraban reunidos en el Cenáculo, y finalmente el «hablar en otras lenguas». Todos estos elementos indican no sólo la presencia del Espíritu Santo, sino también su particular «venida» sobre los presentes, su «donarse», que provoca en ellos una transformación visible, como se puede apreciar por el texto de los Hechos de los Apóstoles (2, 1-12). Pentecostés cierra el largo ciclo de las teofanías del Antiguo Testamento, entre las que se puede considerar como principal la realizada a Moisés sobre el monte Sinaí.

2. Desde el inicio de este ciclo de catequesis pneumatológicas, hemos aludido también al vínculo que existe entre el evento de Pentecostés y la Pascua de Cristo, especialmente bajo el aspecto de «partida» hacia el Padre mediante la muerte en cruz, la resurrección y la ascensión. Pentecostés contiene en sí el cumplimiento del anuncio que hizo Jesús a los apóstoles el día anterior a su pasión durante el «discurso de despedida» en el Cenáculo de Jerusalén. En aquella ocasión Jesús había hablado del «nuevo Paráclito»: «Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad» (Jn 14, 16-17), subrayando: «Si me voy, os lo enviaré» (Jn 16, 7).

Hablando de su partida mediante la muerte redentora en el sacrificio de la cruz, Jesús había dicho: «Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero vosotros sí me veréis, porque yo vivo y también vosotros viviréis» (Jn 14, 19).

*Este es un nuevo aspecto del vínculo entre la Pascua y Pentecostés: «Yo vivo». Jesús hablaba de su resurrección. «Vosotros viviréis»: la vida, que se manifestará y confirmará en mi resurrección, se convertirá en vuestra vida. Ahora bien, la «transmisión» de esta vida, que se manifiesta en el misterio de la Pascua de Cristo, se realiza de modo definitivo en Pentecostés. En la palabra de Jesús se hacía alusión a la parte conclusiva del oráculo de Ezequiel, en el que Dios prometía: «Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis» (37, 14). Por consiguiente, *Pentecostés está vinculado orgánicamente a la Pascua y pertenece al misterio pascual de Cristo: «Yo vivo y también vosotros viviréis».**

3. En virtud del Espíritu Santo, por su venida, también se ha cumplido la oración de Jesús en el cenáculo: «Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que según el poder que le

has dado sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado» (Jn 17, 1-2).

Jesucristo, en el misterio pascual, es el artífice de esta vida. El Espíritu Santo «da» esta vida, «tomando» de la redención obrada por Cristo («recibirá de lo mío», Jn 16, 14). Jesús mismo había dicho: «El espíritu es el que da vida» (Jn 6, 63). San Pablo, de la misma manera, proclama que «la letra mata, mas el Espíritu da vida» (2 Cor 3, 6). En Pentecostés brilla la verdad que profesa la Iglesia con las palabras del Símbolo; «Creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida».

Junto con la Pascua, Pentecostés constituye el coronamiento de la economía salvífica de la Trinidad divina en la historia humana.

4. Más aún: los primeros que experimentaron los frutos de la resurrección de Cristo el día de Pentecostés fueron los Apóstoles, reunidos en el Cenáculo de Jerusalén en compañía de María, la Madre de Jesús, y otros «discípulos» del Señor, hombres y mujeres. Para ellos Pentecostés es el día de la resurrección, es decir, de la nueva vida, en el Espíritu Santo. Es una resurrección espiritual que podemos contemplar a través del proceso realizado en los apóstoles en el curso de todos esos días: desde el viernes de la Pasión de Cristo, pasando por el día de Pascua, hasta el de Pentecostés. El prendimiento del Maestro y su muerte en cruz fueron para ellos un golpe terrible, del que tardaron en reponerse. Así se explica que la noticia de la resurrección, e incluso el encuentro con el Resucitado, hallasen en ellos dificultades y resistencias. Los Evangelios lo advierten en muchas ocasiones: «no creyeron» (Mc 16, 11), «dudaron» (Mt 28, 17). Jesús mismo se lo reprochó dulcemente: «¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón?» (Lc 24, 38). El trataba de convencerlos acerca de su identidad, demostrándoles que no era «un fantasma», sino que tenía «carne y huesos». Con este fin consumió incluso alimentos bajo sus ojos (Cfr. Lc 24, 37-43).

El acontecimiento de Pentecostés impulsa a los discípulos a superar definitivamente esta actitud de desconfianza: la verdad de la resurrección de Cristo penetra plenamente en sus mentes y conquista su voluntad. Entonces de verdad «de su seno corrieron ríos de agua viva» (Cfr. Jn 7, 38), como había predicho de forma figurativa Jesús mismo hablando del Espíritu Santo.

5. Por obra del Paráclito, los apóstoles y los demás discípulos se transformaron en «hombres pascuales»: creyentes y testigos de la resurrección de Cristo. Hi-

cieron suya, sin reservas, la verdad de tal acontecimiento decisivo y anunciaron desde aquel día de Pentecostés «las maravillas de Dios» (Hech 2,11). Fueron capacitados desde dentro: el Espíritu Santo obró su transformación interior, con la fuerza de la nueva vida»: la que Cristo recuperó en su resurrección y ahora infundió por medio del «nuevo Paráclito» en sus seguidores. Se puede aplicar a esa transformación lo que Isaías había predicho con lenguaje figurado: Al fin será derramado desde arriba... un espíritu; se hará la estepa un vergel, y el vergel será considerado como selva» (Is 32, 15). Verdaderamente brilla en Pentecostés la verdad evangélica: Dios no es Dios de muertos, sino de vivos» (Mt 22, 32), «porque para El todos viven» (Lc 20, 38).

6. La teofanía de Pentecostés abre a todos los hombres la perspectiva de la «novedad de vida». Aquel acontecimiento es el inicio del nuevo «donarse» de Dios a la humanidad, y a los apóstoles son el signo y la prenda no sólo del «nuevo Israel», sino también de la «nueva creación» realizada por obra del misterio pascual. Como escribe San Pablo: «la obra de justicia de uno solo procura toda la justificación que da la vida... Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5, 18.20). Y esta victoria de la vida sobre la muerte, de la gracia sobre el pecado, lograda por Cristo, obra en la humanidad mediante el Espíritu Santo. Por medio de Él fructifica en los corazones el misterio de la redención (Cfr. Rom 5, 5; Gal 5, 22).

Pentecostés es el inicio del proceso de renovación espiritual, que realiza la economía de la salvación en su dimensión histórica y escatológica, proyectándose sobre todo lo creado.

7. En la Encíclica sobre el Espíritu Santo *Dominum et Vivificantem* se lee: «Pentecostés es un nuevo inicio en relación con el primero, inicio originario de la donación salvífica de Dios, que se identifica con el misterio de la creación. Así leemos ya en las primeras páginas del libro del Génesis: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra... y el Espíritu de Dios (ruah Elohim) aleteaba por encima de las aguas» (1, 1 ss.). Este concepto bíblico de creación comporta no sólo la llamada del ser mismo del cosmos a la existencia, es decir, el dar la existencia, sino también la presencia del Espíritu de Dios en la creación, o sea, el inicio de la comunicación salvífica de Dios a las cosas que crea. Lo cual es válido ante todo para el hombre, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios» (n. 12). ***En Pentecostés el «nuevo inicio» del donarse salvífico de Dios se funde con el misterio pascual, fuente de nueva vida.***

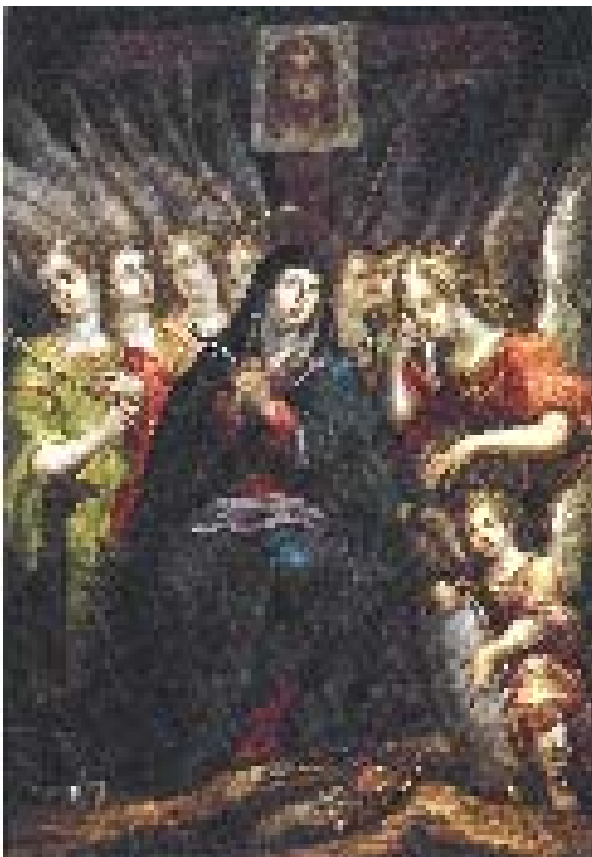
LA VIRGEN MARÍA

MODELO DE VIDA PASCUAL

MES DE MAYO Y PASCUA

Presencia discreta y hasta escondida de la Madre del Resucitado en el misterio de esos cincuenta días de gozo pascual que se podría llamar tiempo de Pentecostés, el tiempo de los 50 días.

Es tiempo de Cristo Resucitado, presente en medio de sus discípulos desde la mañana misma de Pascua. Es tiempo del Espíritu Santo, cuya efusión Juan el Evangelista anticipa en la misma tarde del Domingo de la Resurrección, para subrayar que el don del Espíritu Santo es el aliento mismo del Señor Resucitado transmitido a sus apóstoles (cf. Jn 20,22-23) para que prosigan la misma obra que Jesús ha llevado hasta el culmen de su pasión gloriosa. Es tiempo de la Iglesia, humanidad nueva, cuerpo del Resucitado que a través de las apariciones de Jesús a sus discípulos goza de la certeza de su presencia hasta el fin de los tiempos en



su peregrinación histórica (cf Mt 28,20). Es tiempo de María, la Madre de Cristo Resucitado en la alegría por el triunfo de su Hijo y en la experiencia fundamental que comparte, discípula entre los discípulos, de ser testigo de la Resurrección, de la Ascensión y de Pentecostés.

Vamos a glosar sencillamente estas tres presencias de María a la luz de la liturgia, con elementos tradicionales y nuevos, de Oriente y de Occidente, pidiendo la ayuda del testimonio iconográfico de la más antigua tradición bíblico-litúrgica que quiere suplir discretamente el silencio de los datos evangélicos.

Queremos dar así cabal apoyo a la orientación que el libro de las «Misas de la Virgen María» nos propone para el tiempo de Pascua: «En el gran domingo», esto es, durante los cincuenta días en que la Iglesia, con la alegría y júbilo, celebra el misterio pascual, la liturgia romana recuerda también a la Madre de Cristo, llena de gozo por la resurrección de su Hijo, dedicada a la oración con los apóstoles y esperando confiadamente con ellos el don del Espíritu Santo (cf. Heb 1, 14).

Se trata de la presencia y de la ejemplaridad de María en el arco de los misterios que sellan la misión salvadora de su Hijo y marcan el paso de la presencia del Resucitado a la misión del Espíritu Santo.

María en la alegría de la Resurrección

No vamos a embarcarnos en la difícil tarea de justificar una aparición de Jesús Resucitado a la Virgen María. Hay literatura abundante en los apócrifos, en los escritos de los Padres que o se dejan convencer por los apócrifos o fuerzan los mismos textos evangélicos para ver en una de las Marías que reciben la aparición de Jesús a la Virgen Madre. Ni es éste el lugar para dejarnos seducir por los clásicos libros de la Vida de María que hablan de la primera aparición del Señor a su Madre, o por la abundante literatura espiritual sobre este tema. Vamos simplemente a escuchar testimonios litúrgicos, esenciales convicciones de fe que en el ámbito de la celebración de los misterios adquieren el valor del verdadero «sensus fidelium».

Que María sea testigo de la Resurrección de su Hijo, nadie lo pone en duda. Su presencia en el Cenáculo, en espera del Espíritu, es un dato esencial. La experiencia de María como Madre y discípula no ha terminado al pie de la Cruz, donde han quedado consumados los misterios de Jesús de Nazaret, su Hijo según la carne. María es asociada plenamente a esa continuidad del misterio de Cristo en la dimensión del Espíritu, la que se inaugura la mañana de Pascua y tiene como momento estelar la efusión del Espíritu en Pentecostés. La experiencia de María se enriquece, crece y adquiere, como en el Calvario, toda la dimensión tipológica de «experiencia eclesial» en la que la Madre de Jesús aparece como figura y Madre de la Iglesia naciente.

El Oriente bizantino

La liturgia bizantino que con tanta efusión patética canta la presencia de María al pie de la cruz y pone en sus labios los más conmovedores lamentos por la muerte de su Hijo y las más ardientes súplicas por su pronta Resurrección, es bastante discreta para subrayar la alegría de nuestra Señora por el gozo de la Pascua.

El «megalinario» o canto a María que se intercala en la plegaria eucarística después de la epiclesis, en el momento en que se recuerda a la Virgen en la comunión de los Santos, tiene este tono particular ya en la gran vigilia pascual bizantina: «El Ángel le dijo a la llena de gracia: ¡Alégrate, Oh Virgen pura! Te lo digo de nuevo: ¡Alégrate! Tu Hijo ha resucitado al tercer día del sepulcro y ha resucitado a los muertos: - ¡haced fiesta, pueblos! Revístete de luz, nueva Jerusalén, porque la gloria del Señor ha amanecido sobre ti. Haz fiesta y alégrate, Sión. Y tú, Purísima Madre de Dios, ¡alégrate por la Resurrección de tu Hijo!»

La última parte de este «megalinario» está tomada del poema de San Juan Damasceno que se canta en la gran vigilia pascual bizantina. La Madre de Cristo es asociada al gozo de la nueva Jerusalén, de la Iglesia que nace de la Resurrección. Pero el texto tiene un contenido simbólico sugestivo. Las palabras del ángel en el primer anuncio: «Alégrate, llena de gracia», tienen ahora la dimensión del gran anuncio pascual. Los ángeles son los primeros evangelistas; las mujeres que reciben el anuncio y lo comunican a los discípulos incrédulos, son también «evangelistas», como las llama la liturgia bizantina, hasta el punto que llega a definir las «iguales a los apóstoles» e incluso «apóstoles de los apóstoles». Entre estas mujeres, portadoras de perfumes (miróforas) y evangelistas, María está siempre incluida como testigo de la Resurrección. El gozo de este segundo anuncio que la Virgen recibe del ángel parece sugerirnos el texto bizantino, le hace recordar todas las promesas del primer «Alégrate» de la Anunciación y las palabras que Jesús había muchas veces repetido a sus discípulos y que María, junto con tantas otras, conservaba en su corazón: «Al tercer día resucitaré». En este texto bizantino podemos encontrar la fuente de la antífona mariana medieval que la Iglesia de Occidente repite durante el tiempo de Pascua: «Regina coeli, laetare, alleluia».

Entre los «troparios» de la Resurrección que la liturgia bizantina canta todos los domingos, el del tono 6o. (plagal 2º) ha conservado también un breve recuerdo al encuentro de Jesús con la Virgen María: «Ángeles bajaron a tu sepulcro, y los guardianes cayeron amortecidos... Saliste al encuentro de la Virgen tú que dabas la vida. ¡Señor resucitado de entre los muertos, gloria a ti!» Una antiquísima ilustración iconográfica se



hace eco de esta convicción de los cristianos, transmitida quizás por la tradición oral. *El Evangelionario de Rabbula de Edesa*, de finales del siglo VI, conservado hoy en la Biblioteca Laurenziana de Florencia, en la escena de las mujeres que van al sepulcro y de Cristo que aparece en la mañana de Pascua, presenta siempre la iconografía de la Virgen María en plena continuidad con su imagen al pie de la Cruz y, como veremos, en el misterio de la Ascensión del Señor.

La liturgia occidental

En plena consonancia con las expresiones bizantinas, una colecta del Oracional visigótico para el día de la Resurrección aplica a la Virgen Madre la búsqueda del cuerpo de Jesús en el sepulcro que los evangelistas atribuyen a María de Mágdala. El texto podría ser traducido así:

«Señor Jesucristo, con qué ardoroso deseo y devoción, buscaba tu bienaventurada Madre por todos los rincones del sepulcro tu cuerpo, cuando mereció recibir del ángel el anuncio para que no te llorara como muerto cuando te iba a ver cuanto antes resucitado...»

Como gozosa prolongación de la tradicional antífona mariana del tiempo de Pascua, el «*Regina coeli, laetare*», el *Misal Romano* de Pablo VI había recogido entre las misas votivas de la Virgen María el formulario para el tiempo pascual, todo él impregnado del motivo de la alegría de la Virgen por la Resurrección de su Hijo. Y ahora, el formulario 15 de las Misas de la Virgen María tiene como título la *Virgen María en la resurrección del Señor* y completa el anterior formulario con una antífona de entrada que es nueva y un prefacio que sintetiza de manera apropiada lo que la devoción y el sentido de los fieles había siempre puesto de relieve: la presencia de María en el misterio de Cristo Resucitado, para ser colmada del gozo de la Pascua después de haber participado con su Hijo en el dolor y la angustia de la Pasión, y haber esperado con absoluta certeza el cumplimiento de sus promesas.

María, la virgen de la Pascua, tiene ya en la liturgia occidental romana un formulario litúrgico que celebra y propone esta unión indisoluble de la Madre en el triunfo del Hijo. Como canta el Prefacio de esta Misa: "Porque en la resurrección de Jesucristo, tu Hijo, colmaste de alegría a la santísima Virgen y premiaste maravillosamente su fe; ella había concebido al Hijo creyendo, y creyendo esperó su resurrección; fuerte en la fe, contempló de antemano el día de la luz y de la vida, en el que desvanecida la noche de la muerte, el mundo entero saltaría de gozo y la Iglesia naciente, al ver de

nuevo a su Señor inmortal, se alegraría entusiasmada".

Gozo de la Virgen en la Pascua de su Hijo, ejemplo de la Iglesia que se alegra por el triunfo de Cristo y encuentra cada año, en el misterio pascual, la fuente de su alegría, de su esperanza y de su empeño.

La Virgen en la Ascensión del Señor

La solemnidad de la Ascensión del Señor, cuarenta días después de la Resurrección, celebra la exaltación gloriosa de Cristo a la derecha del Padre, el momento final de la presencia visible del Señor resucitado en medio de sus discípulos, la orientación de la atención y de la esperanza de la Iglesia hacia el nuevo régimen de la vida sacramental en el Espíritu, cuando con la venida del Paráclito, «lo que era visible en Cristo pase a los sacramentos de la Iglesia», según la feliz expresión de san León Magno.

La presencia de María en la Ascensión del Señor es un dato que la tradición nos ha legado a través de la iconografía que la liturgia bizantina ha recogido en el oficio litúrgico de este día y que en la ininterrumpida transmisión de la iconografía de este misterio se carga de significado eclesial.

Desde la primitiva representación de la Ascensión del Señor en las ampollas de Monza, que son del siglo IV o V, María ocupa el lugar central entre el grupo de los discípulos que dirigen su mirada al Señor que en un nimbo de gloria sube hacia el Padre, mientras los ángeles anuncian que tal como ha subido al cielo así volverá (cf. Hch 1, 10-11). El *Evangelionario de Rabbula de Edesa* ofrece una imagen "naif" de este episodio con un colorido y un movimiento impresionantes. El detalle de la Virgen María es idéntico. De pie, entre el grupo de los apóstoles, ocupa el lugar central. Está revestida con su manto púrpuro de «Theotokos», Madre de Dios, las manos alzadas en actitud orante, casi acompañando el movimiento ascensional de su Hijo, en la misma línea vertical que ocupa Cristo en la parte superior, donde está representado en un nimbo de gloria llevado en la «*Merkabah*» o carro de fuego de los cuatro seres de la profecía de Ezequiel, mientras a derecha e izquierda los ángeles le ofrecen coronas de gloria.

La liturgia bizantina recoge en algunos «troparios» el significado de este misterio dando voz a la expresión iconográfica. Un texto de las Vísperas de la Ascensión canta: «Era conveniente que quien como Madre había sufrido más que ningún otro en tu pasión, fuese colmada de un gozo superior a cualquier otro gozo, al contemplar la glorificación de tu cuerpo». Y asociando la Madre en la memoria de los apóstoles, testigos presen-

ciales del acontecimiento, según las Escrituras, la liturgia bizantina expresa la teología de este misterio con una hermosa oración que transcribimos íntegramente:

«Dulcísimo Jesús que sin abandonar la comunión con el Padre, has querido sumergirte con nuestra humanidad entre los habitantes de esta tierra y hoy, desde el Monte de los olivos, has subido a la gloria. Elevando contigo, por amor, la naturaleza caída, la has hecho sentarse contigo junto a tu Padre. Por eso, los ejércitos angélicos, asombrados, llenos de temor y reverencia, magnifican tu inmenso amor hacia los hombres. Junto con ellos, también nosotros, habitantes de la tierra, glorificamos tu descenso hacia nosotros y tu Ascensión que de nosotros te separa, y te suplicamos: «Tú que por medio de tu Ascensión, has colmado de gozo al grupo de los Apóstoles y a la bienaventurada madre que te engendró, haznos dignos de la gloria de los elegidos, por sus oraciones y por tu gran misericordia».

La teología litúrgica que se desprende de la iconografía del misterio de la Ascensión desarrolla ampliamente el significado de la presencia de María en este episodio. Se subraya especialmente el carácter eclesial de esta presencia. En medio de los discípulos, y en una anticipación de la espera de Pentecostés, María es imagen de la Iglesia en esta tierra, su figura y su centro maternal. Su actitud orante, con las manos elevadas hacia el cielo, es ya expresión de la «epiclesis» o ardiente invocación de la Esposa «Iglesia» que a través de los siglos en el Espíritu dice a Cristo: «Ven». Pero ya desde el momento mismo de la Ascensión, la Virgen es intercesión ardiente que suplica la venida del Espíritu Santo. De hecho en la misma serie de iconografía del evangelario de Rabbula la escena de Pentecostés se presenta con una asombrosa identidad con la de la Ascensión; sólo que ahora el lugar que ocupaba Cristo lo llena la paloma del Espíritu, y los apóstoles con María llevan sobre sus cabezas las llamas del Espíritu Santo, el fuego desprendido del Cuerpo glorioso del Resucitado.

Hay también una razón profunda para la presencia de María en este misterio. La Virgen fue testigo excepcional y solitario del ingreso de Jesús en este mundo; de ella recibió la carne que el Verbo no poseía y que ahora lleva a la gloria del Padre e introduce para siempre en el seno de la Trinidad. María aparece desde este punto de vista como testigo de la humanidad de Cristo en toda la serie de sus misterios, esos «misterios de la carne de Cristo» que ahora pasan a los sacramentos de la Iglesia. Se ha cumplido el arco de la vida de su Hijo en esta tierra. Lo sintió tomar carne en su seno, y lo ve subir

al cielo en la plenitud de la gloria, con la carne transida de experiencia humana, de pasión y de gloria. La Virgen está allí como testigo de toda la realidad de la encarnación, junto a los que serán por el mundo los testigos de la resurrección gloriosa de su Hijo.

La Virgen María en el misterio de Pentecostés «Los discípulos se dedicaban ala oración en común, junto con María, la madre de Jesús» (cf. Hch 1,14).

Para la presencia de María en el Cenáculo de Pentecostés contamos con la breve y significativa referencia de Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles. La mejor exégesis científica de este paso pone de relieve la oportunidad de esta «recuperación» de María en el seno de la comunidad apostólica, en el momento de la efusión del espíritu. Como ha escrito X. Pikaza en el mejor artículo que se haya escrito sobre este particular: " *¿Qué aporta María en la visión de aquellos discípulos que reinterpretan la vida de Jesús? Los apóstoles son testigos de su actividad y de su pascua, las mujeres testifican la fuerza de su amor y la realidad de su muerte, los hermanos atestiguan el lugar de su familia. ¿Y María? Ella testifica su nacimiento humano, el camino de su infancia: Jesús no podría haber sido recibido en la Iglesia como plenamente humano si faltare el testimonio viviente de una madre que le ha engendrado y educado. Dentro de la Iglesia, María es una parte de Jesús. Por eso está allí como testigo silencioso. Ha mantenido las cosas de Jesús en su corazón (Lc 2,19.5 1); por medio de ella pasan a la Iglesia. Hay algo que ni los apóstoles, ni las mujeres, ni los hermanos podrían testimoniar. Esa palabra única e insustituible ha de entregarla María en el misterio de la Iglesia, por eso aparece en Hch 1, 14 "*

Además, la plena solidaridad de María con la comunidad apostólica subraya, si fuera menester, que María no es una figura solitaria. Su lugar está siempre en medio de la Iglesia, donde ella continuamente evangeliza, hablando de su Hijo, y donde a la vez recibe la alabanza de los que han comprendido la hondura de su fe y por eso la proclaman bienaventurada.

La efusión del Espíritu, lo sabemos, tiene impresionantes parecidos con el misterio de la Anunciación. Es la misma fuerza que baja desde lo alto, la que cubrió a María con su sombra y ahora llena el corazón de los apóstoles; los labios de María se abren para dar testimonio en el Magnificat y los apóstoles anuncian las grandes obras del Señor. Allí el misterio de Cristo; aquí

el misterio del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. María une de una manera singular la continuidad entre el misterio de la encarnación, por obra del Espíritu, y el nacimiento de la Iglesia, por medio del mismo Espíritu de Cristo Resucitado. Hay simetría y progresividad.

La iconografía

También aquí la iconografía más antigua ofrece el mensaje de la fe de la Iglesia. El *Códice de Rabbula de Edesa*, fuente inspiradora de la iconografía oriental y occidental, coloca a la Virgen de pie en el centro de la Iglesia apostólica; la paloma, símbolo del Espíritu, en suprema verticalidad sobre su cabeza, lanza sobre ella la llama más abundante del fuego pentecostal. María aparece, como ya en la Ascensión, en el centro de la Iglesia apostólica, como su figura y modelo, magnífica presencia femenina y rostro que evoca el de Jesús, en medio de los apóstoles.

Para este icono de Pentecostés quisiera evocar sobriamente una sugestiva exégesis de la teología oriental. Escribe el teólogo V. Lossky: «El Espíritu Santo ha aparecido en forma de lenguas de fuego, separadas las unas de las otras, y se posaron sobre cada uno de los que allí estaban, sobre cada uno de los miembros del Cuerpo de Cristo... El Espíritu Santo se comunica a las personas, marcando cada miembro de la Iglesia con el sello de una relación personal y única con la Trinidad». El Espíritu de Pentecostés une y distingue. Realiza la persona de cada uno en su irrepetible singularidad, en su propio carisma, pero a la vez la abre a la comunión con los demás. No hay fusión que despersonaliza; no hay personalismo que se encierra en su propia individualidad. La Iglesia es comunión de personas, llamadas una a una, marcadas por la gracia personalmente, reunidas en la comunión por el mismo Espíritu que salvaguarda a la vez la singularidad de la vocación y de la misión, la respuesta personal y la irrefrenable tensión a la unidad, a imagen de la Trinidad. María ocupa así su puesto en la Iglesia; con su propia misión, con su carisma de Madre de Jesús; y al mismo tiempo solidaria, unida, en comunión, parte de la Iglesia, discípula y apóstol, con función maternal de congregar en la comunión perseverante y en la oración confiada; ella, tan experta en promesas y en esperanzas, en realidades divinas y en caminos históricos de realización parsimonioso de las maravillas de Dios.



Nuevas Misas

La liturgia de la Iglesia ha querido colmar un vacío mariano en la eucología occidental con los dos formularios de misas de la Virgen que tienen como centro el misterio del Cenáculo. *La Misa de la Virgen María en el Cenáculo* (n. 17) y *La Virgen María, Reina de los Apóstoles* (n. 18). De estos dos formularios vale la pena recordar los textos centrales del Prefacio que evocan en simetría la Anunciación y la venida del Espíritu, la Visitación -Pentecostés misionero de la Virgen- y la misión inicial de los Apóstoles.

«Porque nos has dado en la Iglesia primitiva un ejemplo de oración y de unidad admirables: la Madre de Jesús orando con los apóstoles. La que esperó en oración la venida de Cristo invoca al Defensor prometido con ruegos ardientes y quien en la encarnación de la Palabra fue cubierta con la sombra del Espíritu, de nuevo es colmada de gracia por el don divino en el nacimiento de tu nuevo Pueblo...» Así oramos con el Prefacio que recuerda a María en la espera del Espíritu.

Y así, con feliz intuición litúrgica, la Iglesia reconoce en María las primicias de su misión apostólica que parte del Cenáculo lleno del ardor y de la fuerza del Espíritu:

«Porque ella, conducida por el Espíritu Santo, llevó presurosa a Cristo al Precursor, para que fuera causa de santificación y alegría para él; del mismo modo Pedro y los demás apóstoles, movidos por el mismo Espíritu, anunciaron animosos a todos los pueblos el Evangelio que había de ser para ellos causa de salvación y de vida. Ahora también la santísima Virgen precede con su ejemplo a los heraldos del Evangelio, los estimula con su amor y los sostiene con su intercesión incesante, para que anuncien a Cristo Salvador por todo el mundo».

En plena recuperación de la ejemplaridad de María para la Iglesia en el ejercicio del culto divino, estas aportaciones de espiritualidad litúrgica, con la ayuda del Oriente cristiano y el inesperado regalo de la primitiva iconografía mariana que es fuente también de la «lex credendi», la norma de la fe, podemos vivir el misterio del Tiempo pascual. En la celebración del misterio de Cristo que ha resucitado, ha subido a los cielos y ha enviado el Espíritu Santo y santificador, la Iglesia mira a María, testigo excepcional de estos misterios, para vivirlos y comunicarlos.

SUBSIDIOS
PARA VITALIZAR
LA CELEBRACION

El Pan de la Palabra

PROPUESTAS PARA EL DOMINGO Y LA SEMANA

(Todos los ciclos tienen el mismo relato evangélico)

PRIMERA SEMANA

Son necesarios la tiniebla, la noche, el Viernes Santo, el Sábado deja un vacío frío, pero esperanzador.

Sí, es necesaria una larga espera si queremos abrirnos a la novedad de Dios.

Hombres de la sociedad de la prisa, no descubrimos nada, porque no tenemos tiempo, porque no nos damos tiempo para *entrar en el corazón* del misterio de Dios.

María Magdalena, Juan, Pedro... van corriendo al sepulcro. Van por amor, van corriendo; pero con ellos no llevan ni la noticia ni los ojos abiertos. Van a buscar al "muerto". Van porque se acuerdan del muerto amado.

Confían, pero todavía no creen.

Unos signos y empiezan a *releer* la escritura.

Ya no confían.

Ahora creen: ha resucitado, según las Escrituras.

Para creer hace falta salir hacia el lugar de los signos, toparse con los signos, confiar..

Para creer no hace falta ver.

No se cree porque se ve.

Se cree porque no se ve.

Se cree porque algo me señala una realidad invisible, pero inmensa realidad.

SUGERENCIAS

Esta semana de Pascua en muchos sitios es una semana de vacación y de "descanso" litúrgico, después de la intensidad de la Semana Santa y el Triduo Pascual. Sin embargo, hay que tener en cuenta que es la *semana de la octava*: ocho días intensivos para cantar de manera especial el día pascual. Después, en los otros cuarenta días, seguirá desarrollándose la riqueza del misterio pascual.

Un momento para explicar a los fieles la diferencia entre los términos "Jesús" y "Cristo" o Jesucristo. Es, a partir de la resurrección, cuando los discípulos dan el nombre de *Cristo* a su Maestro. Jesús se convierte en el Cristo de la fe.

ELEMENTOS PARA ENCONTRAR AL RESUCITADO

- la disponibilidad hacia lo que ocurra (lanzarse).
- la visita al sepulcro, es decir, al lugar de los signos, allí donde Dios deja huella del acontecer, del misterio.
- la confianza en que Dios puede hacer algo.

Mantener durante toda la semana la capilla o la iglesia adornada con flores y que sea visible la **fiesta de las fiestas**. Es momento de recuperar elementos como los cirios, los Iconos, el incienso, la música, la presencia del agua bautismal, la aspersion con el agua a la asamblea, al inicio de la celebración. *(Lo volvemos a repetir para que nos se nos olvide)*.

Si durante el tiempo cuaresmal era importante el comentario a la Palabra, no lo es menos durante el tiempo pascual. Esto exigirá de los presidentes de la asamblea un momento de reflexión y oración para penetrar el sentido de las lecturas y que la homilía diga algo, que no sean palabras vacías.

El sepulcro vacío es el punto de partida de la fe de María Magdalena y de los apóstoles que van, de mañana, hacia el huerto donde han dejado enterrado al amigo. Y lo encuentran vacío.

Cuando vamos a buscar allí donde vamos a buscar, generalmente, no encontramos *nada*. La respuesta a nuestra búsqueda suele ser el vacío. Pero es en ese vacío donde están los *signos* de una nueva presencia, siempre distinta a lo que nos habíamos imaginado. El *vacío* no es igual a *la nada*; es sólo el lugar donde podemos comenzar a descubrir lo que ni nos habíamos imaginado.

Este tema puede ser ocasión de pequeñas reflexiones con jóvenes. Ellos lo experimentan y lo viven de manera fuerte. Pero ellos no viven cosas diferentes de las que vivimos los adultos. Sólo cambia la manera de vivirlas.

El Credo. Es tiempo de renovar nuestro credo y de recitarlo con fuerza: reformular nuestra fe en el Cristo resucitado de entre los muertos. ¿Por qué no cantarlo? ¿Por qué no aprender el credo en latín?

SEMANA BAUTISMAL

El ritual del bautismo puede ser un libro importante durante todo el tiempo pascual, pero, sobre todo, en esta semana, conocida en la Iglesia por la semana "in albis", semana en la que los recién bautizados permanecían con la túnica blanca del bautismo, y recibían las catequesis mistagógicas, catequesis explicativas del misterio y de los ritos en los que habían participado. Momento oportuno para hacer una celebración bautismal

Encuentro con catecúmenos, para rezar con y por ellos, para dialogar sobre la nueva vida inaugurada en el bautismo de la Vigilia Pascual.

El leccionario ferial nos propone las apariciones del Resucitado.

INVOCACIONES

Tú vives, has resucitado de entre los muertos.

Tú vives, ha sido un milagro patente.

Tú vives, la muerte ha sido vencida.

Tú vives, la vida es más grande que la muerte.

Tú vives, primicia de todos los vivos.

Tú vives, y eres la vida.

Tú vives, tu carne no ha conocido la corrupción.

Tú vives, no has sido abandonado a la muerte.

Tú vives, y nos enseñas el camino de la vida.

Señor resucitado, sé nuestra fuerza, nuestra vida. Señor resucitado, danos la alegría de vivir.

Señor resucitado, ábrenos a la inteligencia de las Escrituras.

Señor resucitado, enséñanos a caminar como hermanos a tu encuentro.

Señor resucitado, haz de nosotros una comunidad en marcha, una comunidad viva y de vida.

Señor resucitado, pon calor en nuestros corazones.

Señor resucitado, pon claridad en nuestros ojos de creyentes. Señor resucitado, pon humildad en nuestra vida entera para reconocerte como vivo.

Señor resucitado, pon espíritu en nuestra alma para confesarte delante de todos con valentía.

ACTO PENITENCIAL

LUNES

Hermanos, somos miembros del pueblo santo, y con frecuencia vivimos sin sentir el gozo de nuestra vocación. Pidamos al Señor que nos perdone:

- Tú resucitaste inaugurando una vida nueva, pero nuestra fe no es suficientemente firme. *Señor, ten piedad.*
- Tú estás sentado a la derecha del Padre, pero nosotros no miramos a los bienes de arriba sino nos apegamos a la tierra. *Cristo, ten piedad.*
- Tú saliste de la tumba, pero nosotros a veces no salimos de nuestros vicios y males costumbres. *Señor, ten piedad.*

MARTES

Hermanos. rescatados al precio de la Sangre preciosa de Jesús, vivimos aún entregados al amor de las cosas sensibles. Pidamos a Dios que tenga piedad:

- Tú que con tu Resurrección has destruido el pecado y la muerte. *Señor, ten piedad.*
- Tú que con tu Resurrección has renovado la creación entera. *Cristo, ten piedad.*
- Tú que con tu Resurrección das alegría a los vivos y la vida a los muertos. *Señor, ten piedad.*

MIÉRCOLES

Hermanos. Bautizados en el nombre de Cristo y ungidos por su Espíritu Santo, nuestra vida no se distingue mucho de la de los paganos. Que el Señor nos perdone:

- Tú que has triunfado de la muerte. *Señor, ten piedad.*
- Tú que has vencido al mal. *Cristo, ten piedad.*
- Tú que eres el dueño absoluto de la creación. *Señor, ten piedad.*

JUEVES

Hermanos. Nuestro temor a sufrir nos impide ser fieles a nuestro Bautismo, y nuestra poca confianza en las promesas del Señor hace que nuestra existencia de cada día refleje poco el gozo de la Resurrección. Que Dios se compadezca de nosotros y nos perdone:

- Gran Pontífice, que has penetrado en el cielo. *Señor, ten piedad.*
- Sacerdote de la humanidad, capaz de ser indulgente con los extraviados. *Cristo, ten piedad.*
- Mediador de los hombres que, consumado por el sufrimiento, eres causa de salvación eterna para todos los que te obedecen. *Señor, ten piedad.*

VIERNES

Hermanos. Confesemos con humildad que no sabemos buscar siempre los bienes de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre, y con humildad pidamos a Dios que nos perdone:

- Tú, el justo que murió por los injustos para llevarnos a Dios. *Señor, ten piedad.*
- Tú que haces pasar a la humanidad de la muerte a la vida. *Cristo, ten piedad.*
- Tú que llenaste de alegría plena a tus discípulos. *Señor, ten piedad.*

SÁBADO

Hermanos. Reconozcamos que nuestra fe en la Resurrección no es suficientemente firme y que no manifestamos la victoria que Cristo ha inaugurado:

- Tú eres nuestra luz y nuestra salvación, pero nosotros a menudo tenemos mucho miedo. *Señor, ten piedad.*
- Tú has pronunciado tu nombre sobre nosotros, pero con frecuencia no nos gloriamos de ser cristianos. *Cristo, ten piedad.*
- Tu Espíritu reposa sobre nosotros y no sabemos estar alegres cuando compartimos tus sufrimientos. *Señor, ten piedad.*

ORACION UNIVERSAL

LUNES

Oremos, hermanos, a Cristo, el Cordero que estuvo muerto, pero que ahora vive para interceder por nosotros:

- 1.- Para que la Iglesia con su alegría dé testimonio perseverante de la resurrección de Jesucristo, *roguemos al Señor.*
- 2.- Para que el mundo entero llegue a gozar de aquella paz que Cristo aportó a los apóstoles, *roguemos al Señor.*
- 3.- Para que los enfermos, los moribundos y todos los que sufren vean un día transformada su tristeza en aquella alegría que nadie les podrá arrebatar, *roguemos al Señor.*
- 4.- Para que todos nosotros podamos celebrar un día la resurrección de Cristo con los ángeles y los santos, *roguemos al Señor.*

Señor Jesucristo, Dueño supremo de la vida y de la muerte, escucha la oración de tu Iglesia, y pues la has alegrado con la esperanza de la resurrección futura concédele también los bienes que te ha pedido. Tú que vives y reinas, inmortal y glorioso, por los siglos de los siglos.

MARTES

Oremos, hermanos, al Señor y pidámosle que acuda en auxilio de aquellos que ha querido alegrar con la resurrección de su Hijo:

- 1.- Por los niños que en estos días de Pascua son incorporados a la Iglesia por el Bautismo o reciben la Confirmación y la Primera Comunión, *roguemos al Señor.*
- 2.- Por todos los hombres que se esfuerzan con el estudio o el trabajo en hacer progresar el mundo y acrecentar los bienes de la creación, *roguemos al Señor.*
- 3.- Por los que vacilan en la fe, por los que se han apartado de la senda del bien, por los que no saben descubrir a Dios en su camino, *roguemos al Señor.*
- 4.- Por nosotros mismos, por nuestros familiares y amigos, por los que nos odian a causa de la fe y por nuestros difuntos, *roguemos al Señor.*

Señor Dios nuestro, que nos concedes cada año la alegría de celebrar las fiestas pascuales, haz que el júbilo de estos días se vea acrecentado con la consecución de los bienes que te hemos pedido. *Por Cristo, nuestro Señor.*

MIÉRCOLES

Renovados en nuestra esperanza, como los discípulos que contemplaron al Señor, presentemos a Dios nuestras peticiones y pidamos que la alegría pascual se extienda al universo entero:

- 1.- Para que nuestros hermanos que han recobrado la vida cristiana por la penitencia cuaresmal perseveren en su fidelidad al Señor, *roguemos al Señor.*

- 2.- Para que cuantos se esfuerzan para que nazca un mundo nuevo sientan el gozo de ser comprendidos y ayudados por los hombres, *roguemos al Señor*.
- 3.- Para que los que ven acercarse el fin de sus días no se sientan abandonados y solos sino que experimenten la alegría de la esperanza futura, *roguemos al Señor*.
- 4.- Para que los padres y los educadores de los niños de nuestra comunidad (parroquial de...) que en estos días de Pascua han de recibir el Bautismo, la Confirmación o la Primera Comunión aseguren la perseverancia cristiana de estos niños, *roguemos al Señor*.

Escucha, Señor, las oraciones de tu Iglesia y haz que pueda alegrarse de ver realizadas sus peticiones. Por Cristo nuestro Señor.

JUEVES

Encomendemos, hermanos, a Cristo, nuestro Mediador sentado a la diestra del Padre, los deseos y las necesidades de todos los hombres:

- 1.- Para que los obispos, presbíteros y todos los que tienen la misión de anunciar la Palabra de Dios vivan sumergidos en su contemplación y se dejen guiar por esta misma Palabra que anuncian a sus hermanos, *roguemos al Señor*.
- 2.- Para que cuantos buscan sinceramente el camino de la verdad descubran en Jesucristo y en su Iglesia al Dios por el que suspiran, *roguemos al Señor*.
- 3.- Para los que en medio de sus pruebas se sienten descorazonados descubran la fuerza de Cristo viviente y vean iluminado su camino, *roguemos al Señor*.
- 4.- Para que nuestros familiares y amigos difuntos participen de la gloria del Señor resucitado, *roguemos al Señor*.

Señor Jesucristo, tú que has recibido todo poder en el cielo y en la tierra, manifiesta tu omnipotencia escuchando nuestras peticiones. Tú que vives y reinas glorioso...

VIERNES

Oremos, hermanos, a Dios Padre, fuente de toda vida y origen de todo bien, y supliquémosle que se compadezca de toda la familia humana:

- 1.- Por los recién bautizados, por los que en estos días son más plenamente incorporados a la Iglesia por la Confirmación, por los que en esta Pascua han hecho o harán la Primera Comunión: para que vivan la alegría de la vida cristiana y con su gozo den testimonio del Evangelio, *roguemos al Señor*.
- 2.- Por los que trabajan en el progreso de la ciencia y de la técnica, por los que tienen en sus manos las riquezas del mundo, por los que gobiernan las naciones: para que pongan al servicio de todos, sus logros y sus éxitos, *roguemos al Señor*.
- 3.- Por los incrédulos y los pecadores; por los que sufren en su cuerpo o en su espíritu, por los que temen la soledad y la muerte: para que lleguen a descubrir la alegría del anuncio evangélico y vean robustecida su debilidad humana, *roguemos al Señor*.
- 4.- Por nosotros mismos y por nuestros familiares, amigos y conocidos: para que Cristo el Señor que quiso sufrir por nosotros el martirio de la cruz, convierta en gozo todos nuestros dolores y sufrimientos, *roguemos al Señor*.

Señor Jesús, tú que al manifestarte después de la resurrección diste a tus discípulos la alegría y la paz, a nosotros que confesarnos tu resurrección

danos también el gozo de ver realizadas nuestras peticiones. Tú que vives y reinas inmortal y glorioso, por los siglos de los siglos.

SABADO

Siguiendo el ejemplo de la primera comunidad cristiana que tenía un solo corazón y una sola alma y ponían en común todos sus bienes, presentemos al Señor los unos las necesidades de los otros y oremos por todos los hombres.

- 1.- Por todos los contemplativos de la Iglesia de Oriente y de Occidente: que sean plenamente fieles a su vocación y que su experiencia de Dios ilumine la fe de todos los fieles, *roguemos al Señor.*
- 2.- Por cuantos en el mundo se esfuerzan en encontrar un sentido a la vida: para que descubran la presencia de Dios entre los hombres y se alegren experimentando que el Señor esté cerca de ellos, *roguemos al Señor.*
- 3.- Por los que se ven cercanos a la muerte y por los agonizantes: para que la gloria de Cristo resucitado les dé valor y alegría en su estado de vida, *roguemos al Señor.*
- 4.- Por los niños de nuestra comunidad parroquial... que se preparan para su Primera Comunión: para que se abran progresivamente a la fe cristiana que renovarán, y penetren los sacramentos que empezarán a recibir, *roguemos al Señor.*

Concédenos, Señor todopoderoso, los bienes que te hemos pedido, para que, ayudados con estos auxilios temporales, avancemos con mayor confianza hacia los bienes eternos. Por Cristo nuestro Señor.

ACCION DE GRACIAS

Te damos gracias, Padre,
por la obra de tus maravillas.

No sabemos muy bien por qué, pero, por medio de Jesús, que estaba muerto y que ahora vive,

gracias a la fuerza de tu Espíritu de vida, nosotros hemos sido llevados a las cercanías de tu corazón de Dios.

No podíamos imaginarnos que fueras así, Padre, ni que tu corazón se dilatara tanto que hiciera estallar la noche en día.

Gracias, Padre,

por tu Hijo, vivo y presente entre nosotros. Con El y por El,

nosotros, y toda la creación por nuestra voz, podemos llegar hasta ti para cantarte: Santo (*u otro canto*).

SEGUNDA SEMANA DE PASCUA

(El relato evangélico de este domingo es común en los tres ciclos)

Es más fácil cantar el misterio de la Pascua que entrar en el misterio pascual. Es más fácil hablar de la resurrección que creer en la resurrección.

Tomás representa hoy todas las dudas de los creyentes y de los no creyentes ante el hecho del Cristo victorioso. La comunidad "cerrada" (con las puertas cerradas) sobre sí misma es imagen de los miedos que habitan y que viven muchos creyentes hoy.

Hoy tenemos miedo a muchas cosas, entre otras, a nuestro mismo mundo, a la cultura que nos rodea. No estamos muy convencidos de que lo nuestro, nuestro credo,

sea fuente de vida y de alegría. Parece que están más alegres los que no creen y sólo se preocupan en "pasarla bien" que los que nos llamamos bautizados.

Es el mismo Resucitado el que tiene que venir en ayuda de los miedosos y dejarles el regalo de su Espíritu. Sólo así logran salir de su escondite.

No creemos suficientemente en el Señor cuando tenemos miedo, cuando los miedos nos paralizan, cuando por miedo dejamos de anunciar lo que creemos, cuando el miedo nos hace dudar. Hoy, como a Tomás, el Señor nos hace una invitación a creer en El, a reconocer los signos de su presencia en el mundo. Hoy, también a nosotros, se nos dan señales suficientes como para decir: ¡Señor mío y Dios mío!.

Esta semana pascual puede ser una semana de *revisión sobre nuestra propia fe*, el tema central de reflexiones o de invitaciones, así como de carteles y murales, tendría que ser *sobre la fe*.

Imaginar la situación de *duda* y las *dudas* que muchos creyentes tienen en nuestros días. No basta estar con los compañeros de la resurrección para que yo pueda decir mi propio credo. Tomás es compañero de los que creen, pero él tiene dificultad de creer. Nadie pronuncia por otro la palabra credo. Esta es absolutamente personal.

MATERIALES

En hojas parroquiales o donde sea, se puede dar una lista de libros sobre la fe, orientar sobre posibles lecturas, programar una mesa redonda o una reunión comunitaria para compartir la fe: cómo creemos, qué dificultades mayores tenemos hoy para creer, qué dudas nos asaltan...

Si yo no veo..., si yo no toco», hombres de poca fe, hombres de dura cerviz, nos sentimos reflejados en Tomás: Si yo no veo, si yo no toco... lo más normal es poner "condiciones," a Dios para creer y para aceptarlo. Ahora el creyente o el que quiere abrirse al Dios vivo sólo dispone de la Iglesia para tener un testimonio personal y directo de fe. Tomás no niega tanto a Dios como a la comunidad. La actitud de los no-creyentes es la gran provocación que los creyentes tenemos. Es la duda y la pregunta de los otros las que hoy exigen y piden más coherencia a los creyentes.

Pero no toda la reflexión la podemos centrar en la duda de Tomás. El evangelio de este domingo nos presenta otras facetas muy importantes: *Paz, Misión, Espíritu*.

El Resucitado nos deja su paz, con la que se presenta ante los suyos para que le reconozcan. No hay otra contraseña para reconocer al Señor que la paz.

El Resucitado nos deja también un envío, una misión: "Como el Padre me ha enviado, así yo os envío". Los discípulos seremos los continuadores de la tarea emprendida por El mismo.

El Resucitado nos deja, además, el Espíritu. Desde ahora el Espíritu será la fuente verdadera de donde procede todo don.

Son la paz, el envío y el Espíritu los que desde ahora van a posibilitar a los incrédulos, como Tomás, reconocer al Dios vivo.

Esta semana segunda y la tercera, los relatos evangélicos se centran en los sacramentos de la iniciación. Son una relectura del bautismo, confirmación y eucaristía, sacramentos que el catecúmeno acaba de recibir o van recibiendo.

ORACIONES

Dichosos
 Dichoso el que cree sin ver.
 Dichoso el que confía y mete sus dedos en las llagas de la Iglesia.
 Dichoso al que su duda le hace caminar hacia el Señor.
 Dichoso el que duda sin negar.
 Dichoso el que espera el día de la fe.
 Dichoso el que duda, sin apartarse de los que creen.
 Dichoso el que sabe reconocer su culpa.
 Dichoso el que sabe pronunciar: "Señor mío y Dios mío".

**ACTO
PENITENCIAL**

- A** * Nuestros miedos nos hacen encerrarnos sin ser testimonios del evangelio: **Señor, ten piedad.**
 * Nuestros miedos nos hacen dudar y añorar aquello mismo que renunciamos el día del bautismo: **Cristo, ten piedad.**
 * Nuestros miedos nos esclavizan y nos quitan la paz: **Señor, ten piedad.**
- Señor, tu Iglesia, siente la pesadez de su pecado y, en ocasiones, no se atreve a decir: "Ven, descubre en mí la presencia del Señor resucitado". Señor, ten piedad.
- Señor, somos una Iglesia llamada a la santidad, pero reconocemos que ella misma es pecadora. Cristo, ten piedad.
- Concede tu paz y tu perdón a tus hijos, congregados para la oración y la celebración, e infúndenlos el Espíritu de tu Hijo por el que podemos confesar que vives por los siglos. Señor, ten piedad.
- B** * Nuestra fe tiembla: **Señor, ten piedad.**
 * Nuestras manos lo quieren palpar todo: **Cristo, ten piedad.**
 * Nuestro corazón se hace duro: **Señor, ten piedad.**
- C** * Señor mío y Dios mío: ten piedad de nosotros, pecadores,
 * Señor mío y Dios mío: ten piedad de nosotros, inseguros.
 * Señor mío y Dios mío, ten piedad de nosotros, cobardes.

ALABANZA

Alabado sea Dios, por la victoria de Jesús, su Hijo. Alabado sea Dios, en la sabiduría de la cruz.

Alabado sea Dios, en la fuerza de la debilidad. Alabado sea Dios, en la alegría de ser pobres. Alabado sea Dios, en la paz de los sencillos.

Alabado sea Dios, en el amor a los enemigos.

Alabado sea Dios, en los que construyen la paz. Alabado sea Dios, en los que superan el miedo.

Alabado sea Dios, en los que hacen la verdad sobre la mentira. Alabado sea Dios, en los que caminan con esperanza. Alabado sea Dios, en los que dudan y buscan.

Alabado sea Dios, en los que anuncian tu mensaje de victoria.

Alabado sea Dios, en los que Alabado sea Dios, en los que de paz a nuestro mundo.

Alabado sea Dios, en los que Alabado sea Dios, en su Hijo, el Resucitado de entre los muertos.

EN EL CAMINO DE LA VIDA

Las palabras encienden el corazón, pero los gestos desvelan la realidad de manera más fuerte e inequívoca. Más aún, sólo se dan cuenta de que el corazón les ardía, después de vivir los gestos que desvelan. Mientras tanto, el corazón ardía, pero no lo sentían.

Una llamada a los que creemos en la resurrección de Jesús para que nuestra vida de resucitados haga gestos, y no sólo pronuncie palabras.

En el camino de la vida nos acontece que muchas veces vamos cabizbajos. Vamos de vuelta, hacia donde no hay nada. Vamos de vuelta, hacia donde no está la verdad. Vamos de vuelta, estamos de vuelta... Estar de vuelta es, la mayor parte de las veces, ser incrédulos... Nos las sabemos todas tan bien, que ya no creemos en nada y en nadie. Estar de vuelta es apartarse, alejarse de la verdad. No hay verdad para los que están de vuelta. No hay verdad de palabras. Pero hay verdad de cercanía, de gestos. Sí, para los que están de vuelta sólo vale una cosa: ir con ellos y, ante ellos, ser testigos de la verdad, por los gestos.

TERCERA SEMANA DE PASCUA

CICLO A

Esta tercera semana está marcada por las *dificultades* que el creyente experimenta para encontrar al Señor vivo y presente. Los evangelios del domingo en cualquiera de sus ciclos nos presentan ya estas dificultades. Durante la semana, el capítulo sexto de Juan, relata la confrontación entre Jesús y la muchedumbre, después de la multiplicación del pan. El acto de fe en el Resucitado pasa por un momento de *escándalo* que no podemos ahorrar. El momento de escándalo es también momento de plenitud de fe.

Los gestos de Jesús pueden seducir, suscitar admiración. Pero una cosa queda clara: Dios no es un Dios que sacie el hambre del hombre sin más. La imagen de Dios que el hombre se hace es demasiado pequeña. *Sólo quien emprende el camino de la conversión y se abre a lo inesperado de Dios está en la verdad. El Dios de la pascua es el Dios de la muerte y resurrección. El escándalo de la cruz es inherente al Dios vivo. Hay que dejarse escandalizar para poder decir de verdad: «creo».*

"Es el Señor" es una frase propia de esta semana. Los apóstoles pronuncian la frase porque saben leer entre líneas los signos de Dios presente en medio de ellos. Una de las tareas más importantes y urgentes de los testigos de la resurrección es *ayudar* a los otros a reconocer las obras del Dios vivo.

Es posible que los otros no lo vean, si a su lado no hay testigos finos que reconocen y gritan: "Es el Señor".

MATERIALES

Una pregunta para la reflexión y el diálogo en grupos: ¿Cómo descubrimos hoy la presencia del Señor? ¿Qué signos tenemos en la comunidad para poder decir: "Es el Señor,"? ¿Qué signos están en nuestro mundo que nos llevan a gritar: "Es el Señor"? No basta saber de memoria las Escrituras. Los de Emaús se las sabían de memoria, pero con las solas Escrituras no es suficiente; hoy nos es preciso el calor de los creyentes que las han asimilado y que nos encienden el corazón y nos iluminan la coherencia interna que en ellas hay; pero, sobre todo, que *realizan* en la vida los signos de vida que el Maestro nos enseñó. Sin estos signos, no es posible ver y entender.

SUPLICA

Señor Dios, tu Hijo Jesús, el Resucitado de entre los muertos, no es de esta tierra ni de este tiempo, pero veladamente
 El está siempre a nuestro lado,
 marchando muy cerca de nosotros, por nuestros mismos caminos.
 Te pedimos,
 que nos des fuerza y sensibilidad para reconocerlo cada vez que el amor germina y crece en el corazón de los hombres.
 Te lo pedimos a Ti, que eres Dios vivo,
 desde siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

**ACTO
PENITENCIAL**

- A**
- * Sabemos cosas de Ti, pero no entendemos las Escrituras: **Señor, ten piedad.**
 - * Vas a nuestro lado, pero nosotros vamos ocupados en lo nuestro y no te reconocemos: **Cristo, ten piedad.**
 - * Nos faltan ojos para reconocer los signos de tu presencia: **Señor, ten piedad.**
- B**
- * Danos docilidad a tus llamadas: **Señor ten piedad.**
 - * Apártanos de los caminos de la mentira: **Cristo ten piedad.**
 - * Haznos caminar por la verdad y en la verdad: **Señor ten piedad.**

PETICIONES

Señor, Tú eres el Pan de vida: danos tu pan.
 Señor, Tú eres Señor de la vida: llénanos de vida. Señor, Tú eres roca fuerte: danos consistencia.
 Señor, Tú eres presencia escondida: ábrenos los ojos. Señor, Tú eres príncipe de la paz: concédenos tu paz.

Yo soy la puerta

Jesús se define como la puerta de las ovejas. El es el camino único por donde pasa el rebaño constituido en la Pascua, el pueblo elegido. Jesús es puerta, es paso y es pasaje, es Pascua; ha pasado de la muerte a la vida, del mundo hacia el reino. Jesús es puerta que deja entrar y salir.

Jesús se proclama "pastor" y "puerta". No son títulos ambiciosos. Son, sobre todo, títulos-imagen. Importa más la imagen que el título mismo. Una imagen que nos lleva a una relación-comunicación. No trata Jesús de "asaltar" la intimidad de nadie. Pero si alguien quiere llegar a la intimidad de Dios, no tiene más remedio que entrar y pasar por la puerta, por Aquel que ya ha pasado antes de la muerte a la vida.

**CUARTA
SEMANA DE
PASCUA****CICLO A**

Esta semana cuarta de pascua es el "ecuador" de la Pascua. El miércoles de la semana es exactamente la mitad de los cincuenta días. Desde el jueves comienza la liturgia a proponernos el evangelio de Juan, el discurso de despedida. Todo se orienta, pausadamente, hacia la consideración del envío del Espíritu, Pentecostés.

Es LA JORNADA MUNDIAL DE ORACION POR LAS VOCACIONES CONSAGRADAS, Sacerdotales y religiosas. Conviene no desvirtuar el sentido de la voz del Pastor. Este llama a *todos* a seguirle. Dentro de los que le siguen en la comunidad de los bautizados, hay algunos que son convocados para un seguimiento más absoluto: ya sea para el ministerio dentro de la Iglesia (llamada que tendrá que

completarse por la aprobación del Obispo); ya sea para una vida en comunión, por la profesión de los consejos evangélicos; ya sea llamada para otros servicios dentro de la vida religiosa o en otras instituciones.

SUGERENCIAS

¿Cómo reconozco la voz de Dios? ¿Cómo sé que me llama? ¿Cómo llama Dios? Son preguntas que podemos escuchar con frecuencia, sobre todo a jóvenes. No estará de más que, durante esta semana, en la predicación y en los encuentros celebrativos, los pastores indiquen a los fieles los modos que Dios tiene de hablar, las condiciones necesarias para reconocer la voz de Dios que necesita el "oyente", de Dios.

Un error a aclarar: Dios no está callado porque ahora no sienta yo nada. Dios no ha abandonado al creyente porque ahora, no le sienta con la misma fuerza de antes. Pablo diría a sus creyentes: "Cuando erais niños, os daba alimento de niños. Ahora que vais creciendo, os doy alimento de adultos". Eso es lo que el Señor hace con los suyos.

Si siempre es importante la posibilidad de compartir con alguien, de tener un acompañante que nos adiestre en los caminos de la vida del Espíritu, durante este tiempo se debería intensificar. Además, está próxima la celebración del sacramento de la confirmación, a la primera eucaristía... Pasos, todos ellos, que piden un momento de reflexión personal y de descubrimiento de cuál es la voluntad de Dios sobre la persona.

ACTO PENITENCIAL

- A** * Nuestras preocupaciones nos impiden escuchar tu voz: **Señor, ten piedad.**
 * Nuestras voces apagan tu voz: **Cristo, ten piedad.**
 * Nuestros egoísmos nos confunden y llamamos "cosas de Dios" a lo que es nada más que gustos propios: **Señor, ten piedad.**
- B** * ¿Algo más duro que el corazón del hombre? **Señor, ten piedad.**
 * ¿Cómo pedirte perdón si nos cuesta tanto perdonar y acoger al hermano? **Cristo, ten piedad.**
 * Pero por tu bondad, Señor, no por nuestros méritos, ni por nuestro corazón arrepentido del todo, **Señor, ten piedad.**
- C** * Señor, aceptarte a Ti es andar en la luz. Pero hay luces de muchas intensidades. Somos invitados a la luz sin ocaso y sin límites... Y, sin embargo, Tú sabes muy bien que nos cuesta caminar en la luz. **¡Señor, ten piedad!**
 * Somos invitados a pasar de conocidos a amigos; de amigos a íntimos, pero nos cuesta dar pasos de intimidad. Tenemos miedo a la intimidad contigo. **¡Cristo, ten piedad!**
 * Tenemos reparo de descubrir toda nuestra noche. Que tu luz nos haga ver nuestra tiniebla. **¡Señor, ten piedad!**
- D** * ¿Quién soy yo para que te fijes en mí y me quieras? **¡Señor, ten piedad!**
 * ¿Quién soy yo para que me llames por el nombre y me invites a conocer tus secretos de Dios? **¡Cristo, ten piedad!**
 * ¿Quién soy yo para que te dignes entrar en mi morada? **¡Señor, ten piedad!**

SUPLICA

Desde la ceguera de mi vida,
desde la aridez de mi soledad,
desde las voces de mi egoísmo, desde la pobreza de mi confusión, Señor, yo te llamo
y pronuncio tu nombre. Señor, yo me callo
para escuchar tu palabra.
Señor, quiero entrar por tu puerta, y habitar en tu casa por días sin término
y aprender los secretos
que compartes con los que te siguen
Señor,
con voz de esperanza escucho mi nombre, pronunciado por Ti, Señor,
con voz de mendigo, pronuncio tu nombre. Quisiera, Señor,
que todo estuviera muy claro, que todo fuera comprensible, pero contigo, Señor,
el misterio está presente. Delante de Ti, sólo se está con ojos de fe.

**ACCION DE
GRACIAS**

Te damos gracias, Padre
porque eres el amor y la vida, el Buen Pastor.
Sin nombrarte o reconociendo tu nombre, todos los hombres te buscan.
También te buscamos nosotros, cuando escuchamos tu voz y te seguimos.
Te bendecimos, porque el Espíritu, que todos llevamos dentro,
nos impulsa a reconocer tu palabra y tu obra en las encrucijadas de la vida, allí donde
hermanos nuestros
trabajan por la verdad, la justicia, la libertad. En el fondo de nosotros mismos sentimos
una llamada a la vida, a la bondad, a la sinceridad.
Es el eco de tu voz que resuena
en lo más profundo de cada ser humano.
Con la inmensa muchedumbre de los que siguen la voz de tu Hijo Jesús,
nosotros cantamos un himno de alegría:

(se puede escoger un canto apropiado...)

Quién es Dios

Una pregunta que tantos hombres y mujeres se han hecho a lo largo de la historia:
¿Quién es Dios? Para muchos Dios no es otra cosa más que la prolongación de sus
sueños, de lo que desean ser y no logran jamás ser.

En un momento, la persona de Jesús obstaculiza la visión del Padre. Felipe dice
a Jesús: Muéstranos al Padre. Jesús le responde: " ¿Tanto tiempo con vosotros y aún
no me conoces y aún no conoces que el Padre y yo somos una misma cosa y aún
no conoces que, quien me ha visto a mí, ha visto al Padre...? ".

Es la ausencia de Jesús lo que va a permitir a los discípulos la plenitud de la verdad
que El es. En definitiva, estamos ante una experiencia humana corriente: es preciso
tomar distancia de las cosas, de las personas, para poder, entenderlas en toda plenitud,
para poder ir más allá de las apariencias. Hay ausencias, que por dolorosas que sean,
son esenciales para descubrir la verdad.

QUINTA SEMANA DE PASCUA

CICLO A

En esta semana entramos de lleno en la perspectiva del acontecimiento de Pentecostés. En los días feriales, la lectura continua se toma del discurso de despedida de Jesús, según el evangelio de Juan. El hecho pascual queda un poco atrás y se mira sobre todo el acontecimiento de Pentecostés. Es preciso hacer un esfuerzo para que no se cree división o dicotomía dentro del pueblo cristiano: es un único acontecimiento.

Muy posiblemente, la actividad pastoral está centrada en los finales de catequesis (*comunión, confirmación*) y menos en el hecho pascual. Pero esto mismo puede ser un elemento importante y sugerente dentro de la comunidad. Son realidades que están hablando de la Iglesia, de su crecimiento, de la fuerza del Espíritu en ella, de la vitalidad renovada que se da, con más o menos fuerza, en su seno hoy.

MATERIALES

Es el momento de empezar a hacer breves moniciones (*catequesis*) sobre dos temas que salen con frecuencia en la plegaria eucarística: la presencia del Espíritu, la referencia al Espíritu en los momentos importantes, y la preocupación por la Iglesia, por su unidad. De la misma manera que proclamamos en el tiempo pascual la "historia" de la primera Iglesia, los "Hechos de los Apóstoles" tenemos que redescubrir la presencia y preocupación por la Iglesia cuando ésta se reúne a celebrar lo que Jesucristo nos enseñó y mandó hacer.

Esta semana y las siguientes deberían tomar un matiz de ánimo, de aliento, de vivificación de la esperanza en todos los miembros de la comunidad. Vivir en la Iglesia es vivir la experiencia pascual en toda profundidad. Más allá de las manchas de los que formamos la Iglesia, está la realidad eclesial siempre rica y desbordante de contenido. Los mismos hechos que acontecen en la comunidad tienen que ser una llamada a redescubrir la vitalidad de la propia comunidad, a dar a conocer, ante los demás, el potencial de hombres y mujeres que, a lo largo del año, han estado construyendo la Iglesia.

ACTO PENITENCIAL

(Se presentan varios modelos para escoger en estas semanas)

- 1 - No creemos suficientemente en la resurrección, y vivimos como si la finalidad de nuestra vida fuera la tierra. **Señor, ten piedad.**
 - Nos afectan demasiado las dificultades, las tristezas, las desilusiones, hasta nos paralizan. **Cristo, ten piedad.**
 - No descubrimos la luz que viene de la Palabra. **Señor, ten piedad.**
- 2 - Bautizados en el nombre del Señor Jesús, nos cuesta seguirle: **Señor, ten piedad.**
 - Bautizados en el nombre del Señor Jesús, nos cuesta reconocerlo: **Cristo, ten piedad.**
 - Bautizados en el nombre del Señor Jesús, nos cuesta apartarnos de nuestra vida anterior, de nuestros pecados: **Señor, ten piedad.**
- 3 - Nos llamas por nuestro nombre, pero no te reconocemos: **Señor, ten piedad.**
 - Te buscamos para sentirte, no para seguirte: **Cristo, ten piedad**
 - Nos mandas a los hermanos, y nos quedamos en nosotros mismos: **Señor, ten piedad.**

ACTO PENITENCIAL

En tu presencia, Señor, nos reconocemos pecadores, sabemos que no tenemos ningún derecho;
si no fuera por la abundancia de amor que Tú tienes, nosotros estaríamos perdidos en las tinieblas, con los ídolos que nuestras manos fabrican. Pero ya que nos admites,
y quieres hacer de nosotros seres llenos de la vida de tu Hijo, nosotros te suplicamos:

Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad; Señor, ten piedad.

PETICIONES

Que todos los hombres te den gracias.

Que todos canten tu nombre por siempre. Haznos artesanos de la paz.
Haznos constructores de fraternidad.
Envía tu Espíritu sobre la Iglesia entera.
Envía tu Espíritu sobre nuestra comunidad de...(...)
Confírmanos en la fe.
Confírmanos en la esperanza. Confírmanos en la caridad.

ACCION DE GRACIAS

Te damos gracias, Dios Padre,
por el amor que tienes a los hombres.
Tu amor es un amor que no se vuelve atrás, es fuente de vida siempre.
Te damos gracias porque, en medio de nuestros egoísmos, tu voz ha sonado, por Jesucristo, tu Hijo, en medio de nosotros
y nos invitas continuamente a vivir en el amor,
a iniciar una manera nueva de existencia. Con todos los que aman, a pesar de todo,
con todos los que perdonan, a pesar de todo,
con todos los que llaman al otro: "hermano", a pesar de todo, nosotros unimos nuestras voces para cantar y proclamar:

(a elección...)

*Más allá
de la distancia*

Nos preguntamos con frecuencia sobre el sentido del amor, si éste tiene final. Nos resistimos a poner final a algo tan sagrado como el amor. Y más de una persona experimenta que su vida deja de tener sentido cuando falta la persona amada.

Jesús de Nazaret, reunido con los suyos, experimenta también esta realidad. Pero la vive de otra manera. Sabe que el amor no pasa. Más aún, sabe que hay ocasiones en que sólo descubrimos la verdadera dimensión del otro cuando éste falta. Hay distancias que más que borrar a la persona querida le dan plena y total realidad.

**SEXTA
SEMANA DE
PASCUA**

En esta semana se acentúa la perspectiva de Pentecostés. Tanto las lecturas de la celebración eucarística del domingo como de los días feriales nos sumergen en un contexto de despedida, de envío del Espíritu.

Por estas fechas muchos acontecimientos se suelen dar: primeras comuniones, confirmaciones, fiestas de despedida de actividades, celebraciones civiles, salidas hacia la naturaleza (balnearios, ofrecimiento de flores...). La predicación tiene que tener en cuenta la realidad que vive la comunidad. Pero, al mismo tiempo, debe ser fiel a la Palabra. Y esto no sólo el día de domingo, sino durante toda la semana.

Aunque en enero hemos celebrado la semana por la unidad de los cristianos, la verdadera semana de la unidad y de oración por la unidad es ahora. Que no falte en la oración, en los actos penitenciales; en una palabra, que ayude a comprender el ecumenismo iniciado en el Concilio.

MATERIALES

La proximidad de Pentecostés tiene que notarse. En algunos sitios sigue en pie la novena del Espíritu Santo, que comenzaría el jueves de la semana sexta. Queda un poco desdibujada porque, entre nosotros, la Ascensión se celebra el domingo séptimo de pascua. De todas formas, merece la pena que se haga algo para preparar al pueblo fiel a la solemnidad de Pentecostés, culmen y final de la Pascua.

Difícilmente entenderán los fieles que estamos ante un acontecimiento grande de la salvación si no ven signos de preparación, de anuncio. Convendrá tener algún gesto que recuerde e invite a la preparación: oraciones, celebraciones, insistencia en recalcar la presencia del Espíritu en la plegaria eucarística.

El día del bautismo fuimos introducidos en la corriente de agua que lava todo pecado y que nos lleva a las corrientes de agua de vida eterna. En la noche pascual renovamos nuestras promesas bautismales y prometimos vivir en una vida nueva, según el evangelio y la vida de Jesús. En aquella noche santa fuimos rociados con el agua bendita que recordaba nuestro bautismo. Que Dios, rico en misericordia, nos conceda un verdadero arrepentimiento de nuestros pecados y nos llene de su Espíritu para mantenernos fieles a las promesas bautismales.

ASPERSION

*(En lugar del acto
penitencial
de la eucaristía)*

(Se pasa asperjando al pueblo).

Que Dios todopoderoso nos purifique de todo pecado, nos libre de todo miedo y nos dé fuerzas para mantenernos fieles en el mandato nuevo del amor fraterno. Amén.

Somos muchos los que te invocamos como Padre. A pesar de todo, seguimos separados,

incapaces de ser hermanos plenamente. Tratamos de hablar una misma lengua, pero estamos llenos de nosotros mismos,

de nuestra manera de entender las Escrituras. Que tu Palabra, Señor, habite en nosotros y que tu Espíritu nos dé una sola lengua, un solo corazón para invocarle desde una misma Iglesia común. Amén.

Roguemos por la Iglesia:

Por los pastores y profetas,

por los sabios y los sencillos

para que no cesemos de ir hacia la unidad.

ORACION POR LA UNIDAD

Roguemos por la unidad de los cristianos: Que escuchemos la voz del Espíritu, que hablemos una sola lengua común, que busquemos la fidelidad y no las excusas. Que el pueblo de Dios deje sus divisiones, que no nos atrincheremos en señalar los defectos, que seamos dóciles a la voz del Señor.

ACCION DE GRACIAS

Te damos gracias y te bendecimos, Señor, por el amor que nos tienes, por la entrega con la que tu Hijo Jesús nos ha demostrado el amor que nos tenía. El no se volvió atrás en el momento decisivo y nos amó hasta el extremo. El mismo nos ha dado un mandato nuevo de amarnos como El nos amó. Así nuestra vida entera se renueva cada día.

Hoy, al celebrar tu nombre, reconocemos nuestros límites y nuestro egoísmo, que nos lleva a encerrarnos en nosotros mismos y a levantar separaciones y divisiones. Pero, dóciles a la fuerza de tu Espíritu, caminamos hacia la unidad, resurgiendo siempre del aislamiento hacia un horizonte de fraternidad y de unidad. Con todos los que caminan hacia Ti proclamamos sin cesar:

(canto a elección...)

LA ASCENSION

ULTIMA SEMANA

ACTO PENITENCIAL

LUNES

Hermanos. Por la resurrección de Jesús, Dios nos ha adquirido como pueblo suyo y nos llama a salir de la tiniebla del pecado y a entrar en su luz maravillosa. Acudamos, pues, confiados a él:

- Padre Santo, que has enviado al Espíritu Santo que procede de Jesús, tu Hijo: cura en nosotros la tristeza del pecado. *Señor, ten piedad.*
- Hijo del Padre, envíanos tu Espíritu de amor y haz que destruya en nosotros todo pecado. *Cristo, ten piedad.*
- Espíritu Santo, ven a habitar en nosotros y danos tu fuerza para que sepamos abandonar nuestra vida de pecado. *Señor, ten piedad.*

MARTES

A Cristo, que nos ha amado y nos ha librado de nuestros pecados por su sangre, pidámosle que se compadezca de nosotros y borre nuestras iniquidades:

- Renueva, Señor, con tu Espíritu la faz de la tierra. Señor, ten piedad.
- Infúndenos tu Espíritu, Señor, que es el perdón de nuestros pecados. Cristo, ten piedad.
- Señor, aleja de nosotros, con la luz del Espíritu Santo, las tinieblas del pecado. *Señor, ten piedad.*

MIÉRCOLES

Pidamos, hermanos, al Señor, que su Espíritu Santo nos purifique de toda falta para que nuestra celebración sea agradable a los ojos de Dios.

- Por tu Espíritu Santo sana, Señor, nuestros corazones enfermos. *Señor, ten piedad.*
- Por tu Espíritu Santo lava, Señor, las manchas de nuestra alma. *Cristo, ten piedad.*
- Por tu Espíritu Santo endereza, Señor, nuestros caminos torcidos. *Señor, ten piedad.*

JUEVES

Acudamos a Cristo, nuestro abogado ante el Padre, que infundió a los apóstoles el Espíritu Santo para el perdón de los pecados, y supliquémosle que tenga piedad de nosotros:

- Oh Cristo que, exaltado en la cruz, quisiste que de tu costado brotara el agua, viva, envíanos tu Espíritu que es el perdón de los pecados. *Señor, ten piedad.*
- Oh Cristo que, exaltado a la derecha del Padre, derramaste el Espíritu Santo sobre tus discípulos, envíanos este mismo Espíritu para que renueve nuestras vidas. *Cristo, ten piedad.*
- Oh Cristo, que quieres que la tierra arda con el fuego del Paráclito, envía tu Espíritu Santo para que renueve la faz de la tierra. *Señor, ten piedad.*

VIERNES

Hermanos, pidamos al Señor todopoderoso y lleno de misericordia, que por la muerte y resurrección de su Hijo ha redimido el género humano y con su Espíritu Santo vivifica la Iglesia, que acoja ahora con misericordia a los que imploramos su perdón.

- Padre todopoderoso, que infundiste tu aliento en el rostro de Adán para darle vida, envía tu Espíritu sobre nosotros para que, perdonados nuestros pecados, alcancemos la vida nueva. *Señor, ten piedad.*
- Señor resucitado, de quien procede el Espíritu de vida, envíanos este Espíritu para que con su luz aleje de nosotros las tinieblas del pecado. *Cristo, ten piedad.*
- Espíritu de Santidad, que conduces a los hombres por el camino de la vida, haz que nos alejemos de las sendas del pecado. *Señor, ten piedad.*

SÁBADO

Acudamos al Padre misericordioso que, por la muerte y resurrección de su Hijo, reconcilió el mundo consigo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados y pidámosle que nos conceda el perdón y la paz:

- Envíanos, Señor, la luz del Espíritu Santo para que nuestros ojos descubran el mal que hemos hecho.

Señor, ten piedad.

- Envíanos, Señor, la fuerza del Espíritu Santo para que nuestros corazones se conviertan de sus sendas torcidas.

Cristo, ten piedad.

- Envíanos, Señor, la gracia del Espíritu Santo para que sean perdonados nuestros pecados.

Señor, ten piedad.

ORACION UNIVERSAL

LUNES

Oremos al Espíritu que escudriña nuestros corazones y sabe cuáles son las verdaderas necesidades de los hombres:

- 1.- Para que la Iglesia, Esposa de Sangre de Jesucristo, radiante de belleza y llena de esperanza, siga a Jesucristo, que con la cruz en alto como un cetro, abre victorioso las puertas del paraíso, *roguemos al Señor.*
- 2.- Para que las débiles esperanzas de los hombres se vean fortalecidas al contemplar que el Hijo más hermoso de la tierra ha regresado coronado de triunfo después de su partida, *roguemos al Señor.*
- 3.- Para que Cristo, que ha subido victorioso del sepulcro, lleve consigo a los que aún se sienten cautivos de los sufrimientos o del pecado e infundiéndoles esperanza convierta en gozo sus lágrimas y sus angustias, *roguemos al Señor.*
- 4.- Para que el Espíritu del Señor ilumine con su claridad nuestros sentidos, ahuyente nuestras tibiezas y fortalezca nuestras debilidades, *roguemos al Señor.*

Escucha, Señor, nuestras peticiones y envía sobre la Iglesia a tu Espíritu Santo para que haciendo morada en nosotros nos convierta en aquel templo en que tú escuchas nuestras oraciones. Por Jesucristo nuestro Señor.

MARTES

Oremos, hermanos, al Espíritu Santo que habita en nuestros corazones y nos hace templos de la presencia de Dios:

- 1.- Para que el Resucitado envíe incesantemente sobre la Iglesia a su Espíritu para que en él encuentre descanso en el trabajo y gozo en las dificultades, *roguemos al Señor.*
- 2.- Para que Dios ilumine con su Espíritu Santo a los que sufren persecución por su nombre, para que sepan responder con sabiduría ante sus perseguidores, *roguemos al Señor.*
- 3.- Para que los pobres, los enfermos, los emigrantes, los perseguidos y cuantos se sienten descorazonados reciban fuerza del Espíritu Santo de Dios, *roguemos al Señor.*
- 4.- Para que el Resucitado nos haga abundar en su Espíritu Santo a fin de que progreseemos en la fe y lleguemos a penetrar en toda la verdad que Cristo nuestro Maestro nos reveló, *roguemos al Señor.*

Oh Dios que santificas a tu Iglesia, con la fuerza del Espíritu Santo: escucha nuestras oraciones y haz que en nosotros abunden y fructifiquen los dones de tu misterio pascual. Por Cristo nuestro Señor.

MIÉRCOLES

Oremos, hermanos, a Jesús, sentado a la derecha del Padre, y pidámosle que nos envíe a su Espíritu Santo tal como él mismo nos lo prometió:

- 1.- Para que cuando los fieles se vean agitados por el oleaje de las tempestades de este mundo o acongojados ante las debilidades de sus hermanos contemplen con fe a Cristo que victorioso en la orilla de su reino ha anclado ya la salvación universal, *roguemos al Señor.*
- 2.- Para que Cristo que ha vencido en el combate de la Cruz y reina ahora junto al Padre se compadezca de quienes en el mundo necesitan aún la ayuda de la

esperanza y el empuje de la fe y envíe sobre ellos la abundancia del Espíritu Santo, *roguemos al Señor*.

3.- Para que el Espíritu del Señor llene el vacío que sienten los hombres y con su luz alumbre las tinieblas de quienes no saben por dónde discurre su vida, *roguemos al Señor*.

4.- Para que el Espíritu Santo nos mande desde el cielo sus dones espléndidos y penetre nuestras almas de suavidad y de consuelo, *roguemos al Señor*.

Señor Dios, que diste a los apóstoles el Espíritu Santo, atiende a nuestras súplicas y haz que se realice lo que nuestras plegarias te han pedido. Por Cristo nuestro Señor.

JUEVES

Oremos confiados al Señor que ha subido a la derecha del Padre y pidámosle por las necesidades de todos los hombres:

1.- Para que la Iglesia reciba con abundancia los dones del Espíritu Santo y sea revestido con su fuerza, *roguemos al Señor*.

2.- Para que el reino de Cristo, que ha subido al cielo entre aclamaciones, se extienda a los pueblos que desconocen aún el evangelio, *roguemos al Señor*.

3.- Para que los que sufren persecución a causa del nombre de Cristo sepan responder con la sabiduría del Espíritu Santo a sus perseguidores, *roguemos al Señor*.

4.- Para que el Espíritu Santo nos haga prudentes como la serpiente y sencillos como la paloma, *roguemos al Señor*.

Escucha, Señor, la oración de tu pueblo y envíanos tu auxilio desde el Santuario: que el Espíritu Santo cumpla los deseos de nuestro corazón a fin de que podamos alegrarnos reconociendo que nos has escuchado desde tu santo cielo. Por Jesucristo nuestro Señor.

VIERNES

Que el Espíritu Santo que escudriña lo oculto de nuestros corazones y sabe cuáles son las necesidades de los hombres ore en nosotros y, con sus gemidos inefables, dé eficacia a nuestra oración.

1.- Para que el Señor se acuerde de la Iglesia, pueblo adquirido con su sangre preciosa, y no permita que sus fieles contrasten al Espíritu Santo que mora en ella, *roguemos al Señor*.

2.- Para que los que rigen los destinos de los pueblos se vean llenos del Espíritu Santo y se conviertan en servidores del bien común, *roguemos al Señor*.

3.- Para que el Espíritu Santo, consuelo de los tristes, enjague las lágrimas de los que lloran, *roguemos al Señor*.

4.- Para que todos nosotros, muertos al pecado, vivamos siempre del Espíritu de Cristo, *roguemos al Señor*.

Señor Dios nuestro que por tu Hijo Jesucristo prometiste enviarnos el Espíritu Santo, escucha las oraciones de tu Iglesia y por este mismo Espíritu concédenos los dones que te hemos pedido. Por Jesucristo nuestra Señor.

SABADO

Que al interceder por todos los hombres el Espíritu Santo venga en ayuda de nuestra debilidad para que sepamos orar como conviene:

- 1.- Para que el Espíritu Santo acreciente la fe de la Iglesia, le conceda profesarla con sinceridad y la asista para que la anuncie con entusiasmo, *roguemos al Señor.*
- 2.- Que el Espíritu del Señor venga sobre el mundo, dirija el curso de la historia y renueve la faz de la tierra, *roguemos al Señor.*
- 3.- Para que el Espíritu que todo lo renueva conceda la salud a los enfermos, el consuelo a los que viven tristes y la salvación a todos los hombres, *roguemos al Señor.*
- 4.- Para que todos nosotros nos veamos colmados de la alegría y paz de nuestra fe y rebosemos de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo, *roguemos al Señor.*

Señor Jesucristo, que glorificado a la derecha del Padre derramaste sobre tus discípulos el Espíritu Santo, escucha las oraciones de tu Iglesia y envía también hoy sobre nosotros tu Espíritu que nos enriquezca con los dones que hemos pedido. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Celebración para la Vigilia de Pentecostés

SENTIDO DE LA VIGILIA DE PENTECOSTÉS



La capilla estará preparada como para una fiesta: cirio pascual en el centro; ambón bien destacado y adornado con flores; florero vacío a los pies de la Virgen; floreros con flores para utilizar en su momento; los elementos necesarios para la celebración de la Eucaristía (pan, vino, mantel..).

En esta celebración intervienen muchas personas: Presidente, monitor, lectores, algunos que hacen de "eco" portadores de lámparas, de semillas...

Es preciso ensayar las canciones de manera que toda la asamblea pueda participar por medio del canto.

(Alguien, quizás el monitor, pero puede ser otra persona, explica, antes de comenzar la celebración, el sentido y significado de la Vigilia.)

Vigilia viene del verbo velar, estar despierto. Una *vigilia* es fundamentalmente *una noche de vela*, una noche de oración, de espera, de preparación de un acontecimiento.

La noche tiene un algo especial para la oración. Jesús mismo pasa noches en oración, o se levanta al amanecer.

La oración nocturna la extienden en la Iglesia los monjes. Velan de noche, como las vírgenes prudentes, a la espera del Señor.

En la Iglesia, tras la reforma de la liturgia, hay tres vigiliass fundamentales: la *vigilia pascual*, que sigue siendo la fundamental y prototipo de todas las demás vigiliass; la *vigilia de Navidad y de Pentecostés*, según la antigua costumbre de la Iglesia. Además hay otros momentos de vigilia que la comunidad cristiana suele organizar, (v.gr., en una peregrinación, en acontecimientos importantes para una persona o grupo determinado). Hoy se está extendiendo la costumbre de la *vigilia de la Inmaculada* y otras.

Lo fundamental de la vigilia es la escucha de la Palabra, la meditación y la oración durante un tiempo considerable. De esta manera, el pueblo cristiano se prepara para celebrar acontecimientos de salvación. En la oración la persona se abre para acoger la acción de Dios y para disponerse a secundar lo que Dios le pide.

La vigilia de Pentecostés es culminación del tiempo pascual. Jesús resucitado deja su Espíritu y la Iglesia naciente inicia una etapa nueva, continuando la obra emprendida por su Señor.

Pentecostés no es una fiesta aislada. La Pascua dura cincuenta días. Pentecostés es la plenitud del tiempo; es el *don* de Jesús a los suyos; es tomar conciencia de la comunidad de creyentes que somos por *la fuerza* del Espíritu. En este momento pentecostal, María también tiene un sitio. Estaba allí, reunida con los apóstoles, asistiendo al nacimiento de la Iglesia...

Esta ambientación ya sirve de monición de entrada. No obstante, si parece conveniente, se añade alguna observación concreta sobre el desarrollo de la celebración. Será bueno hacer una alusión a María, que en la víspera de Pentecostés se presenta reunida con los apóstoles.

I. RITOS INICIALES

1. CANTO

2. PROCESIÓN

«*Veni Sancte Spíritus*» (Taizé)

Mientras se canta, entra el Presidente acompañado por algunas personas vestidas de alba blanca. Éstas portan en la mano: el cirio, que abre la procesión, la biblia (o leccionario), un recipiente de barro, otros elementos que el grupo crea propios para el desarrollo de la celebración (pero no signos fuera de lo litúrgico).

3. SALUDO

PRESIDENTE.- Bienvenidos a esta celebración de la vigilia de Pentecostés. Que el amor de Dios Padre, la paz del Señor Resucitado y la fuerza del Espíritu estén con todos ustedes.

ASAMBLEA: Y con tu espíritu.

PRESIDENTE.- Los invito a presentarnos ante nuestro Dios tal como cada uno es y está en este momento. Abrimos nuestras manos haciendo con ellas un pequeño hueco. Permanecemos unos instantes en silencio. Nuestra oración es sencillamente nuestra postura de manos. Si el corazón tiene algo que decir, que lo diga. De lo contrario, que hable nuestro cuerpo, nuestras manos en forma de cavidad.

Tiempo de silencio y oración. Música de fondo suave mientras dura el gesto. Después el Presidente continúa.

Señor, tú que fecundas la creación entera con tu aliento de vida: santifica a los que formamos tu Iglesia con el fuego que tu Hijo ha dejado prendido en la tierra.

Concede la unidad de corazón a quienes vivimos de una misma fe, para que al unísono podamos alabarte como la única fuente de la que manan todos los dones.

Concédenos, adentrarnos en el silencio y en la oración para recibir en nosotros con docilidad y alegría la fuerza del Espíritu de tu Hijo que hoy, como un nuevo Pentecostés, quiere derramarse sobre nosotros.

Te lo pedimos por tu Hijo Jesucristo nuestro Señor...

4. MONICIÓN

Para entrar en el sentido de Pentecostés tenemos que recorrer algunos pasajes bíblicos. El soplo de Dios al inicio de todo; la historia de la salvación y de la confusión -Babel-; el hecho del Pentecostés del Nuevo Testamento.

5. LECTURAS

LECTURA del libro del Génesis 2,7.

"Entonces el Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo, sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en ser vivo".

II. LITURGIA DE LA PALABRA

* ECO

Un grupo situado en lugar discreto, poco visible para la asamblea, repite a coro y en forma de eco el sentido de la lectura; se trata de una glosa u homilía a base de mensajes breves, para que llegue a los participantes. Después del "Eco" tiempo de silencio y música de fondo.

¡Somos aliento de Dios! ¡Somos aliento de Dios!... ¡Llevamos vida de Dios!
¡Llevamos vida de Dios!...

LECTURA del libro del Génesis 11, 1 -9.

El mundo entero hablaba una misma lengua con las mismas palabras. Al emigrar de oriente, encontraron una llanura en el país de Senaar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: "Vamos a preparar ladrillos y a cocerlos" (emplearon ladrillos en vez de piedras y alquitrán en vez de cemento).

Y dijeron: "Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance al cielo para hacernos famosos y para no dispersarnos por la superficie de la tierra".

El Señor bajó a ver la ciudad y la torre que estaban construyendo los hombres, y se dijo: "Son un solo pueblo con una sola lengua. Si esto no es más que el comienzo de su actividad, nada de lo que decidan hacer les resultará imposible. Vamos a bajar y a confundir su lengua, de modo que uno no entienda la lengua del prójimo".

El Señor los dispersó por la superficie de la tierra y dejaron de construir la ciudad. Por eso se llama Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra, y desde allí los dispersó por la superficie de la tierra.

* ECO

¡El orgullo nos lleva a la confusión!

¡El orgullo nos enfrenta!

¡No hay quién se entienda!

(Silencio y música)

GESTO

(Lo presenta y explica el Presidente o el monitor)

Te sugiero un gesto. No lo hagas si no es algo significativo para ti.

Babel es confusión, es una torre, un muro de separación... Babel es no entenderse... Una experiencia que tenemos muy a menudo, aunque hablemos la misma lengua materialmente, no nos entendemos...

Ahí tienes un muro. Si quieres, te levantas, vas al muro, te pones cara a él y reconoces tu dificultad para comprender y tus barreras para ser comprendido.

Si en un momento ves que hay otro a tu lado, le tiendes la mano; si te la da, la tomas para formar un pueblo que quiera caminar por la llanura, sin subirse a la torre de la soberbia, con sencillez... Si somos varios y logramos formar un pueblo nuevo, sin Babel, comenzaremos a caminar de manera nueva...

Tiempo para que la asamblea realice el gesto. No acelerar, tampoco alargar tanto que se produzcan momentos muertos. Bueno será que quien hizo la invitación recuerde lo fundamental del gesto de vez en cuando, mientras se lleva a cabo, si es necesario. Es una forma de animar a entrar en él y realizarlo.

Cuando se vaya formando un grupo con las manos unidas, comienza el acto penitencial o a entonarse un canto oportuno: "Espíritu Santo, ven, ven..." u otro de ocasión que el grupo conozca. No importa si se repite varias veces.

Terminado el canto, el monitor invita a los que están en el muro a acercarse al lugar de la Palabra y rodearlo. Vienen cantando el "Aleluya". En ese momento, un grupo previamente avisado toma lámparas encendidas en las manos y hace una corona en torno al ambón donde se proclama la Palabra. Lo bonito sería que mantuvieran las lámparas en alto todo el tiempo. Como el cansancio de los brazos lo impide, búsquese una fórmula apta -cambiar la lámpara a otro, contar con uno que sujete los brazos del otro..-. Hacer caer en la cuenta de que las lámparas encendidas y en alto es la mejor representación plástica de las lenguas de fuego sobre las cabezas de los reunidos en Pentecostés, según una de las versiones del NT

LECTURA del libro de los Hechos de los Apóstoles 2,1-4.

"Al llegar el día de Pentecostés estaban todos reunidos

en el mismo lugar. De repente un ruido del cielo, como de viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban, y vieron aparecer unas lenguas como de fuego que se repartían posándose encima de cada uno. Se llenaron de Espíritu Santo, y empezaron a hablar en diferentes lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse".

(Permanecen unos instantes las lámparas encendidas en alto).

TIEMPO DE REFLEXIÓN

* ECO

¡Vieron lenguas de fuego encima de cada uno!

¡Se llenaron del Espíritu!

¡Se llenaron del Espíritu!

Donde sea posible, toda la asamblea podría tener encendida su lámpara y alzarla, mientras se escucha la voz del "Eco" o se canta un canto al Espíritu en susurro: 'Ven, sancte Spiritu'.

Momento de la homilía o para el silencio personal, acompañado de música de fondo, de algunas diapositivas, o de textos -esto pensando en las personas con menos capacidad para entrar en el silencio—.

A.- Mi Babel

- ¿Te encuentras representado en los hombres y mujeres que iniciaron la construcción de Babel? Eran hombres y mujeres que quisieron unir todo su saber y poder para "ser como dioses", para "llegar ellos al cielo". Quisieron sumar su autosuficiencia y prescindir de Dios. Pero la misma autosuficiencia los dispersó, les hizo extraños, extranjeros, hablando lenguas distintas, buscando cada uno su propio y personal mejoramiento... Y de la autosuficiencia nació un nuevo caos, nuevas barreras... Nadie se entendía...
- Da sentido, desde tu realidad, a elementos como torre, ladrillos, hacerse famoso... ¿Cómo hoy nosotros seguimos haciendo babeles y utilizando "cosas" para construir nuestra "torre"?
- En sinceridad, reconoce en qué torres de Babel participas o colaboras, o qué torres te invitan a construir...
- Haz la lista de las personas que no entiendes, de aquellas personas o instituciones que son para ti incomprensibles y que te sumergen en un caos...

B.- Mi Pentecostés

- Mira tu pasado y presente. Reconoce y trata de leer en ellos momentos que se parezcan al Pentecostés que los Hechos de los Apóstoles nos describen...
- Grita desde el fondo de tu corazón: *Lléname de tu Espíritu, Señor Llénanos de tu Espíritu, Señor*
- Posiblemente se te ocurre hacer algo ahora aquí, o decir en voz alta una palabra, o gritar, o proclamar, o... Hazlo. Sé libre.

**PROFESIÓN
DE FE***PRESIDENTE:*

Nadie de nosotros puede decir "creo" si no es por el Espíritu de Jesús que está en nosotros. En esta vigilia de oración, recordamos la vigilia pascual y con la fuerza del Espíritu confesamos:

- ¿Creen en Dios, Padre, creador del cielo y tierra?

Por la fuerza del Espíritu confieso: Creo en Dios.

- ¿Creen en Jesucristo, Hijo de Dios, enviado desde el Padre, ungido por el Espíritu y resucitado de la muerte?

Por la fuerza del Espíritu confieso. Creo en Jesús.

- ¿Creen en el Espíritu, Señor y dador de vida, fuerza que todo lo recrea?

Por la fuerza del Espíritu confieso: Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida.

**ORACIÓN
DE LOS
FIELES***PRESIDENTE:*

Esta es la fe de la Iglesia. En su seno vimos al acción del Espíritu de Dios y proclamamos ante los hombres que Dios nos quiere y Dios nos libera. Envía tu Espíritu, Señor.

- 1.- Para que la Iglesia sea recinto de verdad.
- 2.- Para que los que sufren se sientan confortados...
- 3.- Para que los que dudan sean confirmados en la verdad...
- 4.- Para que los que buscan encuentren...
- 5.- Para que los descarriados vuelvan...
- 6.- Para que los que vacilan sean consolados...
- 7.- Para que los que no ven, vean...

**III. LITURGIA
EUCARISTICA****6. OFRENDAS**

A.- Recipiente de tierra. Al llegar al altar, quien lo porta en las manos, comienza a escarbar. Enterrada en la tierra, aparece una candela. La toma y la pone sobre un candelero.

No hay ninguna palabra. Sólo el gesto. (No se nos da la luz para enterraría, sino para que todos la vean y a todos alumbre). (Procurar que sea bien visible a todos.)

B.- Un paquete. Con una inscripción: En lo más íntimo de cada uno de nosotros, allí está la fuerza de Dios, su Espíritu, que nos revela los secretos de Dios.

C.- Pan y vino.

7. PLEGARIA EUCARISTICA

Seguir el misal. Si que es oportuno intercalar hoy en los momentos de las epiclesis (cuando se nombra al Espíritu) alguna intervención de la asamblea cantando: "Oh, Señor, envía tu Espíritu" u otro.

ALGUNOS TEXTOS

PREFACIO

Te damos gracias, Señor, Dios, del cielo y la tierra por la fuerza de vida que nos transmites en el Espíritu.

Él es fuente de novedad, Él es creación nueva,

El es presencia transformadora.

El es inspiración de caminos nuevos...

No podríamos marchar hacia ti si Él no guiara nuestros pasos y suscitara anhelos de ti en lo más profundo de nuestro ser.

Te damos gracias, Señor,

por la presencia del Espíritu

en los lugares más insospechados. Cuando más aturcidos estamos,

cuando nuestros ojos no son capaces de ver, cuando nuestro corazón está al borde de un embotellamiento ciego... aparece la luz tenue

de una esperanza sin fin; se ilumina nuestro sendero y nuestra vida recobra energías... más allá del vacío y de la nada.

Sí, Dios, tu Espíritu está a nuestro lado y por él avanzamos hacia ti a pesar de la fragilidad y debilidad que nos caracteriza...

Te damos gracias y cantamos...

El Espíritu de Dios aletea

en todos los confines de la tierra. El Espíritu de Dios empuja

la vida en todos los rincones del orbe. Espíritu de Dios, alienta en mí el aire de la libertad, alienta en mí el aire de la justicia, alienta en mí el aire de la verdad, alienta en mí el aire de la paz, alienta en mí el aire de la vida,

alienta en mí el aire del silencio,

alienta en mí el aire de la palabra profunda, alienta en mí el aire de entrega y santidad, alienta en mí el aire de la solidaridad... Espíritu de Dios,

aviva en mí todo lo que está dormido, aviva en mí todo lo que está marchito, aviva en mí todo lo que languidece,

aviva en mí todo lo que muere en tristeza,

aviva en mí todo deseo de las cosas de arriba, aviva en mí todo anhelo de perfección,

aviva en mí todo gesto de acogida del hermano.

Espíritu de Dios,

que tu Iglesia siga siendo lugar de paz,

que tu Iglesia siga siendo espacio de libertad, que tu Iglesia siga siendo luz y sal de la tierra, que tu Iglesia siga siendo samaritana, que tu Iglesia siga siendo misericordiosa,

que tu Iglesia siga siendo casa de los pobres, que tu Iglesia siga siendo espejo de verdad.

Espíritu de Dios,

danos fuerzas para participar en el nacimiento de los cielos nuevos y la tierra nueva mientras llega el reino definitivo prometido por Jesús. Amén.

IV. RITO DE COMUNION

8. PADRENUESTRO

PRESIDENTE: Recitar el Padrenuestro es un signo de la presencia del Espíritu en medio de la comunidad y en cada uno de nuestros corazones. Recordemos: "Nadie puede decir Jesús es Señor sin la fuerza del Espíritu". Por este Espíritu que reza en nosotros; nosotros podemos rezar: Padre nuestro...

9. GESTO DE LA PAZ

Proclamar la paz en varias lenguas. Recordar las frases del evangelio de Juan 19,19-23: "Paz a ustedes".

V. DESPEDIDA

10. ENVIO

PRESIDENTE:

El mundo, nuestro mundo, reclama y necesita hombres y mujeres llenos del Espíritu que lleven palabras y mensaje de vida. Vayan, pues, y proclamar las palabras que el Espíritu les infunde. Vayan y prendan el fuego que queme todo lo que no es obra de Dios en medio del mundo. Vayan y sean levadura, trigo bueno en medio de la cizaña. Vayan y anuncien las obras del Señor Jesús.

Vayan y proclamen lo que han visto y experimentado en el silencio del corazón. Vayan, sabiendo que el Espíritu pondrá en ustedes palabras nuevas para proclamar la verdad.

Vayan en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

OTRAS SUGERENCIAS

A continuación otras sugerencias que pueden ser introducidas en la celebración según la situación y realidad de/ grupo que celebra.

1. Un tiempo para escuchar

Habla, Señor, que tu siervo escucha.

«Quien tenga oídos, que oiga lo que dice el Espíritu».

2. Un tiempo para hacer

Proclamar alguna de las lecturas bíblicas del leccionario para esta fiesta. Dejar tiempo de silencio. Invitar a los participantes a actualizar, a simbolizar la Palabra pronunciada.

Heb 10,34a.37-43: Nosotros somos testigos.

Col 3,1-4: Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo. (O bien:

ICo 5,6b-S: Barred la levadura vieja, para ser masa nueva). **Jn 20,1-9:** El había de resucitar de entre los muertos.

Nota: También puede leerse como evangelio el de la Vigilia Pascual, según el año en curso; y en la Misa por la tarde, el del tercer domingo de Pascua, año A: Lc 24,13-35 "Los discípulos de Emaús".

* Se puede indicar que hay sacerdote confesando, la Vigilia puede ser iniciada por un seminarista o por un ministro.

LECTIO DIVINA PARA LOS DOMINGOS DE PASCUA

Ciclo A

DOMINGO DE PASCUA - RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 10,34a. 37-43

"En aquellos días tomó Pedro la palabra y dijo:

Verdaderamente ahora comprendo que Dios no hace distinción de personas. ³⁷ Ya conocéis lo que ha ocurrido en el país de los judíos, comenzando por Galilea, después del bautismo predicado por Juan. ³⁸ Me refiero a Jesús de Nazaret, quien Dios ungió con Espíritu Santo y poder. El pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio, porque Dios estaba con él. ³⁹ Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en el país de los judíos y en Jerusalén. A él, a quien mataron colgándolo de un madero, ⁴⁰ Dios lo resucitó al tercer día y le concedió que se manifestase ⁴¹ no a todo el pueblo, sino a los testigos elegidos de antemano por Dios, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos. ⁴² Él nos mandó predicar al pueblo y dar testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. ⁴³ De él dan testimonio todos los profetas, afirmando que todo el que cree en él, recibe el perdón de los pecados por medio de su nombre".

Pedro, lleno del Espíritu Santo, resume en un denso y escultural discurso todo el itinerario de Jesús de Nazaret. Por medio de Pedro, que ya ha dejado caer las barreras de la estricta observancia judía, llega por primera vez a los paganos el anuncio de la salvación -el kerigma-. Muchos de estos paganos llegan a la fe porque su corazón está abierto a la escucha.

Al relatarnos este discurso nos transmite Lucas algunos fragmentos auténticos del ministerio de la «primera evangelización» de la Iglesia naciente. El tema de la predicación es único: la persona misma de Jesús de Nazaret, el Mesías consagrado por Dios en el Espíritu

Santo (v. 28). Los apóstoles pueden atestiguar que Jesús, durante su vida terrena, hizo milagros, curó a enfermos, liberó del maligno a los que estaban bajo el poder de Satanás. Con todo, la fe, el impulso misionero y la incontenible alegría de sus discípulos proceden de la experiencia del misterio pascual, del encuentro con Cristo resucitado, al que creían muerto para siempre.

Y de eso mismo dan testimonio: aquel Jesús que, rechazado, murió crucificado, «Dios lo resucitó», ratificando así la verdad de su predicación. Es importante señalar que la resurrección está atribuida aquí a Dios y no al propio poder de Cristo; eso es lo que atestigua la antigüedad de este fragmento kerigmático.

Y Pedro insiste en su fogosidad: no se trata de fábulas o sugerencias, sino de una realidad tan concreta que puede ser descrita con dos términos muy cotidianos: «Comimos y bebimos con él». Jesús se ha manifestado «a los testigos elegidos de antemano por Dios», pero esta elección está orientada a una apertura católica, universal. Los apóstoles han recibido el encargo de anunciar, porque todos deben saber que Dios ha constituido juez de vivos y muertos (cf. Dn 7,13; Mt 26,64) al Crucificado-Resucitado, que, mediante su propio sacrificio, ha obtenido la remisión de los pecados para todo el que cree en él (vv. 42s).

Segunda lectura: Colosenses 3,1-4

"Hermanos: Así pues, ya que habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios. ² Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. ³ Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios; ⁴ cuando aparezca Cristo, vuestra vida, entonces también vosotros aparecéis gloriosos con él".

En la Carta a los Colosenses -una de las llamadas «cartas de la cautividad»-, la reflexión de Pablo, que parte como siempre del acontecimiento pascual (cf. Col 1, 12-14), llega a captar las dimensiones cósmicas

del misterio de Cristo, denominado con algunos atributos fundamentales. Es creador junto con el Padre (1, 16), primogénito de la creación y nuevo Adán (1, 15), cabeza del cuerpo que es la Iglesia y redentor del mundo (1,16-20). El cristiano, por medio del bautismo, que le hace partícipe de la muerte y resurrección del Señor, mediante una vida de fe que lleva a su pleno desarrollo el germen bautismal, se convierte en miembro vivo de Cristo. Esto trae consigo no sólo el compromiso de renunciar al pecado para caminar en una vida nueva, sino también una orientación resuelta a las realidades celestes, sostenida por la conciencia de nuestra propia identidad de hijos de Dios, peregrinos a la ciudad eterna, hacia la que, por una parte, tiende, mientras que, por otra -en Cristo resucitado-, se encuentra ya.

De ahí la necesidad de elegir bien y de buscar «las cosas de arriba», de acuerdo con una vida resucitada, celeste. De ahí procede asimismo la invitación a prescindir de todo lo que vuelve la vida demasiado exterior y vacía (3,3). El cristiano ha muerto «a las cosas de la tierra» y vive escondido en Aquel que vive. Cuando Cristo se manifieste en la gloria, entonces se revelará también, a los ojos de todos, la belleza espiritual de aquellos que, actuando por la fe en adhesión a Cristo en la vida diaria, han encontrado en él la unidad y la plenitud (3,4).

⁰ bien:

Segunda lectura: 1 Corintios 5,6b-8

"Hermanos: ¿No sabéis que un poco de levadura hace fermentar toda la masa? ⁷ Suprimid la levadura vieja y sed masa nueva, como panes pascuales que sois, pues Cristo, que es nuestro cordero pascual, ha sido ya inmolado. ⁸ Así que celebremos fiesta, pero no con levadura vieja, que es la de la maldad y la perversidad, sino con los panes pascuales de la sinceridad y la verdad".

El encuentro con Cristo resucitado y vivo determina la conducta moral del cristiano, libre ahora de un sistema de normas más o menos severas o detalladas. Por eso, Pablo, sin forzar las cosas en modo alguno, puede remitirse al misterio pascual cuando considera que debe intervenir con autoridad firme en ciertas situaciones lamentables que se dan en la comunidad de Corinto.

Pablo, refiriéndose al rito de la pascua judía, que Jesús llevó a cabo como memorial de su propia muerte salvífica, recuerda la costumbre de quemar antes de la

fiesta toda la levadura vieja, en cuanto signo de corrupción que no debe contaminar la vida nueva (v. 7).

Vosotros mismos -dice a los corintios- debéis ser pan puro, nuevo, que Cristo consagra con la ofrenda de sí mismo. Él es la verdadera pascua, el cordero inmolado, cuya sangre nos protege del exterminador (Ex 12,12s). El cristiano, consciente del alcance de ese sacrificio, está llamado a vivir en la novedad, eliminando de su corazón el fermento de las viejas costumbres, de los pequeños y de los grandes vicios con los que muestra connivencia, de suerte que pueda presentarse a Dios con pureza y autenticidad, como el pan nuevo de la pascua (v. 8).

Evangelio: Juan 20, 1 -9

"El domingo por la mañana, muy temprano, antes de salir el sol, María Magdalena se presentó en el sepulcro. Cuando vio que había sido rodada la piedra que tapaba la entrada, ² se volvió corriendo a la ciudad para contárselo a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús tanto quería. Les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto.

³ Pedro y el otro discípulo se fueron rápidamente al sepulcro. ⁴ Salieron corriendo los dos juntos, pero el otro discípulo adelantó a Pedro y llegó antes que él. ⁵ Al asomarse al interior vio que las vendas de lino estaban allí, pero no entró. ⁶ Siguiéndole los pasos llegó Simón Pedro, que entró en el sepulcro ⁷ y comprobó que las vendas de lino estaban allí. Estaba también el paño que habían colocado sobre la cabeza de Jesús, pero no estaba con las vendas, sino doblado y colocado aparte. ⁸ Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Vio y creyó. ⁹ (Y es que, hasta entonces los discípulos no habían entendido la Escritura, según la cuales Jesús tenía que resucitar de entre los muertos.)"

Los discípulos, antes de encontrar al Señor resucitado, pasan por *la dolorosa experiencia de la tumba vacía*: constatan la ausencia del cuerpo de Jesús. El cuarto evangelista subraya sobremanera este elemento, introduciendo una dialéctica de visión-fe-visión espiritual que recorre de manera creciente los capítulos 20-21, interpelando también al lector y a todos aquellos que creen sin haber visto (20,29). En esta perícopa se expresa esto mismo mediante el uso de tres verbos diferentes, traducidos en nuestro texto por "ver y comprobar" y que indican matices diferentes (vv. 1.5; v. 7; v. 8).

Los relatos de la resurrección se abren con dos precisiones cronológicas: "El domingo por la mañana" y «muy temprano, antes de salir el sol". El día inicial de una nueva semana se convertirá así en el comienzo de una creación nueva, en verdadero «día del Señor» (*dies dominica*), en el que la fe amorosa, no iluminada todavía por la luz del Resucitado, camina, a pesar de todo, en la oscuridad y va más allá de la muerte.

María Magdalena es el prototipo de esta fidelidad. Al llegar al sepulcro -probablemente no sola, como muestra el plural del v. 2b- «captó con la mirada» (blépei, v. 1) que la piedra que tapaba la entrada había sido rodada. Como dominada por la realidad que ve, no se da cuenta de nada más, y corre enseguida a denunciar la ausencia del Señor a Pedro -cuya importancia en los acontecimientos pascales es realzada por toda la tradición- y «al otro discípulo a quien Jesús tanto quería», probablemente el mismo Juan a quien remonta la tradición del cuarto evangelio. Este último fue el primero en llegar al sepulcro, pero no entró enseguida; también él «captó con la mirada» (blépei, v. 5) primero las vendas mortuorias de lino. Llega Pedro, entra y "se detiene a contemplar", (theoréi, v. 6) las vendas «mortuorias» -lo que permite pensar que se habían quedado en su sitio, aflojadas por estar vacías del cuerpo que contenían- y el sudario que cubría el rostro, enrollado en un lugar aparte.

El evangelista nos suministra unas notas preciosas. Resulta significativa la diferencia entre estos detalles y los correspondientes a la resurrección de Lázaro (1,44). El lento examen a que somete la mirada de Pedro cada detalle particular dentro del sepulcro vacío crea un clima de gran silencio, de expectante interrogación... «Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Vio y creyó». El verbo usado aquí es "éiden"; para comprender su significado basta con pensar que de él procede nuestra palabra «idea». Ahora el discípulo, al ver, intuye

lo que ha sucedido. Pasa de la realidad que tiene delante a otra más escondida, llega a la fe, aunque se trata aún de una fe oscura, como muestran el v. 9 y la continuación del relato. De éste se desprende que la fe no es, para el hombre, una posesión estable, sino el comienzo de un camino de comunión con el Señor, una comunión que ha de ser mantenida viva y en la que

hemos de ahondar más y más, para que llegue a la plenitud de vida con él en el reino de la luz infinita.

Meditacio

«Mi alegría, Cristo, ha resucitado.» Con estas palabras solía saludar san Serafín de Sarov a quienes le visitaban. Con ello se convertía en mensajero de la alegría pascual en todo tiempo. En el día de 'pascua, y a través del relato evangélico, el anuncio de la resurrección se dirige a todos los hombres por los mismos ángeles y, después de ellos, por las piadosas mujeres a la vuelta del sepulcro, por los apóstoles y por los cristianos de las generaciones pasadas, ahora vivas para siempre en El que vive. Sus

palabras son una invitación, casi una provocación. Esas palabras hacen resurgir en el corazón de cada uno de nosotros la pregunta fundamental de la vida: ¿quién es Jesús para ti? Ahora bien, esta pregunta se quedaría para siempre como una herida dolorosamente abierta si no indicara al mismo tiempo el camino para encontrar la respuesta. No hemos de buscar entre los muertos al Autor de la vida. No encontraremos a Jesús en las páginas de los libros de historia o en las palabras de quienes lo describen como uno de tantos maestros de sabiduría de la humanidad. Él mismo, libre ya de las cadenas de la muerte, viene a nuestro encuentro; a lo largo del camino de la vida se nos concede encontrarnos con él, que no desdeña hacerse peregrino con el hombre peregrino, o mendigo, o simple hortelano. Él, el Inaprensible, el totalmente Otro, se deja encontrar en su Iglesia, enviada a llevar la buena noticia de la resurrección hasta los confines de la tierra.



Resucitó. ¡ALELUYA!

En consecuencia, sólo hay una cuestión importante de verdad: ponernos en camino al alba, no demorarnos más, encadenados como estamos por los prejuicios y los temores, sino vencer las tinieblas de la duda con la esperanza. ¿Por qué no habría de suceder todavía hoy que encontráramos al Señor vivo? Más aún, es cierto que puede suceder. El modo y el lugar serán diferentes, personalísimos para cada uno de nosotros. El resultado de este acontecimiento, en cambio, será único: la transformación radical de la persona. ¿Encuentras a un hermano que no siente vergüenza de saludarte diciendo: «Mi alegría, Cristo ha resucitado»? Pues bien, puedes estar seguro de que ha encontrado a Cristo. ¿Encuentras a alguien entregado por completo a los hermanos y absolutamente dedicado a las cosas del cielo? Pues bien, puedes estar seguro de que ha encontrado a Cristo... Sigue sus pasos, espía su secreto y llegará también para ti esa hora tan deseada.

ORATIO

Haz, Señor, que también nosotros nos sintamos llamados, vistos, conocidos por tí, que eres el Presente, y podamos descubrir así el valor único de nuestra vida en medio de la inmensa multitud de las otras criaturas.

Danos un corazón humilde, abierto y disponible, para poder encontrarte y permitir que nos marques con tu sello divino, que es como una herida profunda, como un dolor y una alegría sin nombre: la certeza de estar hechos para tí, de pertenecerle y de no poder desear otra cosa que la comunión de vida contigo, nuestro único Señor.

A tí queremos acercarnos en esta mañana de pascua, con los pies desnudos de la esperanza, para tocarte con la mano vacía de la pobreza, para mirarte con los ojos puros del amor y escucharte con los oídos abiertos de la fe. Y mientras, angustiados, vamos hacia tí, invocamos tu nombre, que resuena como música y como canto en lo más íntimo de nuestro corazón, donde el Espíritu, con gemidos inefables, llora nuestro dolor y con dulzura y vigor nos envía por los caminos del amor.

CONTEMPLATIO

Estarás en condiciones de reconocer que tu espíritu ha resucitado plenamente en Cristo si puede decir con íntima convicción:

«¡Sí Jesús vive, eso me basta!». Estas palabras expresan de verdad una adhesión profunda y digna de los amigos de Jesús. Cuán puro es el afecto que puede decir: «¡Sí Jesús vive, eso me basta!». Si él vive, vivo yo, porque mi alma está suspendida de él; más aún, él es mi vida y todo aquello de lo que tengo necesidad. ¿Qué puede faltarme, en efecto, si Jesús vive? Aun cuando me faltara todo, no me importa, con tal de que viva Jesús... Incluso si a él le complaciera que yo me faltara a mí mismo, me basta con que él viva, con tal que sea para él mismo. Sólo cuando el amor de Cristo absorba de este modo tan total el corazón del hombre, hasta el punto de que se abandone y se olvide de sí mismo y sólo se muestre sensible a Jesucristo y a todo lo relacionado con él, sólo entonces será perfecta en él la caridad (Guerrico de Igny, *Sermo in Pascha*, I, 5).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba» (Col 3,1).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En el fluir confuso de los acontecimientos hemos descubierto un centro, hemos descubierto un punto de apoyo: ¡Cristo ha resucitado! Existe una sola verdad: ¡Cristo ha resucitado! Existe una sola verdad dirigida a todos ¡Cristo ha resucitado!

Si el Dios-hombre no hubiera resucitado, entonces todo el mundo se habría vuelto completamente absurdo y Pilato hubiera tenido razón cuando preguntó con desdén ¿Qué es la verdad?. no habríamos conocido el cielo, ni habríamos podido defendernos de la aniquilación de la tierra. Pero ha resucitado aquel ante el que somos eternamente culpables, y Pilato y Caifas se han visto cubiertos de infamia.

Un estremecimiento de júbilo desconcierta a la criatura, que exulta de pura alegría porque Cristo ha resucitado y llama junto a él a su Esposa: «¡levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven!». Llega a su cumplimiento el gran misterio de la salvación. Crece la semilla de la vida y renueva de manera misteriosa el corazón de la criatura. La Esposa y el Espíritu dicen al Cordero: «¡Ven!». La Esposa, gloriosa y esplendente de su belleza primordial, encontrará al Cordero (P. Florenskij, *il cuore cherubico*, Casale Monferrato 189, pp. 172-174, *passim*).

SEGUNDO DOMINGO

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2,42-47

Los hermanos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones. ⁴³ *Todos estaban impresionados, porque eran muchos los prodigios y señales realizados por los apóstoles.* ⁴⁴ *Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común.* ⁴⁵ *Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según las necesidades de cada uno.* ⁴⁶ *Unánimes y constantes, acudían diariamente al templo, partían el pan en las casas y compartían los alimentos con alegría y sencillez de corazón;* ⁴⁷ *alababan a Dios y se ganaban el favor de todo el pueblo.*

Según su promesa, Cristo resucitado y ascendido al cielo se queda, no obstante, con los hombres hasta el fin de los tiempos. Sin embargo, su presencia en el tiempo de la Iglesia es diferente a la que tuvo durante su vida terrena. Ahora es el Espíritu Santo, primer don del Resucitado a los creyentes, el que prosigue su obra en la tierra y el que manifiesta el poder de su resurrección en la historia. Por eso transmite Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, como parte esencial de la «Buena Nueva», el relato de los primeros pasos de la comunidad cristiana, animada e impulsada por el Espíritu de Jesús.

En el primero de los «compendios» que describen a la Iglesia naciente aparecen las líneas fundamentales de la vida eclesial. Por eso se ha convertido este fragmento en paradigmático para todas las comunidades cristianas. Cuatro son las características que distinguen a los creyentes (v. 42): la asiduidad a la enseñanza de los apóstoles, o sea, el reconocerse necesitados de aprender a vivir como cristianos; la «comunidad»: la expresión koinonía -que aparece sólo aquí en la obra lucana- ha de ser entendida como aquella unión de los corazones que se manifiesta también en el reparto concreto de los bienes materiales; la «fracción del pan»: ese gesto, típico de los judíos para iniciar la comida ritual, indica ahora la eucaristía, el «memorial»; y, por último, la oración.

De este modo, la primera comunidad cristiana está totalmente abierta al don del Espíritu, que puede obrar milagros en ella «por medio» de los apóstoles (v. 43). El relato deja aparecer el clima de alegría y de sencillez

que nace de una vida de intensa caridad fraterna (v. 44) y de la oración unánime (vv. 46-47a). Y la cosa es tanto más sorprendente por el hecho de que el texto no oculta tampoco fatigas y persecuciones. No se trata, por tanto, de un cuadro utópico; más bien es preciso ver en él *el modelo ideal* al que hay que confortarse. El estilo de vida asumido por la Iglesia naciente es en sí mismo testimonio elocuente e irradiador, una evangelización que prepara los ánimos de muchos a recibir la gracia de Dios (v. 47).

Segunda lectura: 1 Pedro 1,3-9

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia, a través de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho renacer para una esperanza viva, ⁴ *para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarchitable. Una herencia reservada en los cielos para vosotros, y* ⁵ *a quienes el poder de Dios guarda mediante la fe para una salvación que ha de manifestarse en el momento final.* ⁶ *Por ello vivís alegres, aunque un poco afligidos ahora, es cierto, a causa de tantas pruebas.* ⁷ *Pero así la autenticidad de vuestra fe más valiosa que el oro, que es caduco aunque sea acrisolado por el fuego será motivo de alabanza, gloria y honor el día en que se manifieste Jesucristo.* ⁸ *Todavía no lo habéis visto, pero lo amáis; sin verlo creéis en él, y os alegráis con un gozo inefable y radiante;* ⁹ *así alcanzaréis vuestra salvación, que es el objetivo de la fe.*

Tras una breve presentación del remitente y de los destinatarios (vv. 1s), en la que se ofrece ya un escorzo contemplativo sobre la obra de la salvación realizada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la primera carta de Pedro desarrolla el mismo tema, en los vv. 3-12, en forma de bendición solemne. De este modo se introduce a los oyentes en una atmósfera sagrada que ayuda a percibir el inmenso don que representa la vocación bautismal.

El Padre, en su inmenso amor, nos ha hecho renacer (cf. Jn 3,1-15), haciéndonos hijos suyos, a través de la muerte-resurrección de su Hijo unigénito (v. 3a). Este nuevo nacimiento no tiene delante la perspectiva de la muerte, sino «una esperanza viva», una promesa (v. 4) no condicionada por la corruptibilidad de las cosas de este mundo. Su plena posesión está reservada para nosotros «en los cielos», pero tenemos ya desde ahora un «anticipo», una «señal», en la medida en que vamos transformándonos interiormente, en la medida

en que pasamos de seres carnales a seres espirituales, por medio de una vida conforme con la fe profesada en el bautismo.

Pedro, que se dirige a comunidades cristianas probadas por la persecución, ofrece consuelo y luz para leer el cumplimiento del designio de salvación en medio de las dolorosas situaciones por las que atraviesan. Los sufrimientos no deben convertirse en motivo de escándalo, en piedra de tropiezo, sino en crisol purificador, donde se purifica la fe para ser cada vez más pura y firme (vv. 6s). Esta fe será, en efecto, el documento con el que, el último día, daremos testimonio de nuestro amor a Cristo, mientras que, ya desde ahora, nos proporciona un gozo inefable y radiante en el corazón y nos conduce a la meta: la salvación eterna de las almas (vv 8 s).

Evangelio: Juan 20,19-31

Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

La paz esté con vosotros.

²⁰ Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. ²¹ Jesús les dijo de nuevo:

- La paz esté con vosotros. Y añadió:

- Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros. ²² Soplo sobre ellos y les dijo:

- Recibid el Espíritu Santo. ²³ A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá.

²⁴ Tomás, uno del grupo de los doce, a quien llamaban «El Mellizo», no estaba con ellos cuando se les apareció Jesús. ²⁵ Le dijeron, pues, los demás discípulos:

- Hemos visto al Señor. Tomás les contestó:

- Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos y meto mi dedo en ellas, si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré.

²⁶ Ocho días después, se hallaban de nuevo reunidos en casa todos los discípulos de Jesús.

Estaba también Tomás. Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

- La paz esté con vosotros.

²⁷ Después dijo a Tomás:

- Acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente.

²⁸ Tomás contestó:

¡Señor mío y Dios mío!

²⁹ Jesús le dijo:

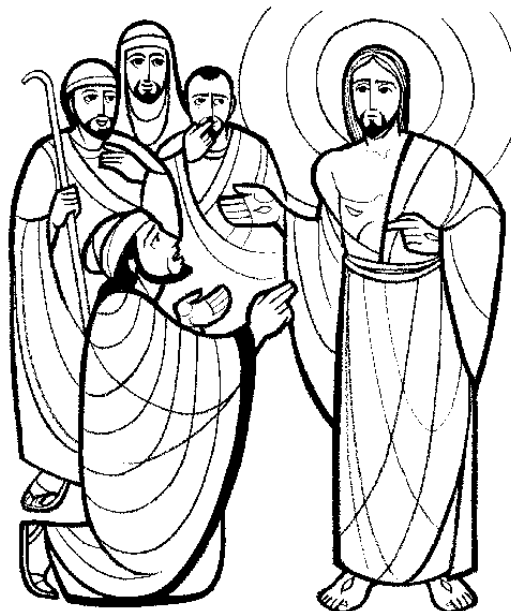
¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haber visto.

³⁰ Jesús hizo en presencia de sus discípulos muchos más signos de los que han sido recogidos en este libro. ³¹ Éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis en él vida eterna.

Estos dos episodios, próximos y relacionados con un mismo tema -el de la fe- son, el eco fiel de cuanto ha sucedido en los corazones de los apóstoles tras la muerte de Jesús.

En el primero de ellos (vv. 19-22), el Resucitado se aparece a los once, que, a pesar del anuncio de María Magdalena (v.

18), están encerrados todavía en el cenáculo por miedo a los judíos. Jesús supera las barreras que se le interponen: pasa a través de las puertas, manifestando que su condición es completamente nueva, aunque no ha desaparecido nada de los sufrimientos que padeció en la carne. La insistente referencia al costado traspasado de Jesús es propia de Juan, que, de este modo, quiere indicar el cumplimiento de las profecías en Jesús (Ez 47, 1; Zac 12,10.14). El tradicional saludo de paz asume también en sus labios un sentido nuevo: de augurio -«La paz *esté* con vosotros»- se convierte en presencia -«La paz *está* con vosotros». La paz, don mesiánico por excelencia, que incluye todo bien, es, por tanto, una persona: es el Señor crucificado y resucitado en medio de los suyos («*se presentó*»: vv. 19b. 26b y, antes, v.



¡Señor mío y Dios mío!

14). Al verlo, los discípulos quedan colmados de alegría y confirmados en la fe. El Espíritu que Jesús sopla sobre ellos, principio de una creación nueva (Gn 2,7), confiere a los apóstoles una misión que prolonga la suya en el tiempo y en el espacio y les concede el poder divino de liberar del pecado.

El segundo cuadro (vv. 24-29) personaliza en Tomás las dudas y el escepticismo que atribuyen los sinópticos, de manera genérica, a «*algunos*» de los Doce, y que pueden surgir en cualquiera. Tomás ha visto la agonía de su Maestro y se niega a creer ahora en una realidad que no sea concreta, tangible, en cuanto al sufrimiento del que ha sido testigo (v. 25). Jesús condesciende a la obstinada pretensión del discípulo (v. 27), pues es necesario que el grupo de los apóstoles se muestre firme y fuerte en la fe para poder anunciar la resurrección al mundo. Precisamente a Tomás se le atribuye la confesión de fe más elevada y completa: «*¡Señor mío y Dios mío!*» (v. 28). Aplica al Resucitado los nombres bíblicos de Dios, YHWH y Elohím, y el posesivo «mío» indica su plena adhesión de amor, más que de fe, a Jesús. La visión conduce a Tomás a la fe, pero el Señor declara, de manera abierta, para todos los tiempos: bienaventurados aquellos que crean por la palabra de los testigos, sin pretender ver. Éstos experimentarán la gracia de una fe pura y desnuda que, sin embargo, es confirmada por el corazón y lo hace exultar con una alegría inefable y radiante (1 Pe 1,8). Los vv. 30s constituyen la primera conclusión del evangelio de Juan: se trata de un testimonio escrito que no pretende ser exhaustivo, sino sólo suscitar y corroborar la fe en que «*Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios*» (cf. Mc 1,1).

MEDITATIO

Jesús quiere que expresemos nuestra unión con él y que correspondamos a su amor viviendo en comunión entre nosotros, dejándonos plasmar de verdad como criaturas nuevas que no viven aisladas, sino unidas, por haber sido incorporadas todas a él. Ése es el fruto de la pascua del Señor. Los que han nacido del mismo seno de la iglesia forman una sola familia. La novedad consiste precisamente en poder vivir con un solo corazón y una sola alma en el amor.

En el evangelio se aparece Jesús a los discípulos cuando están reunidos. Los abraza con su mirada, les da la paz, les entrega el Espíritu Santo y les muestra sus llagas, signos de la crucifixión. Jesús les hace constatar

a través de las dudas de Tomás que el que está delante de ellos es de verdad el Señor resucitado. También nosotros estamos reunidos hoy para tocar las llagas de Jesús, unas llagas gloriosas ahora, aunque siguen visibles en su cuerpo glorificado, como signo de su amor. Aparecen justamente como la declaración escrita, en su cuerpo, del amor que le llevó a morir por nosotros en la cruz.

Bienaventurados nosotros si, aunque no lo veamos con los ojos del cuerpo, creemos en el Señor, creemos en su amor y besamos sus llagas. ¿Cómo? Besaremos a Jesús cuando también nosotros seamos traspasados por clavos, por esas espinas que son las pruebas de la vida. Porque es siempre él quien sufre en nosotros, es siempre él quien es crucificado en nuestra humanidad, una humanidad que debe pasar también por el crisol del dolor. Es siempre él: es él quien ya ha sido glorificado en nosotros y, por consiguiente, está lleno de alegría; es él quien sigue sufriendo y, por consiguiente, gime. Por eso, si tenemos fe, también nosotros podremos sufrir juntos y alegrarnos, porque siempre estaremos unidos a él, en su misterio.

ORATIO

Señor Dios nuestro, en la plenitud de tu amor nos has dado a tu Hijo unigénito y, añadiendo don sobre don, has derramado en nosotros la abundancia de tu Espíritu de santidad.

Custodia esos tesoros tan grandes, urge en nuestro ánimo el deseo de caminar hacia ti con pureza de corazón y santidad de vida. Que podamos vivir con fe y amor, con serenidad y fortaleza, los pequeños y los grandes sufrimientos de la vida diaria, a fin de que, purificados de todo fermento de mal, lleguemos juntos al banquete de la pascua eterna que has preparado desde siempre para nosotros, tus hijos, pecadores perdonados por medio de tu Cristo.

CONTEMPLATIO

Santo Tomás, después de la resurrección de Cristo, fue el único que deseó y el único que obtuvo tocar los miembros de Cristo con manos ciertamente curiosas, aunque a buen seguro dignas. Procedía, en efecto, de un ardiente deseo, no de la incredulidad, el hecho de que dijera a sus condiscípulos, que habían visto al Señor estando él ausente: «*Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos y meto mi dedo en ellas,*

si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré». Tenía, efectivamente, mucho miedo de no gozar también con los ojos a aquel en quien creía con el corazón; tenía miedo de verse privado de la visión de aquella luz con la que los otros apóstoles se gloriaban de haber sido iluminados.

Se apareció por segunda vez a los apóstoles, para satisfacer el deseo de Tomás, y su deseo les fue útil también a los otros; ahora, tras ver a Cristo, Tomás no tiene menos que los otros. Compensa, en efecto, la pérdida que le supuso no haber visto antes mediante la visión combinada con el tacto. Si hubiera sido de verdad incrédulo, como piensan algunos, Cristo no se habría dignado aparecersele después de su propia resurrección.

Que estuviera ausente, que hubiera pedido con cierta insistencia ver y tocar al Señor... todo eso estaba dispuesto para nuestra salvación. Así conoceríamos con mayor evidencia la verdad de la resurrección del Señor, una verdad que Tomás, tras haber sido reprochado por su necesaria curiosidad, confirmó diciéndole: «¡Señor mío y Dios mío!» (Gaudencio de Brescia, Sermón XVII, 6-9).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*y no seas incrédulo, sino creyente*» (Jn 20,27).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En el evangelio de hoy encontramos un cenáculo y una puerta cerrada. Una puerta cerrada por temor a alguien es una historia de todos los días, anticipado en el siervo de la parábola que entierro el talento por miedo a perderlo. Afortunadamente, al Señor no le importan nada nuestros cerrojos, y entra y sale como su caridad. Camina o se detiene, trabaja y descansa habla o se calla, sin que le importen nuestros temores. El Señor muestra que no se ofende por la incredulidad de Tomás, incluso la convierte en un argumento para nuestra fe. No es ver-

dad que al Señor le disgusten ciertas resistencias. Cuando se trata de resistencias razonables, cuando el hombre obra con lealtad, con honestidad, como un hombre que, antes de fiarse de otro, prueba si puede hacerlo por sí solo, entonces el Señor no puede estar descontento. Basta con profundizar un poco en el episodio de Tomás.

Es cierto que este último se mostró reservado y reacio y que, antes de exclamar «¡Señor mío y Dios mío!», quiso asegurarse con la pequeña garantía que ofrecen los sentidos, pero ahora el Señor sabe que puede contar con él más que con los otros, que ese grito es un credo que continuará también ante el martirio. Los tipos como Tomás tardan algo en arrodillarse, pero cuando lo hacen se arrodillan de verdad, cuando aman lo hacen de verdad. Cuando Tomás se ofrece, es un hombre el que se ofrece. Y si ofrece a Cristo su propio corazón, es un corazón de hombre el que le ofrece. Y si inclina su cabeza ante él, es una cabeza de hombre la que se inclina. De este modo comienza la adoración «*en espíritu y en verdad*» (P. Mazzolari, *La parola che non passa*, Vicenza 1984, pp. 138s, *passim*).

TERCER DOMINGO

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2, 14a. 22-33

El día de Pentecostés, ¹⁴ Pedro, en pie con los once, levantó la voz y declaró solemnemente:

- Judíos y habitantes todos de Jerusalén, fijaos bien en lo que pasa y prestad atención a mis palabras.

²² Israelitas, escuchad: Jesús de Nazaret fue el hombre a quien Dios acreditó ante vosotros con los milagros, prodigios y señales que realizó por medio de él entre vosotros, como bien sabéis. ²³ Dios lo entregó conforme al plan que tenía previsto y determinado, pero vosotros, valiéndoos de los impíos, lo crucificasteis y lo matasteis. ²⁴ Dios, sin embargo, lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte, pues era imposible que ésta lo retuviera en su poder, ²⁵ ya que el mismo David dice de él:

Tengo siempre presente al Señor, porque está a mi derecha para que yo no vacile.

²⁶ Por eso se regocija mi corazón, se alegra mi lengua ²⁷ y hasta mi carne descansa confiada, porque no me entregarás al abismo, ni permitirás que tu fiel vea la corrupción.

²⁸ Me enseñaste los caminos de la vida y me saciarás de gozo en tu presencia.

²⁹ Hermanos, del patriarca David se os puede decir francamente que murió y fue sepultado, y su sepulcro aún se conserva entre nosotros. ³⁰ Pero, como era profeta y sabía que Dios le había jurado solemnemente sentar en su trono a un descendiente de sus entrañas, ³¹ vio anticipadamente la resurrección de Cristo y dijo

que no sería entregado al abismo, ni su carne vería la corrupción.³² A este Jesús Dios lo ha resucitado, y de ello somos testigos todos nosotros.³³ El poder de Dios lo ha exaltado, y él, habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido, lo ha derramado, como estáis viendo y oyendo.

La bajada del Espíritu Santo en Pentecostés transforma a los apóstoles en hombres nuevos, en testigos ardientes y animosos del Resucitado, conscientes de que ahora se realiza la promesa escatológica de Dios (cf. Hch 2,16-21), mediante la cual hemos entrado «en los últimos tiempos». El cambio acontecido en el grupo de los discípulos está bien atestiguado en el primer discurso de Pedro referido en los Hechos de los Apóstoles. Si bien el autor del texto sagrado ha retocado la forma y la estructura, el contenido originario emerge de manera inconfundible.

Los vv. 22-24, prototipo del kerigma apostólico, contienen expresiones propias de la cristología más antigua: se habla en ella de Jesús como del «*hombre a quien Dios acreditó*»; se muestra que la cruz -que escandalizó a todos los apóstoles- formaba parte de un sabio designio de Dios, el cual entregó a su Hijo único a los hombres por amor. Todos son responsables de lo sucedido: «*Vosotros lo matasteis. Dios, sin embargo, lo resucitó...*» (vv. 23s).

Al *kerigma* le sigue el testimonio de las Escrituras, que sólo a la luz del misterio pascual son plenamente comprensibles. Por eso explica Pedro el Sal 15 (vv. 25-31), que ha encontrado en Cristo su plena realización: él es el Mesías, y su alma no ha sido abandonada en el abismo ni ha conocido la corrupción, sino que ha sido colmado de gozo en la presencia del Padre. Los apóstoles, en virtud del Espíritu derramado sobre ellos, son testigos de la resurrección de Cristo y la anuncian con claridad a todo Israel y hasta los confines de la tierra.

Segunda lectura: 1 Pedro 1,17-21

Queridos:¹⁷ si llamáis Padre al que juzga sin favoritismos y según la conducta de cada uno, comportaos con temor durante el tiempo de vuestra peregrinación.¹⁸ Sabed que no habéis sido liberados de la conducta idólatra heredada de vuestros mayores con bienes caducos -el oro o la plata-,¹⁹ sino con la sangre preciosa de Cristo, cordero sin mancha y sin tacha.²⁰ Cristo estaba presente en la mente de Dios antes de que el mundo fuese creado, y se ha manifestado al final de los tiempos para vuestro bien,²¹ para que por medio de él

creáis en el Dios que lo resucitó de entre los muertos y lo colmó de gloria. De esta forma, vuestra fe y vuestra esperanza descansan en Dios.

En su exordio, la primera carta de Pedro conduce a los fieles a contemplar la gracia de la regeneración llevada a cabo por el Padre, a través de Cristo, en el Espíritu (vv. 3-5.10-12). Por eso se detiene a considerar en concreto qué significa vivir de la fe, ofreciendo una clave de interpretación cristiana del misterio del sufrimiento, considerado como prueba purificadora y como participación en los sufrimientos de Cristo (vv. 6-9). Sobre este sólido fundamento puede mostrar el apóstol, por tanto, las exigencias de la vida cristiana, una vida que es camino de santificación y de configuración con Cristo (vv. 13-16; cf. Lv 19,2). Estas no se reducen a prácticas exteriores, sino que son una actitud interior, que determina toda la orientación de la existencia.

Por medio del bautismo nos convertimos en hijos de Dios y recibimos el privilegio de llamar «Padre» al justo Juez de todos los seres vivos. La conciencia de semejante dignidad llena a los cristianos de «santo temor», término que no significa en la Biblia «miedo», sino más bien amor lleno de veneración y empapado del sentido de la propia pequeñez e indignidad. En efecto, la gracia recibida le ha costado un precio muy elevado al mismo Cristo, el verdadero Cordero, cuya sangre ha librado a la humanidad de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna (cf. Ex 12,23). La nueva relación de parentesco con el Señor hace ciertamente que la vida sobre la tierra sea tomada como peregrinación, mientras que la verdadera patria es el cielo (v. 17). En este vuelco se ha llevado a cabo, en plenitud, el designio de Dios. Jesús, con su resurrección, ha inaugurado los «últimos tiempos», caracterizados por la tensión hacia lo alto. Esta tensión debe ser sostenida constantemente por una vida de fe y de esperanza (v. 21) y por la memoria viva de todo lo que ha realizado el Señor para nuestra salvación.

Evangelio: Lucas 24,13-35

¹³ Aquel mismo día, dos de los discípulos se dirigían a una aldea llamada Emaús, que dista de Jerusalén unos once kilómetros.¹⁴ Iban hablando de todos estos sucesos.¹⁵ Mientras hablaban y se hacían preguntas, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos.¹⁶ Pero sus ojos estaban ofuscados y no eran capaces de reconocerlo.¹⁷ Él les dijo:

- ¿Qué conversación es la que lleváis por el camino?

Ellos se detuvieron entristecidos, 18 y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió:

- ¿Eres tú el único en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?

¹⁹ Él les preguntó: ¿Qué ha pasado? Ellos contestaron: - Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. ²⁰ ¿No sabes que los jefes de los sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para que lo condenaran a muerte y lo crucificaran? ²¹ Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel. Y sin embargo, ya hace tres días que ocurrió esto. ²² Bien es verdad que algunas de nuestras mujeres nos han sobresaltado, porque fueron temprano al sepulcro ²³ y no encontraron su cuerpo. Hablaban incluso de que se les habían aparecido unos ángeles que decían que está vivo. ²⁴ Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo hallaron todo como las mujeres decían, pero a él no lo vieron.

²⁵ Entonces Jesús les dijo: ¡Qué torpes sois para comprender y qué cerrados estáis para creer lo que dijeron los profetas! ²⁶ ¿No era preciso que el Mesías sufriera todo esto para entrar en su gloria?

²⁷ Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que decían de él las Escrituras. ²⁸ Al llegar a la aldea adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante.

²⁹ Pero ellos le insistieron diciendo: Quédate con nosotros, porque es tarde y está anocheciendo.

Y entró para quedarse con ellos. ³⁰ Cuando estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. ³¹ Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Jesús desapareció de su lado.

³² Y se dijeron uno a otro:

- ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?

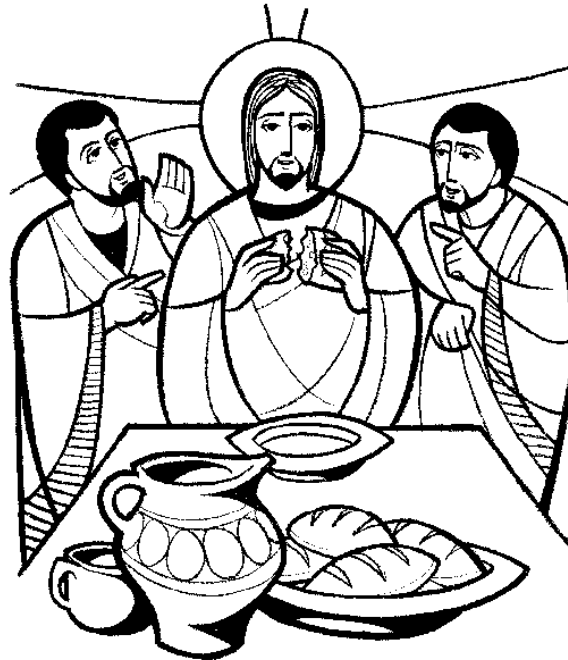
³³ En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once y a todos los demás, ³⁴ que les dijeron:

- Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón.

³⁵ Y ellos contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

En esta aparición del Resucitado pone Lucas de relieve un rasgo fundamental: la importancia que tiene la Sagrada Escritura para encontrar de verdad a Cristo resucitado. Para intuir su misterio es necesario

recordar y creer la Palabra (vv. 25-27.32; cf. asimismo los vv. 6b.44s), puesto que en ella se ha revelado el designio divino que Cristo debía cumplir, a través del sufrimiento y de la muerte, para entrar en la gloria (v. 26). *De este modo* realiza, más allá de toda medida, la esperanza de redención alimentada por toda la humanidad (v. 21). Jesús mismo, el desconocido compañero de camino, explica las Escrituras a quien se pone a la escucha con un vivo interés (v. 29a). A lo largo del camino se produce así el paso de la tristeza desalentada (v. 17b) a la alegría que pone ardiente el corazón (v. 32), hasta que llegan al reconocimiento del



Lo reconocieron al partir el pan

Resucitado a través de un gesto tan cotidiano como significativo: la fracción del pan (vv. 30.35). El modo de realizar ciertos gestos revela, en efecto, la identidad del que los hace. Por eso desaparece el peregrino. Sin embargo, ahora ha dejado de ser un desconocido: es el Señor, el Maestro, el Pan vivo siempre presente en medio de los suyos; éstos, a su vez, de simples viajeros se vuelven testigos, misioneros, adoradores en espíritu y en verdad.

No será inútil subrayar que toda celebración eucarística vuelve a proponer el mismo camino de los discípulos de Emaús: desde los ritos iniciales, pasando por la escucha de la Palabra y la liturgia eucarística, hasta la despedida final, se lleva a cabo, por obra de la gracia, un encuentro cada vez más profundo y real con Jesús crucificado y resucitado.

MEDITATIO

El reconocimiento de Jesús resucitado tiene lugar en un instante, mediante una intuición resplandeciente; a continuación, todo vuelve a la normalidad. Así fue también con los discípulos de Emaús. Después de aquel instante intuitivo, tras aquella mirada que penetra más allá del velo de la carne, desaparece Jesús y todo vuelve a ser, aparentemente, como antes: la posada, la mesa, el pan, los compañeros. Todo igual, pero, sin embargo, todo es ahora distinto. Se trata de una experiencia inexpresable.

También hoy todas las personas y todas las cosas nos reservan sorpresas, porque en todas ellas podemos encontrar a Jesús. Ser cristiano significa vivir en medio de un estupor siempre renovado, en un estado de continua espera de sorpresas. Cada momento puede ser el de la revelación del misterio, porque nuestra vida está ahora ligada indisolublemente a Jesús, invisible a los ojos, pero realmente presente entre nosotros. Toda realidad es epifanía de su presencia como «Emmanuel». A nosotros nos corresponde purificar de continuo nuestra mirada en la adoración para poder vislumbrarlo en la trama de los acontecimientos más pobres y cotidianos. Es él, siempre él, el que viene a nosotros a través de todo aquello que acogernos con fe.

ORATIO

Quédate con nosotros, Señor, porque sin ti nuestro camino quedaría sumergido en la noche. Quédate con nosotros, Señor Jesús, para llevarnos por los caminos de la esperanza que no muere, para alimentarnos con el pan de los fuertes que es tu Palabra.

Quédate con nosotros hasta la última noche, cuando, cerrados nuestros ojos, volvamos a abrirlos ante tu rostro transfigurado por la gloria y nos encontremos entre los brazos del Padre en el Reino del divino esplendor.

CONTEMPLATIO

Dos discípulos de Jesús se dirigen caminando hacia el pueblo de Emaús. Oh alma pecadora, detente un momento a considerar con atención los distintos aspectos de la bondad y de la benevolencia de tu Señor. En primer lugar, el hecho de que su ardiente amor no le permita dejar a sus discípulos vagar en medio de la desorientación y la tristeza. El Señor es, en verdad, un amigo fiel y un amoroso compañero de camino (...)

Y mira la humildad con que acompaña a estos dos: va con sus discípulos como si fuera uno de ellos, cuando, en realidad, es el Señor de todos. ¿No te da acaso la impresión de haber vuelto a la sustancia misma de la humildad? Nos sirve de modelo para que nosotros hagamos otro tanto (...). Observa, alma cristiana, cómo tu Señor realiza el ademán de proseguir más allá, con objeto de hacerse, desear más, de hacerse invitar y de quedarse como huésped de ellos; y, después, acepta efectivamente entrar en la casa, toma el pan, lo bendice, lo rompe con sus santas manos y se lo da, haciéndose re-conocer as! (...). Mas ¿por qué se ha comportado de ese modo? Lo hizo para hacernos comprender que debemos practicar las obras de misericordia y la hospitalidad, esto es, para decirnos que no basta con leer y escuchar la Palabra de Dios si después no la llevamos a la práctica (anónimo franciscano del siglo XIII, *Meditazione sulla vita di Cristo*, Roma 1982, pp. 164-166, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «¡Quédate con nosotros, Señor» (Lc 24,29).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Mientras los dos viajeros se encuentran de camino hacia su casa llorando lo que han perdido, Jesús se acerca y camina con ellos, pero sus ojos son incapaces de reconocerlo. De improviso, ya no son dos, sino tres las personas que caminan, y todo se vuelve distinto. El desconocido empieza a hablar, y sus palabras requieren una seria atención. Lo que había empezado a confundir hasta hace un momento, comenzaba a presentar horizontes nuevos; lo que había parecido tan oprimiente, comenzaba a hacerse sentir como liberador; lo que había parecido tan triste, empezaba a tomar el aspecto de la alegría. Poco a poco empezaban a comprender que su pequeña vida no era después de todo tan pequeña como pensaban, sino parte de un gran misterio que no sólo abarcaba varias generaciones, sino que se extendía de eternidad en eternidad.

El desconocido no ha dichos que no hubiera motivo de tristeza, sino que su tristeza formaba parte de una tristeza más amplia, en la que estaba escondida la alegría. El desconocido no ha dicho que la muerte que estaban llorando no fuera real, sino que se trataba de una muerte que inauguraba una vida verdadera. El desconocido no ha dicho que no hubieran perdido a un amigo que les había dado nuevo valor y nueva esperan-

za, sino que esta pérdida había creado un camino para una relación que habría sido mucho más allá que cualquier amistad. El desconocido no tenía el más mínimo miedo de derribar sus defensas y de llevarlos más allá de su estrechez de mente y de corazón. El desconocido tuvo que llamarlos tontos para hacerles ver. ¿Y en qué consiste el desafío? En tener confianza. Alguien tiene que abrirnos los oídos para ayudarnos a descubrir qué hay más allá de nuestra percepción. Alguien debe hacer arder nuestros corazones (H. J. M. Nouwen, *La Forza della sua presenza*, Brescia 1997, pp. 31-35, *passim*).

CUARTO DOMINGO

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2,14a-22-33

El día de Pentecostés, ¹⁴ Pedro, en pie con los once, levantó la voz y declaró solemnemente:

- Judíos y habitantes todos de Jerusalén, fijaos bien en lo que pasa y prestad atención a mis palabras.

³⁶ Así pues, que todos los israelitas tengan la certeza de que Dios ha constituido Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros crucificasteis.

³⁷ Estas palabras les llegaron hasta el fondo del corazón, así que preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles:

¿Qué tenemos que hacer, hermanos?

³⁸ Pedro les respondió-

Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para que queden perdonados vuestros pecados.

Entonces recibiréis el don del Espíritu Santo. ³⁹ Pues la promesa es para vosotros, para vuestros hijos e incluso para todos los de lejos a quienes llame el Señor nuestro Dios.

⁴⁰ Y con otras muchas palabras los animaba y los exhortaba, diciendo:

Poneos a salvo de esta generación perversa.

⁴¹ *Los que acogieron su palabra se bautizaron, y se les agregaron aquel día unas tres mil personas.*

Este fragmento presenta la conclusión del primer discurso de Pedro al pueblo. Con una afirmación decidida y clara, resume el apóstol toda la exposición precedente: «Dios ha constituido Señor y Mesías a

este Jesús a quien vosotros crucificasteis» (v. 36), es decir, que le ha dado su propio nombre divino (cf. Flp 2,9-11) -y, en consecuencia, su poder- precisamente a aquel a quien Israel rechazó y condenó a una muerte infame (Hch 3,13-15), por considerar blasfema su pretensión de ser el Hijo de Dios, el Enviado, el Cristo.

El pueblo esperaba, es cierto, al Mesías (en griego, *Kristós*), pero como triunfador político. Como conocía estas expectativas, Jesús siempre había hecho callar a los demonios que lo revelaban como el Mesías, como el Cristo, y había rechazado el título de rey que quería darle la muchedumbre. Sólo en el momento en que fue condenado se puso en la cruz una inscripción en tres lenguas que decía: «Jesús Nazareno, rey de los judíos» (Jn 19,19-22), y el Padre ratificó con la resurrección que Jesús es, en verdad, «Señor y Mesías».

Las palabras de Pedro llegaron hasta el fondo del corazón de los presentes, mostrándoles la enormidad del mal realizado. En efecto, la Palabra de Dios, más cortante que una espada de doble filo (Heb 4,12), ha sido enviada para discernir y salvar, no para condenar. La muchedumbre percibe la gracia de esa predicación y se abre a la fe (v. 37). Pedro, siguiendo el mandato recibido del Resucitado (Lc 24, 47-48a), puede lanzarles ahora esta invitación: «Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para que queden perdonados vuestros pecados». Sumergirse sacramentalmente en la persona del Crucificado-Resucitado significa hacer eficaz en nosotros la salvación que él ha llevado a cabo. Por eso, añade el apóstol: «Entonces recibiréis el don del Espíritu Santo» (v. 38).

Con el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo se cumple la nueva alianza prometida por los profetas y dirigida ahora no sólo a Israel, sino a todos los hombres (cf. Jr 31,31-34). Ahora bien, ésta sigue siendo una *oferta* por parte de Dios, una oferta que requiere una acogida libre por parte de cada hombre (vv. 40s.).

Segunda lectura: 1 Pedro 2, 20b-25

Queridos: ²⁰ Si hubieseis de sufrir castigo por haber faltado, ¿qué mérito tendríais? Pero si hacéis el bien y por ello sufrís pacientemente, eso sí agrada a Dios.

²¹ Habéis sido llamados a comportaros así, pues también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas.

²² Él no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca; ²³ injuriado, no devolvía las injurias; sufría sin amenazar, confiando en Dios, que juzga con justicia.

²⁴ Él cargó con nuestros pecados, llevándolos en su cuerpo hasta el madero para que, muertos al pecado, vivamos por la justicia. Habéis sanado a costa de sus heridas, ²⁵ pues erais como ovejas descansadas, pero ahora habéis vuelto al que es vuestro pastor y guardián.

El bautismo, al quitar el pecado original, da al que lo recibe la nueva identidad de hijos de Dios. Para caracterizar mejor esa transformación, emplea Pedro unos términos muy precisos: los bautizados en la Iglesia son piedras vivas, linaje escogido, sacerdocio regio y nación santa (2,1-10). Ese «privilegio» exige, no obstante, la adquisición de una nueva mentalidad y de una conducta de vida conformes a las de Cristo. Las diferencias de condición social o cultural pierden consistencia, porque todos los discípulos encuentran su unidad en Cristo y todos son igualmente «peregrinos lejos aún de su hogar» (2,11) en este mundo, y todos son asimismo siervos de Dios.

Por eso, Pedro, dirigiéndose a gente que desarrollaba tareas humildes en la sociedad de entonces, les ofrece como modelo precisamente a Jesús, el verdadero Siervo de YHWH, que, con paciencia y mansedumbre, cargó sobre sí mismo el pecado, que él no había cometido, para destruirlo en su propia humanidad.

Así, gracias a su ofrecimiento, la humanidad quedó liberada de la única esclavitud, la del pecado, y puede vivir «por la justicia», que es amor y misericordia. El cristiano se convierte por el bautismo en miembro de Cristo, y por eso mismo está llamado a compartir su pasión, a fin de participar también en su gloria en el cielo, junto a todos los hermanos a los que habrá cooperado a salvar con su vida. El grupo de los discípulos -y, por consiguiente, toda la Iglesia-, de rebaño disperso y desbandado, a causa del escándalo del su-

frimiento (cf. Mc 14, 27s), vuelve a ser, en Jesús resucitado, un rebaño compacto que camina siguiendo sus huellas (v. 25).

Evangelio: Juan 10, 1 - 10

En aquel tiempo, dijo Jesús:

¹ Os aseguro que quien no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino por cualquier otra parte, es ladrón y salteador. ² El pastor de las ovejas entra por la puerta. ³ A éste le abre el guarda para que entre, y las ovejas escuchan su voz; él llama a las suyas por su nombre y las saca fuera del redil. ⁴ Cuando han salido todas las suyas, se pone delante de ellas y las ovejas le siguen, pues conocen su voz. ⁵ En cambio, nunca siguen a un extraño, sino que huyen de él, porque su voz les resulta desconocida.

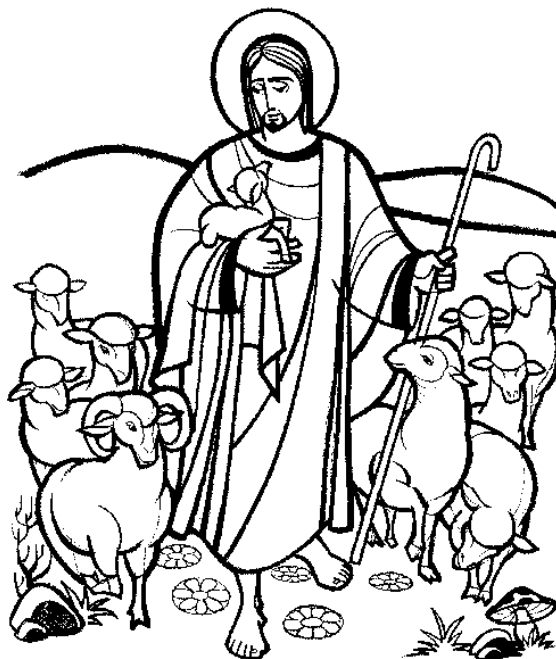
⁶ Jesús les puso esta comparación, pero ellos no comprendieron su significado.

⁷ Entonces Jesús se lo explicó:

Os aseguro que yo soy la puerta por la que deben entrar las ovejas. ⁸ Todos los que vinieron antes que yo eran ladrones y salteadores.

Por eso, las ovejas no les hicieron caso. ⁹ Yo soy la puerta. Todo el que entre en el redil por esta puerta estará a salvo, y sus esfuerzos por buscar el sustento no serán en vano. ¹⁰ El ladrón va al rebaño únicamente para robar, matar y destruir. Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud.

El capítulo 10 del evangelio de Juan, un capítulo dominado por la figura del buen pastor, deber ser leído en el contexto que le corresponde para comprenderlo más a fondo. En efecto, en el capítulo 9, se había revelado Jesús como «luz del mundo» a través de la curación del ciego de nacimiento, y, al realizar ese milagro, puso asimismo de relieve la ceguera espiritual de los jefes de los judíos (9, 40s). Ahora bien, *el Henoc etíope* -un texto apócrifo contemporáneo- describe toda la historia de Israel hasta la venida del Mesías



Yo soy el Buen Pastor

como una alternación de momentos de ceguera y de posesión de la vista por parte de las ovejas, en virtud de los sucesivos representantes de Dios, los pastores de su pueblo. Eso significa que Jesús, después de haber mostrado que tiene el poder de devolver la vista, puede afirmar que es el único pastor que lleva las ovejas a la salvación, el Mesías esperado.

Todo el pasaje está compuesto con materiales tradicionales y heterogéneos. En su origen debieron figurar fragmentos inconexos y unidos sólo con sistemas mnemónicos: eso explica la fluidez de las imágenes y la dificultad para coordinar los discursos en una secuencia lógica. En esta primera perícopa se identifica Jesús, de manera implícita, con el pastor de las ovejas que entra en el recinto (en griego, *aulé*) pasando por la puerta. Dado que el término *aulé* significa también el patio del templo donde se reúne el pueblo de Dios, Jesús asume legítimamente la guía del mismo con una autoridad que le viene de Dios, a diferencia de *los ladrones y salteadores*. Como los pastores de Palestina, que lanzaban una llamada característica para hacerse reconocer por su propio rebaño, también Jesús conoce a sus ovejas, y estas reconocen su voz. El buen pastor las saca fuera -el Mesías guía al pueblo en un éxodo salvífico- «y las ovejas le siguen» con una intuición segura (vv. 4s).

Dado que los oyentes no le comprenden, recurre Jesús a una nueva imagen (vv. 6- 10): él es «la puerta de las ovejas», del mismo modo que es el camino, esto es, «el único mediador entre Dios y los hombres» (1 Tim 2,5). Quien pasa a través de su mediación encontrará la salvación, la seguridad y el «sustento», o sea, la plenitud de la vida. La misión del pastor es precisamente ponerse al servicio de las ovejas, en contraposición a cuantos se arrogan una autoridad sobre el pueblo que Dios no les ha conferido (vv. 9s) y, por eso, se convierten en una explotación egoísta, en atropello, en violencia.

MEDITATIO

Todas las lecturas de hoy tienen como fondo la presencia de Cristo, buen pastor, enviado por el Padre a reunir la grey. El Evangelio define también al pastor como la «puerta» que introduce en el redil. Él es quien hace entrar en la intimidad y en la comunión de vida con el Padre. Ésta es la orientación de toda la vida de los hombres: volver a casa, al seno del Padre, de donde ha venido Cristo y a donde ha vuelto tras haber realizado su misión de salvamos.

En consecuencia, el tiempo presente es un tiempo de camino, de retorno, de búsqueda, de nostalgia, y todo lo que nos sucede tiene un sentido referido a la meta que debemos alcanzar. Pues bien, el designio de Dios se presenta, justamente, como un ir a buscar a los hombres dispersos para llevarlos a la salvación, a la vida. Y Jesús es la puerta por la que es preciso que entremos: la puerta de la salvación, de la vida, de la esperanza. Es todo eso y mucho, mucho más.

Sin embargo, ¡qué difícil resulta tener la humildad de reconocer su voz de verdadero pastor, que nos invita a salir de las estrecheces de nuestro egoísmo para introducirnos en el Reino de la verdadera libertad! Toda nuestra vida se juega en nuestra decisión de escuchar, seguir y entrar en Jesús.

ORATIO

Jesús, pastor y sustento de tus fieles, guía seguro y sendero de vida, tú que conoces a todos por su nombre y nos llamas todos los días uno a uno, haznos capaces de reconocer tu voz, de sentir el calor de tu presencia que nos envuelve, incluso cuando el camino sea estrecho, impracticable, y la noche, profunda e interminable.

Siguiéndote sin resistencias y sin miedos, llegaremos a los prados que verdean, a las fuentes frescas de tu morada, donde nos harás beber y reposar,

CONTEMPLATIO

Nuestro Señor nos ha dicho que es la puerta del redil. ¿Cuál es ahora el redil cuya puerta es Cristo? Es el corazón del Padre. Cristo es precisamente la amable puerta que nos ha abierto de par en par este amable corazón, antes cerrado a todos los hombres. En este redil se han reunido todos los santos. El pastor es el Verbo eterno; la puerta es la humanidad de Cristo. Por las ovejas de este redil entendemos ahora las almas humanas, aunque también las naturalezas angélicas pertenecen a él. El Verbo eterno ha abierto el camino en este amable redil a todas las criaturas razonables, y es el verdadero y buen pastor del rebaño. Pero el ostiario, el guardián de esta casa, es el Espíritu Santo.

¡Oh, con cuánto amor y con cuánta bondad abre esta puerta, este corazón paterno, y abre a todos siempre el tesoro escondido, la intimidad y la riqueza de esta casa! ¡Nadie puede imaginar ni comprender cuán abierto y bien dispuesto está Dios, cuán acogedor y cuán sediento, y cómo corre a nuestro encuentro en todo instante y a toda hora (...)!

El guardián saca fuera sus propias ovejas, y el pastor las lleva fuera, llamándolas por su nombre, va delante de ellas y ellas le siguen. ¿Adónde? Al redil, al corazón del Padre, donde está su morada, su ser, su reposo. Ahora bien, todos los que quieran incorporarse deben pasar por la puerta que es Cristo en su humanidad. Éstas son sus ovejas, que tienen como meta y sólo buscan a Dios, única y exclusivamente en sí mismo, y ninguna otra cosa que no sea su honor y su voluntad (Juan Taulero, 1 *Sermoni*, Milán 1997, pp. 287s, *passim* (existe edición castellana de sus Obras, Fundación Universitaria Española, Madrid 1984).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*El Señor es mi pastor, nada me falta*» (Sal 23, l).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

¿Quién es Jesús? Jesús es el buen pastor. Es el mismo Señor quien nos invita a que lo pensemos así: como una figura extremadamente amable, dulce, próxima. Sólo podemos atribuir al Señor expresarse con una bondad infinita. Presentándose con este aspecto, repite la invitación del pastor: establece una relación que sabe de ternuras y de prodigios. Conoce a sus ovejitas y las llamo por su nombre. Como nosotros somos de su rebaño, resulta fácil la posibilidad de corresponder que antecede a la misma petición que le presentamos. Él nos conoce y nos llama por nuestro nombre; se acerca a cada uno de nosotros y desea hacernos llegar a una relación afectuosa, filial, con él, la bondad del Señor se manifiesta aquí de una manera sublime, indecible (...).

El Cristo que llevamos a la humanidad es el «*Hijo del hombre*», como él mismo se llamó. Es el primogénito, el prototipo de la nueva humanidad, es el Hermano, el Compañero, el Amigo por excelencia. Sólo de él puede decirse, con toda verdad, que «*conocía todo lo que hay en el hombre*» (Jn 2,25). Es el enviado por Dios no parara condenar al mundo, sino para salvarlo. Es el buen pastor de la humanidad. No hay valor humano que no haya respetado, ensalzado y rescatado. No hay sufrimiento humano, que no haya comprendido, compartido y valorado. No hay necesidad humana -con excepción de las imperfecciones humanas- que no asumiera y probara en si mismo y propusiera a la inventiva y a la generosidad de los otros hombres como objeto de su solicitud y de su amor, por así decirlo,

como condición de su salvación (Pablo VI, *Discurso del 28 de abril de 1968*).

QUINTO DOMINGO

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 6,1-7

¹ Por aquellos días, debido a que el grupo de los discípulos era muy grande, los creyentes de origen helenista murmuraron contra los de origen judío porque sus viudas no eran bien atendidas en el suministro cotidiano.

² Los Doce convocaron al grupo de los discípulos y les dijeron:

No está bien que nosotros dejemos de anunciar la Palabra de Dios para dedicarnos al servicio de las mesas.

³ Por tanto, elegid entre vosotros, hermanos, siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a los cuales encomendaremos este servicio, ⁴ para que nosotros podamos dedicarnos a la oración y al ministerio de la Palabra.

⁵ La proposición agradó a todos, y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. ⁶ Los presentaron ante los apóstoles, y ellos, después de orar, les impusieron las manos.

7 La Palabra de Dios se extendía, el número de discípulos aumentaba mucho en Jerusalén, e incluso muchos sacerdotes se adherían a la fe.

El cuadro ideal de la primera comunidad cristiana, presentado por Lucas en los «compendios» de los Hechos de los Apóstoles, da la impresión de que está estropeado por las tintas más oscuras introducidas con el episodio de Ananías y Safira (5, 1 - 11) y el relacionado con el descontento de los helenistas a causa de cierto descuido en la distribución de los bienes a los pobres. Sin embargo, estos hechos nos ayudan a comprender la verdadera naturaleza de la Iglesia, que ni está a salvo de las penas ni se compone de santos. La comunión que se busca en ella de manera constante, el bien al que tiende, son resultado de un camino no exento de problemas y dificultades, afrontados y superados mediante una colaboración cotidiana y paciente, dejándose guiar por el Espíritu, que conduce a todos hacia la unidad perfecta a través de la multiplicidad de los carismas y de los ministerios (cf. Ef 4,11-13).

En el fragmento que nos presenta la liturgia de hoy se puede percibir el resultado de la atención otorgada por los Doce a las cuestiones planteadas por un grupo de discípulos. El hecho tiene una importancia fundamental, no sólo la dificultad no se vuelve motivo de desencuentro y de división, sino que lleva a los cristianos a tomar una mayor conciencia de su propio papel en la sociedad y a encontrar soluciones nuevas para poder hacerse «todo con todos». Poniéndose a la humilde escucha del Espíritu reciben luz para establecer una primera diferenciación en los servicios eclesiales. Los Doce examinan el problema, convocan a todos los discípulos y proponen una solución (vv. 2-4), que es aprobada y entra en vigor. Con todo ello manifiestan que la Iglesia es una realidad viva, en continuo crecimiento.

En esta nueva situación, los apóstoles saben discernir cuál ha de ser su tarea insustituible: presidir la oración, transmitir con fidelidad las enseñanzas de Jesús, orientar a la comunidad para que elija de manera responsable en su seno a los hombres adecuados («de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría») para ejercer un servicio caritativo que no excluya a nadie y difunda por todas partes el buen perfume de Cristo. El versículo con el que concluye la perícopa casi parece su coronación: la sabia articulación de los servicios en el interior de la Iglesia tiene como resultado la difusión de la Palabra de Dios y el incremento masivo de la comunidad cristiana con nuevas e inesperadas conversiones.

Segunda lectura: 1 Pedro 2,4-9

Queridos: ⁴ Acercándoos a él, piedra viva rechazada por los hombres, pero escogida y preciosa para Dios, ⁵ también vosotros, como piedras vivas, vais construyendo un templo espiritual dedicado a un sacerdocio santo, para ofrecer, por medio de Jesucristo sacrificios espirituales agradables a Dios.

⁶ Por eso dice la Escritura:

He aquí que coloco en Sión una piedra escogida, angular, preciosa; quien crea en ella no quedará defraudado.

⁷ El honor es para vosotros, los creyentes. Para los incrédulos, sin embargo: La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en piedra angular.

⁸ Y también: En piedra de tropiezo y roca donde se estrellan.

Tropiezan, efectivamente, los que se niegan a acoger la Palabra, pues tal es su destino. ⁹ Vos-

tros, en cambio, sois linaje escogido, sacerdocio regio y nación santa, pueblo adquirido en posesión para anunciar las grandezas del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.

El tema de la santidad, vocación propia de todos y cada uno de los cristianos, compromiso inderogable para el bautizado, es un tema central en la Primera carta de Pedro. Tras haber tratado el asunto desde el punto de vista espiritual (1,13-21) y práctico (1,22-2,1), fija ahora el apóstol su atención en el punto fundamental. Santidad no es sinónimo de «buena conducta», ni tampoco simplemente de «lucha contra el pecado», sino de vida en Cristo, fuente de la «perfección», camino que conduce a ella. El autor, para explicar su pensamiento, se sirve de numerosas referencias bíblicas y, en particular, se refiere a la imagen de la «piedra angular», que aparece con distintos matices de significado en Is 28,16 y 8, 14s, así como en el Sal 118,22. Jesús resucitado es la piedra viva, preciosa, sobre la que todos los que se adhieren a él son edificados como otras tantas piedras vivas, para formar un único templo espiritual en el que mora Dios. Así es como se constituye la comunidad nueva del nuevo y auténtico éxodo (v. Sb; Ex 19, 5s).

Ésta, en su conjunto, se presenta como un organismo sacerdotal en el que cada miembro está llamado a ofrecer a Dios sacrificios espirituales gracias a la mediación de Jesucristo, sacerdote eterno que se ha inmolidado a sí mismo para la salvación del hombre. Unido a él, el pueblo de los creyentes -adquirido a un precio elevado- no sólo lleva una vida que tiene como horizonte el cielo, sino que se convierte a su vez en cooperador de la salvación «para anunciar las grandezas» llevadas a cabo por Cristo, que ejerce su sacerdocio ya sea como servicio cultural en la liturgia de alabanza a Dios, ya sea como servicio de la Palabra, anuncio del Evangelio, apoyado por el testimonio eficaz de una vida arrancada de las tinieblas del pecado, para volverse radiante por la admirable luz de Dios.

Evangelio: Juan 14,1-12

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹ No os inquietéis. Confiad en Dios y confiad también en mí. ² En la casa de mi Padre hay lugar para todos; de no ser así, ya os lo habría dicho; ahora voy a prepararos ese lugar. ³ Una vez que me haya ido y os haya preparado el lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que podáis estar donde voy a estar yo. ⁴ Vosotros ya sabéis el camino para ir adonde yo voy.

⁵ Tomás replicó:

Pero, Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo vamos a saber el camino?

⁶ Jesús le respondió:

Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie puede llegar hasta el Padre sino por mí.

⁷ Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Desde ahora lo conoceréis, pues ya lo habéis visto.

⁸ Entonces Felipe le dijo:

Señor, muéstranos al Padre; eso nos basta.

⁹ Jesús le contestó:

Llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y aún no me conoces, Felipe? El que me ve a mí ve al Padre. ¿Cómo me pides que os muestre al Padre? ¹⁰ *¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que os digo no son palabras mías. Es el Padre, que vive en mí, el que está realizando su obra.* ¹¹ *Debéis creerme cuando afirmo que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí; si no creéis en mis palabras, Creed al menos en las obras que hago.* ¹² *Os aseguro que el que cree en mí hará también las obras que yo hago, e incluso otras mayores, porque yo me voy al Padre.*

Se trata de una perícopa tomada de los discursos de despedida que Jesús dirigió a los suyos durante la última cena, palabras que ahora se dirigen a la Iglesia. El clima está cargado de dolorosa sorpresa por la predicción de la traición de uno de los apóstoles y de la triple negación de Pedro, y, al mismo tiempo, está invadido por un atormentado afecto a causa de la inminente separación. De ahí que Jesús consuele a los discípulos invitándoles a que tengan una fe más grande (v. 1) no sólo en Dios, sino también en él, que es el Hijo amado de Dios. Su «éxodo» ha de pasar, ciertamente, a través de la muerte y el descenso a los infiernos, pero tendrá como meta la «*casa del Padre*». Y precisamente en ella se detiene ahora Jesús.

También es posible hacer frente al camino de la pasión con la mirada fija en el cielo. Él «se va», pero su partida no es definitiva; se va a preparar «*un lugar*» para ellos (v. 2). De este modo explica el sentido de su muerte de cruz y anuncia al mismo tiempo su retorno, aludiendo tanto a la resurrección -que, para los creyentes, ya es desde ahora anticipo de la vida eterna-

como a la *parusía*, o sea, al retorno glorioso al final de los tiempos.

Con todo, el discurso de Jesús sigue estando oscuro para los discípulos, y sus preguntas inician un diálogo que nos ofrece revelaciones significativas por parte de Jesús. En el v. 7, por ejemplo, afirma Jesús su unidad perfecta con el Padre, hasta el punto de que verle a él es ver a Dios. Es Dios quien le ha enviado, y Jesús le obedece en todo (v. 10b), lo que le permite revelarlo de un modo completamente transparente. Sus «*obras*» dan testimonio de ello (v. 11). Del mismo modo, quien crea en él participará de su mismo poder divino y así se hará manifiesta la plena reconciliación acaecida entre el cielo y la tierra.



Yo soy el camino, y la verdad y la vida

MEDITATIO

Jesús se manifiesta como camino, verdad y vida, y se entrega a nosotros a fin de que podamos alcanzar la verdadera y plena libertad ofrecida a los hijos de Dios para entrar en la heredad eterna. Se dirige a nosotros interrogándonos sobre la profundidad de nuestra relación con él. Es posible, en efecto, ser cristiano, comulgar, participar en todas las peregrinaciones y en todas las iniciativas y, sin embargo, no llegar nunca a conocer a Jesús, permaneciendo siempre en la superficie. Conocer a Jesús significa, más bien, experimentarlo interiormente, reconocer que él es el Hijo enviado por el Padre para salvarnos, la expresión del amor infinito de Dios por nosotros. Todo eso es posible sólo mediante la fe.

Crear es *confiarse*. No es comprender racionalmente; es acoger, dar crédito, encontrarse con el Señor

y considerarlo en verdad como aquel que mueve los hilos de nuestra vida y dispone el desarrollo de todos los acontecimientos. Hasta que no lleguemos a esta experiencia de comunión - es decir, de abandono de nosotros mismos en aquel que nos ha incorporado a sí mismo en el bautismo- no podremos decir que conocemos plenamente a Jesús y, en él, al Padre. Ahora bien, para esto nos ha sido dado el Espíritu Santo. Él nos permite caminar por el sendero de Dios seguros de que lo dispone todo para nuestro bien.

ORATIO

Señor Jesús, Maestro bueno, nuestro corazón se muestra a menudo inquieto por todo el mal que hay en el mundo y por nuestras mismas debilidades, por las traiciones y negaciones de las que nos consideramos capaces. Aumenta nuestra fe en ti y en el Padre que nos has revelado.

Tú eres el camino: haz que te sigamos. Tú eres la verdad: haz que te conozcamos. Tú eres la vida: haz que vivamos en ti para ver al Padre y glorificar tu santo nombre ante todos los hombres.

CONTEMPLATIO

Nosotros te seguimos, Señor Jesús, pero tú llámanos para que podamos seguirte. Nadie puede subir sin ti. Tú eres el camino, la verdad, la vida, la posibilidad, la fe, el premio. Acoge a los tuyos: tú eres el camino. Confírmanos: tú eres la verdad. Reavívalos: tú eres la vida.

Admítenos a aquel bien que deseaba ver David, habitando en la casa del Padre, cuando se preguntaba: «¿Quién nos mostrará el bien?», y decía: «Creo que veré los bienes del Señor en el país de la vida». Los bienes se encuentran allí donde está la vida eterna, la vida sin culpa.

Ábrenos el corazón al verdadero bien, a tu bien divino, «en el que existimos, vivimos y nos movemos». Nos movemos si andamos por el camino; existimos si permanecemos en la verdad; vivimos si estamos en la vida. Muéstranos el bien inalterable, único, inmutable, en el que podamos ser eternos y conocer todo bien: en ese bien se encuentra la paz serena, la luz inmortal, la gracia perenne, la santa herencia de las almas, la tranquilidad sin inquietud, no destinada a perecer, sino que ha sido sustraída a la muerte: allí

donde no hay lágrimas ni mora el llanto -¿puede haber llanto donde no hay pecado?-, allí donde son liberados tus santos de los errores y de las inquietudes, del temor y del ansia, de las codicias, de todas las mezquindades y de todo afán corporal, allí donde se extiende la tierra de los vivos (Ambrosio, *De bono mortis*, XII, 55).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «No se inquiete vuestro corazón» (Jn 14, 1).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Hace algunos años, un hombre de Dios que me guiaba entonces me envió un mensaje que me asustó mucho: «Sea siempre fiel a Dios en la observación de sus promesas y no se preocupe de las burlas de los insulsos. Sepa que los santos siempre se han hecho la burla del mundo y de los mundanos y han sido pisoteados por el mundo y por sus máximas. El campo de la lucha entre Dios y Satanás es el alma humana donde se desarrolla esta lucha en todos los momentos de la vida. Para vencer a enemigos tan poderosos, es preciso que el alma de libre acceso al Señor y sea fortalecida por él con todo suerte de armas, que su luz la irradie para combatir contra las tinieblas del error, que se revista de Jesucristo, de su verdad y justicia, del escudo de la fe, de la Palabra de Dios. Para revestimos de Jesucristo, es preciso que muramos a nosotros mismos. Estoy seguro de que nuestra Madre celestial le acompañará paso a paso.

Estaba yo confuso, mi mente daba vueltas, cavilaba en estos pensamientos sin llegar a ninguna conclusión. Pasó después otro trecho de vida y comprendí que morir a nosotros mismos es hacernos vivir a nosotros mismos. Caigo en la cuenta de que los momentos de vida plena son aquellos en que siento la tentación de hacer vivir en mí a Dios y su voluntad. Al final he comprendido que abandonarme a Dios no significa haber superado todos mis problemas, sino querer verdaderamente, con todo mi ser, que él pueda obrar en mí y pueda encontrar en mí una plena colaboración. Al leer ahora de nuevo esta carta, cada palabra toma un valor diferente y, contrariamente a hace algunos años, me anima a continuar por este sendero (E. Olivero, *Amare con il cuore di Dio*, Turín 1993, pp. 72s).

SEXTO DOMINGO

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 8,5-8.14-17

En aquellos días, ⁵ Felipe bajó a la ciudad de Samaría y estuvo allí predicando a Cristo.

⁶ La gente escuchaba con aprobación las palabras de Felipe y contemplaba los prodigios que realizaba.

⁷ Pues de muchos poseídos salían los espíritus inmundos, dando grandes voces, y muchos paralíticos y cojos quedaron curados.

⁸ Y hubo gran alegría en aquella ciudad.

¹⁴ Los apóstoles, que estaban en Jerusalén, oyeron que los habitantes de Samaría habían recibido la Palabra de Dios y los enviaron a Pedro y a Juan.

¹⁵ Éstos bajaron y oraron por ellos, para que recibieran el Espíritu Santo,

¹⁶ pues aún no había venido sobre ninguno de ellos; sólo habían recibido el bautismo en el nombre de Jesús, el Señor.

¹⁷ *Entonces les impusieron las manos, y recibieron el Espíritu Santo.*

La persecución desencadenada contra los discípulos tras el martirio de Esteban provoca su dispersión fuera de Jerusalén, con excepción de los apóstoles (vv. 1-4). Es una nueva siembra de la Palabra (Mc 4,3), mediante la cual se va cumpliendo el programa trazado por Jesús antes de la ascensión, cuando afirmaba que es preciso dar testimonio de él, más allá de Jerusalén, en Judea y en Samaría y hasta los confines de la tierra (Hch 1,8).

El diácono Felipe se pone a predicar el Evangelio a los samaritanos y encuentra los ánimos bien después-tos, ávidos de escuchar sus palabras, entusiasmados por los milagros que acompañan y confirman la predicación. Estos samaritanos muestran la autenticidad de su adhesión a Cristo mediante una conversión concreta. En efecto, los que reciben el anuncio de la salvación no vacilan en rechazar la fascinación ilusoria de la magia (vv. 9-13).

La fe se convierte en vida, y vida inundada por una «gran alegría», don del Espíritu: es el Espíritu quien empuja a los discípulos, guía la actividad misionera y hace crecer la Iglesia, no sólo en extensión, sino también en cohesión y unidad. Aunque alejadas desde el punto de vista geográfico, las distintas comunidades permanecen, en efecto, sólidamente arraigadas en el

fundamento de los apóstoles (cf. Ef 2,20). Estos últimos deciden, de manera unánime, enviar desde Jerusalén a Pedro y Juan. En consecuencia, bajan a Samaría para transmitirles, mediante la imposición de las manos, el don del Espíritu del Resucitado (Jn 20, 22s), una tarea propia del ministerio de los apóstoles. De este modo se establece un vínculo de comunión que edifica la Iglesia en la unidad.

Segunda lectura: 1 Pedro 3,15-18

Queridos: ¹⁵ Dad gloria a Cristo, el Señor, y estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os pida explicaciones. ¹⁶ Hacedlo, sin embargo, con dulzura y respeto, como quien tiene limpia la conciencia. Así, quienes hablan mal de vuestro buen comportamiento como cristianos se avergonzarán de sus calumnias.

¹⁷ Pues es preferible sufrir por hacer el bien, si así lo quiere Dios, que por hacer el mal.

¹⁸ *También Cristo padeció una sola vez por los pecados, el inocente por los culpables, para conducirnos a Dios. En cuanto hombre sufrió la muerte, pero fue devuelto a la vida por el Espíritu.*

Si queremos ser auténticos cristianos -afirma Pedro- no podemos evitar la persecución, sea cual sea la condición social a la que pertenezcamos. Para glorificar con nuestra vida el nombre de Cristo, es preciso no tener miedo de sufrir. El apóstol, citando Is 8, 12b- 13, exhorta a permanecer unidos al Señor. De ahí brota la fuerza limpia cuando se da razón de la propia fe. Si en el mundo domina la violencia, el cristiano debe resplandecer por la virtud de la fortaleza, que le hace manso y dulce en las palabras, siempre dispuesto a obrar conforme al Evangelio, y por eso incontestable (v. 16). En esas condiciones, cualquier sufrimiento padecido será «*un sacrificio santo y agradable a Dios*» (Rom 12, 1), unido al de Cristo (v. 17).

Él, con su muerte expiatorio, ha liberado de la esclavitud del pecado a los hombres de todos los tiempos, tal como había profetizado Isaías (53, 1 lb) del Siervo de YHWH. De este modo, toda la humanidad es reconducida a Dios, en calidad de ofrenda consagrada a él. El final de la perícopa (v. 1 Sb) expresa de modo recargado y lapidario el significado de la pascua del Señor: «*En cuanto hombre sufrió la muerte*» -por haber asumido la carne de la humanidad para poder cargar sobre sí y expiar el pecado del hombre-, pero «*fue devuelto a la vida por el Espíritu*», porque el amor que le impulsó a la entrega total de sí mismo es

más fuerte que la muerte. En este paso -pascua- se revela la gloria de Dios. Sólo adorando en su propio corazón este misterio, tendrá el cristiano la fuerza necesaria para hacer frente a la persecución como su Señor, y dará testimonio con la palabra y con la vida de la esperanza que lo sostiene.

Evangelio: Juan 14,15-21

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹⁵ Si me amáis, obedeceréis mis mandamientos, ¹⁶ y yo rogaré al Padre para que os envíe otro Paráclito, para que esté siempre con vosotros. ¹⁷ Es el Espíritu de la verdad que no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive en vosotros y está en vosotros. ¹⁸ No os dejaré huérfanos; volveré a estar con vosotros.

¹⁹ El mundo dejará de verme dentro de poco; vosotros, en cambio, seguiréis viéndome, porque yo vivo y vosotros también viviréis. ²⁰ Cuando llegue ese momento, comprenderéis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros.

²¹ *El que acepta mis preceptos y los pone en práctica, ése me ama de verdad, y el que me ama será amado por mi Padre. También yo lo amaré y me manifestaré a él.*

En el «discurso de despedidas, Jesús ayuda a sus discípulos a comprender el sentido y el valor de su «ir al Padre», y les consuela por la pena que esta separación produce en ellos. Ese consuelo toma el significado concreto de una salida de sí para adherirse plenamente a la voluntad de Dios. La pascua estará completa si también los discípulos hacen su éxodo como Cristo. El éxodo que deben realizar no es ya de naturaleza geográfica, sino de orden espiritual, y se condensa en una actitud de obediencia: «Si me amáis, obedeceréis mis mandamientos» (v. 15).

El amor a Jesús no es un sentimiento, sino una vida fiel a su Palabra; tampoco es un sentimiento el amor de Jesús por los hombres. El amor es una persona, es Dios mismo, es el Espíritu Santo, que une al Hijo con el Padre en la eternidad y que ha sido derramado en el

corazón de los creyentes (cf. Rom 5,5). En el cuarto evangelio se designa al Espíritu con un término tomado del vocabulario forense: Paráclito, «abogado defensor» o, mejor aún -puesto que esta función era desconocida para el derecho judío-, el «testigo a favor». De ahí la

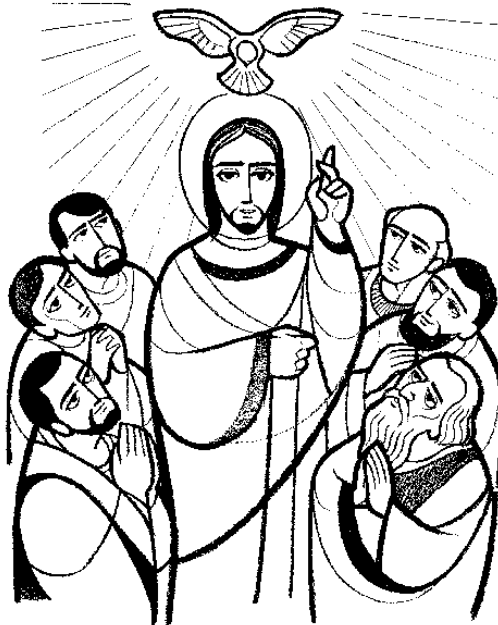
traducción: «Consolador». Jesús es el primer «paráclito» enviado por el Padre: tras su partida intercederá ante Dios para que envíe «otro paráclito», que permanecerá para siempre con los suyos. El «mundo» ignora su presencia, porque no es perceptible a los sentidos, aunque quienes están atentos a las cosas de Dios la conocen.

En la vida de la Iglesia todo se mueve al son del Espíritu: él es quien ora en los que oran; él es quien guía a la verdad completa; es también él quien mueve al arrepentimiento a los que han caldo en pecado y abre los corazones a la conversión, él es quien hace comprender la inefable unidad entre el Padre y Jesús, y quien introducirá en ella a los discípulos

(v. 20). Su presencia es para cada hombre la prenda de la misma vida eterna (v. 19), de la manifestación plena del rostro de Dios y de la comunión total con él: «El que acepta mis preceptos y los pone en práctica, ése me ama... y me manifestaré a él» (v. 21).

MEDITATIO

En el orden cotidiano de nuestra vida no tenemos siempre presente el motivo de nuestra alegría y de nuestra esperanza. Para que eso ocurra es preciso vivir con la mirada del corazón dirigida a Cristo, que repite más veces: «Si me amáis...». Todo depende de este "sí". Sin embargo, amar es lo que más difícil nos resulta, porque prevalece en nosotros la yesca del egoísmo y del orgullo, del repliegue en nosotros mismos, por encima del impulso a ofrecernos a los otros. A menudo, víctimas de nuestro mismo egoísmo, pecamos contra Dios y contra los hermanos. El amor está herido por nuestros rechazos y por nuestras avaricias. ¡Cuántas veces nos encontramos haciendo cálculos o dispuestos a amar sólo hasta cierto punto, sólo si vemos alguna utilidad práctica, algún resultado efectivo; en resumidas



**Yo le pediré al Padre
que os dé otro Defensor**

cuentas, sólo si, en definitiva, podemos sacar alguna ganancia!

Sin embargo, es siempre el amor mismo, en su gratuidad más total, la mayor ventaja. Sólo quien ama vive de verdad. Quien no ama está en la muerte. Así se revela el misterio de la alegría. Vivir la pascua significa redescubrir cada día que estamos llamados al amor y a la comunión. Que aunque somos débiles y con frecuencia nos sentimos aplastados por muchas preocupaciones y sufrimientos, se nos conceda no perder nunca el deseo de ser testigos del amor. Que cada día podamos decirle al Señor: «Concédeme, hoy, ser motivo de consuelo para mis hermanos, en especial para los más tristes y los que pasan por las pruebas más difíciles». «Concédeme, hoy, hacer brillar un rayo de luz en el camino de quienes no conocen la belleza de la vida». Que cada día podamos decir: he aquí la pascua. Que cada mañana podamos ponernos en camino impulsados por el Espíritu de amor, y así ya nada podrá asustarnos: hasta el dolor y la muerte se volverán acontecimientos de amor, acontecimientos pascuales, pasos a la vida nueva.

ORATIO

Señor Jesús, nosotros creemos que tú nos amas y deseamos amarte: danos el Espíritu de la verdad para que nos haga comprender y poner en práctica todas tus palabras de vida, esas que has traído para nosotros del corazón del Padre eterno. Tú estás siempre con nosotros y no nos dejas huérfanos: también nosotros queremos permanecer contigo. Sostén y aumenta en nosotros este deseo. Ruega por nosotros al Padre, para que nos envíe al «*otro Consolador*», el que nos defiende del maligno y nos hace recordar lo mucho que somos amados de modo totalmente gratuito. De esta forma seremos conducidos a la verdad completa, a la dulzura de la comunión, a la seguridad de la paz. Y el mundo, al verlo, sabrá que tú amas al Padre y cumples su voluntad, y que precisamente este amor salva el mundo. Amén.

CONTEMPLATIO

El alma que ha sido considerada digna de participar de la luz del Espíritu, y que ha sido iluminada por el esplendor de su gloria inefable, cuando el Espíritu mora en ella se vuelve toda luz, toda rostro, toda ojo, y no queda parte alguna de ella que no esté llena de ojos espirituales y de luz. Eso equivale a decir que ya no

queda en ella nada de tenebroso, sino que es toda luz y Espíritu, está totalmente llena de ojos y no tiene ya reverso, sino que es anverso por todos lados, porque ha venido a ella y reside en ella la belleza indescriptible de la gloria y de la luz de Cristo.

Del mismo modo que el sol es totalmente semejante a sí mismo y no tiene ningún reverso, ningún lugar inferior, sino que brilla por todas partes con su luz así también el alma que ha sido iluminada por la inefable belleza, gloria y luz del rostro de Cristo, y que, colmada de Espíritu Santo, ha sido hecha digna de convertirse en morada y templo de Dios, se vuelve toda ojo, toda luz, toda rostro, toda gloria y toda Espíritu, ya que de este modo Cristo la adorna, la transporta, la dirige, la sostiene y la conduce, y de este modo también la ilumina y la decora de belleza espiritual (Seudo-Macario, *Primera homilía*, 2-, en PG 34, 451).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Grandes son las obras del Señor, las contemplan los que las aman*» (Sal 110,2).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Estando en comunión con Jesús, nos encontramos bajo el influjo del Espíritu Santo y podemos ser creativos, obrar plenamente de un modo nuevo en la lucha por el Reino, la ciudad el amor. En Jesús a través de él, podemos hacer frente a las fuerzas del mal y de la mentira inscritas en los corazones y en los grupos humanos, fuerzas que aplastan la vida, que aplastan a los débiles y a los humildes. Ya no somos nosotros quienes hablamos, sino el Espíritu Santo en nosotros. Ya no somos nosotros los que vivimos, sino Jesús en nosotros. Jesús ha venido a hacer nuevas todas las cosas. En comunión con él en el Espíritu Santo, también nosotros podemos hacer nuevas todas las cosas y hacer cosas más grandes aún que las hechas por Jesús (Jn 1,4).

Estando en comunión con Jesús, nuestras acciones nacen de la comunión y están orientadas hacia la comunión. También nuestras palabras están llamadas a brotar del silencio de la comunión para llegar al silencio del amor. Estamos llamados a beber en el corazón de Cristo para volvernos fuentes de vida para los otros, para dar nuestra vida a los otros (J. Vanier, *Gesú, ii dono dell'amore*, Bolania 1994, p. 168 [trad. cat.: *Jesús, el do de l'amor*, Editorial Claret, Barcelona 1994]).

EL PADRENUUESTRO

LUNES

1. Invoquemos al Padre con las palabras que el Espíritu del Señor Resucitado pone en nuestros labios.

MARTES

2. Porque deseamos que la luz de Cristo alumbre a todos los hombres, pidamos al Padre que su Reino llegue a nosotros.

MIÉRCOLES

3. Porque Jesucristo nos ha hecho partícipes de su propia vida, somos hijos de Dios y por ello nos atrevemos a decir.

JUEVES

4. Cristo Resucitado ha hecho de nosotros un solo corazón y una sola alma: por ello podemos decir con confianza.

VIERNES

5. Unamos nuestra oración a la de Jesús Resucitado, nuestro Abogado ante el Padre, y digamos como El nos enseñó.

SÁBADO

6. Cristo Resucitado nos ha dado el Espíritu Santo, que ora dentro de nosotros y nos hace decir.

LUNES

7. El Espíritu de Jesús Resucitado intercede por nosotros y ayuda a nuestra debilidad. Por eso, digamos con confianza.

MARTES

8. Hechos hijos de Dios por el bautismo, y unidos en el Espíritu del Señor Resucitado, invoquemos a nuestro Padre del cielo.

MIÉRCOLES

9. Porque Dios ha derramado en nuestros corazones el Espíritu de hijos, nos atrevemos a decir.

JUEVES

10. Gozados por la filiación divina que hemos recibido, afirmemos nuestra esperanza, diciendo como Cristo nos enseñó.

BIBLIOGRAFIA

Para poder realizar estos apuntes que tienes en tus manos, he recurrido a la siguiente bibliografía para el tiempo pascual.

- 1.- *"Lectio Divina"* para cada día del año. Vol 4. Tiempo Pascual. Giorgio Zevini y Pier Giordano Cabra (eds.). Editorial Verbo Divino 2001.
- 2.- *"Pasqua - Pentecostés"* DOSSIERS CPL 52. Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona (España). Segunda edición 1995.
- 3.- *"La cincuentena pascual"* DOSSIERS CPL 4. Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona (España). Quinta edición 1992.
- 4.- *"Liturgia de las Horas"* Documentos preliminares. Buena Prensa (México). 1979.
- 5.- *"Agenda Litúrgica 2002"* Arquidiócesis de Guadalajara. 2002.
- 6.- *"La fiesta Pascual y el Tiempo Pascual"*. Cuadernos phase 87. Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona (España). Enero de 1998.
- 7.- *"Celebrar el año litúrgico"* Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona. Colección "celebrar" 51. Primera Edición septiembre de 1997.
- 8.- Por medio de *Internet*, *"Encuentra.com"* saqué los 3 capítulos que se refieren a Pentecostés (páginas 95-105).
- 9.- *"Celebraciones en el Tiempo pascual"* Joaquín Madurga. Editorial San Pablo (Madrid) 1994.

ABRIL

CUMPLEAÑOS

1 abril 1962.. SR. PBRO. MIGUEL ARIZAGA OCEGUEDA

1968.. SR. PBRO. EFRAIN FLORIDO ANTIMO

3 abril 1964.. SR. PBRO. VICTOR LIZARDE RODRIGUEZ

5 abril 1968.. SR. PBRO. JUAN GUILLEN RODRIGUEZ

1936.. SR. PBRO. VICENTE GUTIERREZ PADILLA

6 abril 1967.. SR. PBRO. SERGIO GUTIERREZ VAZQUEZ

1964.. SR. PBRO. GUILLERMO HUERTA MURO

7 abril 1963.. SR. PBRO. J. GUADALUPE PRADO GUEVARA

9 abril 1954.. SR. CURA FRANCISCO ESTRADA RIOS

1943.. SR. PBRO. JOSE HUGO OROZCO SANTOYO

16 abril 1962.. SR. PBRO. RODOLFO MORALES PEDROZA

17 abril 1946.. SR. PBRO. MIGUEL AGUIRRE SANCHEZ

1963.. SR. PBRO. JOSE ANTONIO ANGEL GONZALEZ

1929.. SR. PBRO. ELIAS SANCHEZ GARCIA

18 abril 1974.. SR. PBRO. LUIS ALFONSO MARTIN JIMENEZ

19 abril 1955.. SR. CURA GERARDO OROZCO ALCALA

20 abril 1972.. SR. PBRO. JAIME JAUREGUI DELGADILLO

1949.. SR. CURA J. JESUS MELANO GONZALEZ

21 abril 1964.. SR. PBRO. GONZALO OLIVA HERNANDEZ

1974.. SR. PBRO. ELIAS PEREZ MARTINEZ

1964.. SR. PBRO. J. JESUS ROCHA RAMOS

1969.. SR. PBRO. LUIS ENRIQUE SOTELO BARRERA

25 abril 1922.. SR. PBRO. ANASTACIO AGUAYO ZARAGOZA

25 abril 1961.. SR. CURA RAUL HERNANDEZ HERNANDEZ

27 abril 1970.. SR. PBRO. FELIPE HERNANDEZ ALCALA

31 abril 1974.. SR. DIACONO IGNACIO HURTADO M.

ANIVERSARIOS DE ORDENACION

2 abril 1949.. SR. PBRO. MANUEL DIAZ DIAZ

1949.. SR. PBRO. IGNACIO MONTOYA MALACARA

1949.. SR. PBRO. AGUSTIN SORIA DELGADO

5 abril 1947.. SR. PBRO. FRANCISCO JIMENEZ GUTIERREZ

6 abril 1957.. SR. CANGO. J. GUADALUPE BECERRA BARAJAS

1957.. SR. PBRO. ADOLFO GARCIA RIZO

1957.. SR. PBRO. AGUSTIN MONTES SEGURA

7 abril 1928.. SR. CANGO. IGNACIO GUTIERREZ DE LA TORRE

8 abril 1989.. SR. CURA JUAN CASILLAS PLASCENCIA

1989.. SR. PBRO. ALFREDO GARCIA GUZMAN

1989.. SR. PBRO. MANUEL MARTIN ALCALA

1989.. SR. CURA JOSE GUADALUPE VAZQUEZ GLEZ.

10 abril 1977.. SR. PBRO. JOSE LUIS GUTIERREZ VELAZQUEZ

(BODAS DE PLATA SACERDOTALES)

12 abril 1971.. SR. PBRO. VICENTE GUTIERREZ PADILLA

1941.. SR. CANGO. LUIS NAVARRO ROMERO

14 abril 1974.. SR. PBRO. FELIPE DE JESUS RGUEZ. VELAZQUEZ

1963.. SR. PBRO. PEDRO SUAREZ ORTEGA

15 abril 1979.. SR. PBRO. MIGUEL CHAVEZ GONZALEZ

1979.. SR. CURA SALVADOR GONZALEZ RUIZ

1979.. SR. PBRO. HELIODORO GUILLEN DELGADILLO

1979.. SR. CURA JUAN MANUEL OROZCO BARBA

1979.. SR. CURA PEDRO VAZQUEZ VILLALOBOS

16 abril 1974.. SR. CURA JOSE LUIS MUÑOZ DIAZ

17 abril 1971.. SR. CURA J. GUADALUPE RODRIGUEZ RUIZ

19 abril 1997.. SR. PBRO. JESUS MA. AGUIÑAGA FDEZ.

1997.. SR. PBRO. JOSE R. FLORES CONTRERAS

1997.. SR. PBRO. EFRAIN FLORIDO ANTIMO

1997.. SR. PBRO. ERMINIO GOMEZ GONZALEZ

1997.. SR. CURA ANDRES GONZALEZ GONZALEZ

1997.. SR. PBRO. JOEL HERNANDEZ DIAZ

1997.. SR. PBRO. CARLOS ROCHA HERNANDEZ

20 abril 1991.. SR. PBRO. MIGUEL ARIZAGA OCEGUEDA
1991.. SR. PBRO. PASCUAL AVELAR MARQUEZ
1991.. SR. PBRO. JOSE LUIS DELGADO CARRION
1991.. SR. PBRO. SANTIAGO LOPEZ VAZQUEZ
1946.. SR. PBRO. FELICIANO MACIAS MENDOZA
1991.. SR. CURA RAMON MAGAÑA CUIEL
1991.. SR. PBRO. TARCISIO MARTIN MARTIN
1991.. SR. PBRO. J. GPE. PRADO GUEVARA
1991.. SR. PBRO. JAVIER RODRIGUEZ OROZCO

23 abril 1994.. SR. PBRO. AGUSTIN ACEVES HERNANDEZ
1994.. SR. PBRO. JOSE ANTONIO ANGEL GLEZ.
1983.. SR. PBRO. J. JESUS ARELLANO HERNANDEZ
1994.. SR. PBRO. IGNACIO BARBA PALOS
1983.. SR. CURA JUAN ROBERTO CHAVEZ BOTELLO
1994.. SR. PBRO. ALBERTO ESCOBAR GOMEZ
1983.. SR. CURA FRANCISCO ESCOBAR MIRELES
1994.. SR. PBRO. LUIS FLORES VILLA
1994.. SR. PBRO. JUAN JESUS FUENTES HERNANDEZ
1983.. SR. CURA RAUL GOMEZ GONZALEZ
1983.. SR. CURA ESPIRIDION GUTIERREZ LIMON
1994.. SR. CURA RAUL HERNANDEZ HERNANDEZ
1994.. SR. PBRO. CELEDONIO MARTINEZ SOTELO
1994.. SR. PBRO. RODOLFO MORALES PEDROZA
1983.. SR. CURA RAMON PEREZ MATA
1994.. SR. PBRO. LUIS TORRES GONZALEZ
1994.. SR. PBRO. MARTIN VAZQUEZ MUÑOZ
1983.. SR. CURA RAFAEL VILLALOBOS ORTEGA
1994.. SR. PBRO. ALBERTO VILLASEÑOR JIMENEZ

24 abril 1999.. SR. PBRO. MARTIN BARAJAS RIZO
1999.. SR. PBRO. JOSE MANUEL GARCIA GARCIA
1999.. SR. PBRO. GREGORIO GARCIA GARCIA
1999.. SR. PBRO. JUAN GUILLEN RODRIGUEZ

1999.. SR. CURA ALBERTO GUZMAN GUZMAN
1999.. SR. PBRO. FELIPE HERNANDEZ ALCALA
1999.. SR. PBRO. JAIME JAUREGUI DELGADILLO
1999.. SR. PBRO. JOSE DANIEL LEON LEON
1999.. SR. PBRO. ELISEO LOZANO DIAZ
1999.. SR. PBRO. RICARDO NAVARRO ALCALA
1999.. SR. PBRO. SALVADOR ORTEGA RODRIGUEZ
1943.. SR. PBRO. JUAN PEREZ GALLEGOS
1999.. SR. PBRO. ELIAS PEREZ MARTINEZ
1999.. SR. PBRO. JOSE MAURICIO VELAZQUEZ PULIDO

27 abril 1996.. SR. PBRO. LEOPOLDO ANAYA MORENO
1996.. SR. PBRO. JUAN FRANCISCO GARCIA FLORES
1996.. SR. PBRO. JUAN CARLOS GONZALEZ OROZCO
1996.. SR. PBRO. VICTOR LOPEZ ARRAÑAGA
1996.. SR. PBRO. FRANCISCO JAVIER MACIEL ESTRADA
1996.. SR. PBRO. TRINIDAD ANTONIO MARQUEZ G.
1996.. SR. PBRO. MIGUEL ANGEL PADILLA GARCIA
1996.. SR. PBRO. ANTONIO RAMIREZ MARQUEZ
1996.. SR. PBRO. MAURO SAMUEL RODRIGUEZ GARCIA
1996.. SR. PBRO. RAUL RODRIGUEZ HERNANDEZ
1996.. SR. PBRO. JOSE RODRIGUEZ PARADA
1996.. SR. PBRO. ANDRES SAINZ MARQUEZ
1996.. SR. PBRO. JUAN JOSE SALDAÑA VALADEZ
1996.. SR. PBRO. JUAN TAVARES RAMIREZ

28 abril 1990.. SR. PBRO. JOSE ANTONIO CAMARENA VALADEZ
1990.. SR. CURA MIGUEL FRANCO GONZALEZ
1990.. SR. CURA JUAN MARTIN GONZALEZ DAVALOS
1990.. SR. PBRO. GABRIEL GONZALEZ PEREZ
1990.. SR. PBRO. FRANCISCO GUTIERREZ VAZQUEZ
1990.. SR. PBRO. GERARDO JIMENEZ MORONES
1990.. SR. PBRO. MIGUEL MARTIN RIOS
1990.. SR. PBRO. JOSE BRIGIDO PEREZ GUTIERREZ

ANIVERSARIOS DE DEFUNCION

3 abril 1978.. SR. PBRO. ATANACIO TORRES NAVARRO
5 abril 1975.. SR. PBRO. REYNALDO FLORES HERMOSILLO
10 abril 1976.. SR. CANGO. MANUEL FLORES FLORES
14 abril 1994.. SR. PBRO. IGNACIO NUÑO SÁNCHEZ
15 abril 1975.. SR. PBRO. CANDELARIO MATA
16 abril 1996.. SR. CURA RAYMUNDO MALDONADO C.

17 abril 1999.. SR. CURA MARIANO RAMÍREZ NOGALES
2001.. SR. PBRO. JOSÉ ANTONIO GARCÍA ROMO
23 abril 1988.. SR. PBRO. GERARDO MAGDALENO ELIZONDO
24 abril 1990.. SR. CURA ESTEBAN VERA
25 abril 1987.. SR. OBISPO D. JOSÉ LÓPEZ LARA

AGENDA DE ABRIL 2002

M^a. 2-V. 5 Encuentro nacional de pastoral penitenciaria

S. 6 Reunión del Equipo diocesano de Educación y cultura

L. 8 Reunión de Consejos decanales

M^a. 9-J. 11 Encuentro BUC de mamás (*San Juan*)

Mⁱ. 10 BODAS DE PLATA SACERDOTALES DEL SR. PBRO. JOSE LUIS GUTIERREZ VELAZQUEZ

J. 11-D. 14 Pre-vida consagrada religiosa (*Tepa: Casa de Ejercicios*)

D. 14 Encuentro diocesano de maestros. Educación y cultura, Laicos, Religiosos
10:00 a.m. (*Casa Juan Pablo II*)

L. 15-Mⁱ. 17 Encuentro BUC de papás (*San Juan*)

L. 15-V 19 Curso de formación de asesores Adolescentes y Jóvenes (*Tepa*)

L. 15-V 19 Ejercicios espirituales (*Diáconos*)

J. 18-D. 21 Encuentro BUC de hombres (*Acatit*)

S. 20 Ordenaciones diaconales en el Seminario Mayor a las 11:00 am

D. 21 Jornada de oración por las vocaciones

Paseo-convivencia de Religiosas

L. 22-V. 26 Reunión generacional de 15 a 29 años de ordenados (*Casa Juan Pablo II*)

S. 27 Clausura del Año de la Vida 9:00 a.m. (*Casa Juan Pablo II*)

D. 28 Congreso vocacional

¡Resurrección!

Tú vives, has resucitado de entre los muertos.

Tú vives, ha sido un milagro patente.

Tú vives, la muerte ha sido vencida.

Tú vives, la vida es más grande que la muerte.

Tú vives, primicia de todos los vivos.

Tú vives, y eres la vida.

Tú vives, tu carne no ha conocido la corrupción.

Tú vives, no has sido abandonado a la muerte.

Tú vives, y nos enseñas el camino de la vida.

Señor resucitado, sé nuestra fuerza, nuestra vida.

Señor resucitado, danos la alegría de vivir.

Señor resucitado, ábrenos a la inteligencia
de las Escrituras.

Señor resucitado, enséñanos a caminar como hermanos
a tu encuentro.

Señor resucitado, haz de nosotros una comunidad
en marcha, una comunidad viva y de vida.

Señor resucitado, pon calor en nuestros corazones.

Señor resucitado, pon claridad en nuestros ojos
de creyentes.

Señor resucitado, pon humildad
en nuestra vida entera para reconocerte como vivo.

Señor resucitado, pon espíritu en nuestra alma
para confesarte delante de todos con valentía.